

saltodelpastorcanario.org



CCPSSF



LA CABRA DE COSTA DE FUERTEVENTURA

UNA APROXIMACIÓN
DESDE LA ETNOGRAFÍA

ALLENDE M. GUTIÉRREZ
EDGAR A. FREIVALDS



Gobierno
de Canarias

Desde tiempos inmemoriales, la ganadería de costa ha marcado aspectos fundamentales del territorio y la cultura de los habitantes de Fuerteventura. En este análisis etnográfico, los investigadores Allende M. Gutiérrez y Edgar A. Freivalds entrevistan a comisionados y ganaderos veteranos para componer un exhaustivo retrato de un modo de vida cuyos saberes se suelen transmitir a través del entorno familiar y la experiencia vital.

Basándose en el testimonio de sus protagonistas, la obra profundiza en múltiples pautas de la organización espacial, grupal y técnica de esta forma de ganadería tradicional, así como en distintas claves de su socialización y de las problemáticas que amenazan su futuro inmediato. Un estudio de gran interés para quien quiera adentrarse en el ancestral mundo de las apañadas y la cabra de costa de Fuerteventura.



**Gobierno
de Canarias**



LA CABRA DE COSTA DE FUERTEVENTURA

UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ETNOGRAFÍA

ALLENDE M. GUTIÉRREZ

EDGAR A. FREIVALDS



**Gobierno
de Canarias**

LA CABRA DE COSTA DE FUERTEVENTURA

UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ETNOGRAFÍA

ALLENDE M. GUTIÉRREZ
Y EDGAR A. FREIVALDS

- © Textos: Allende M. Gutiérrez y Edgar A. Freivalds.
 © Fotografía de portada: Nicolás Melián.
 © Fotografías interiores: Nicolás Melián (págs. 185, 186 y 189), Allende M. Gutiérrez (págs. 187, 188, 189 y 190) y Cabildo de Fuerteventura (pág. 189).

Control de edición: Mario Ferrer Peñate.

Diseño y maquetación: Fernando Robayna Romero.

ISBN: 978-84-86840-14-3

Depósito legal: TF 693-2018

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, por cualquiera de los sistemas de difusión existentes, sin la autorización previa por escrito de los editores.



La ganadería cabra en Fuerteventura es un sistema de producción tradicional que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. Este sistema de ganadería se basa en la cría de cabras de raza autóctona, que se crían en condiciones de semi-libertad en el campo. La ganadería cabra en Fuerteventura es un sistema de producción que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. Este sistema de ganadería se basa en la cría de cabras de raza autóctona, que se crían en condiciones de semi-libertad en el campo.

Este sistema de ganadería se basa en la cría de cabras de raza autóctona, que se crían en condiciones de semi-libertad en el campo. La ganadería cabra en Fuerteventura es un sistema de producción que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. Este sistema de ganadería se basa en la cría de cabras de raza autóctona, que se crían en condiciones de semi-libertad en el campo. La ganadería cabra en Fuerteventura es un sistema de producción que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. Este sistema de ganadería se basa en la cría de cabras de raza autóctona, que se crían en condiciones de semi-libertad en el campo.

Narvay Quintero-García
 Consejo de Regaduría, Fuerteventura
 Foto: Agua del Gobierno de Canarias



La ganadería forma parte central de la historia económica y social de este archipiélago. Desde mucho antes de la llegada de los conquistadores europeos a Canarias, los aborígenes aprovechaban al máximo los productos que obtenían de las cabras, uno de los primeros animales en ser domesticado por el ser humano, hace aproximadamente 10.000 años, según señalan diversos estudios.

Los textos de los pioneros cronistas europeos dan fe de la existencia de una cabaña ganadera, ya importante en aquella época, para la supervivencia de los antiguos pobladores de Canarias, y especialmente en una isla con las características geográficas de Fuerteventura. De las cabras no solo se han obtenido pieles, leche, carne o queso de excelente calidad, sino que se ha desarrollado toda una amplia cultura que ha influido en muchísimos aspectos: en nuestra manera de ver y organizar el territorio; en el habla y el lenguaje de los habitantes de la isla; en el desarrollo de múltiples herramientas de trabajo y en la creación de las mismas gambuesas centenarias; en la gastronomía y los hábitos alimenticios; y especialmente en una forma de trabajar colectiva que se ha ido transmitiendo de generación en generación. Así pues, cualquier obra que refleje aquellos valores y tradiciones que hemos heredado de nuestros antepasados tiene un gran interés, pues promueve la difusión de esa parte de nuestra historia y contribuye a que generaciones futuras la conozcan. Gracias a quienes han realizado esta investigación que, a buen seguro, contribuirá a dicho fin.



Narvay Quintero Castañeda
Consejero de Agricultura, Ganadería,
Pesca y Aguas del Gobierno de Canarias

La ganadería tiene parte central de la historia económica y social de este archipiélago. Desde muchos siglos de antigüedad se han desarrollado en Canarias los sistemas ganaderos que hoy en día son los productores que operan en las islas, uno de los sectores más importantes del territorio por el número de cabezas de ganado que se crían en ellas.

Las raíces de los pioneros canarios se encuentran en aquellas épocas de la historia que se remontan al momento en que se produjo la migración de los primeros pobladores de Canarias y que, durante su estancia en las islas, los canarios desarrollaron su ganadería. En las islas no solo se han desarrollado ganaderías, como el ovino, de especie autóctona, sino que se ha desarrollado una gran variedad de ellas que ha influido en muchos aspectos de nuestra cultura de hoy y que se reflejan en el lenguaje y el modo de vida de los habitantes de la isla en el desarrollo de múltiples actividades de trabajo y en la creación de las distintas variedades ganaderas en la ganadería y los hábitos alimentarios y espaciales en una forma de vida colectiva que se ha ido transformando de generación en generación. Así pues, cualquier obra que trate sobre estos valores y tradiciones que hemos heredado de nuestros antepasados tiene un gran valor, pues promueve la difusión de los valores de nuestra historia y contribuye a que ganaderos jóvenes se interesen por el sector ganadero y a que esta investigación sea un buen ejemplo de compromiso a dicho fin.



Manuel Quintana Castañeda
Director General de Ganadería
del Gobierno de Canarias

A través de una exhaustiva y rigurosa investigación etnográfica, este libro pretende contribuir a la difusión de la ancestral tradición ganadera de Canarias. Hablamos de una cultura que ha dejado una huella esencial, ya desde la prehistoria, en el devenir de nuestras islas, y que en el caso de la isla de Fuerteventura es incuestionable.

Los autores del texto han entrevistado a comisionados y ganaderos veteranos que llevan una vida entera vinculada a la ganadería. Con ello, no solo se ha tratado de homenajearlos por su ejemplar labor, sino que también se ha buscado recopilar, analizar y divulgar el conocimiento que han acumulado en décadas de experiencia y que, a su vez, ellos aprendieron de sus antecesores y familiares. Las fuentes orales son claves para una cultura viva como la ganadera, que se transmite de padres a hijos, mediante la palabra y el ejemplo. Cada pastor experimentado de Fuerteventura acumula multitud de saberes relacionados con la ganadería tradicional de la isla.

El objetivo de supervivencia que representó durante siglos esta actividad ha acabado transformándose en un sector que desde hace unos años vive un proceso de modernización y apuesta por la calidad en el que todos estamos empeñados. La cabra de costa de Fuerteventura forma parte de nuestra identidad y es responsabilidad de todos el mantener su memoria viva. Trabajos como este ayudan a alcanzar ese objetivo.



David de Vera
Director General de Ganadería
del Gobierno de Canarias

Índice

1. Justificación..... 17

2. Metodología..... 19

3. Introducción..... 21

4. La cabra de costa..... 27

 4.1 Suelta y recogida de la cabra de costa..... 33

5. Mancomún y áreas privadas..... 45

 5.1. Áreas de suelta de ganado de costa..... 45

 5.1.1. Mancomún..... 45

 5.1.2. Mixto..... 46

 5.1.3. Privado..... 48

 5.2. Apañadas de cuentas..... 51

 5.3. Arrendar terrenos..... 53

 5.4. Animales en la costa..... 54

6. El comisionado..... 59

 6.1. El caso de Jandía y Tuineje..... 60

 6.2. Elección..... 63

 6.3. Habilidades y conocimientos..... 64

 6.4. Autoridad y respeto..... 66

 6.5. Funciones..... 67



David de Vera
 Ilustración: Gonzalo García
 y el Gobierno de Canarias

7. Las marcas.....	81
7.1. Documentación y registro.....	82
7.2. Golpes.....	84
7.3. Herencia, compra o cesión.....	87
7.4. Diferencias.....	89
7.5. Pérdida.....	92
7.6. Nuevas marcas.....	93
8. Socialización.....	95
9. Las apañadas.....	101
9.1 Organización temporal-espacial.....	105
9.2. Temporada.....	107
9.3. Zonas.....	110
10. Organización y desarrollo de la apañada.....	117
10.1. Fases.....	117
10.1.1. Nombramiento.....	118
10.1.2. Junta.....	119
10.1.3. Reparto.....	120
10.1.4. Cerco.....	122
10.1.5. Descanso.....	124
10.1.6. Apartar.....	125
10.1.7. Ordeño.....	128
10.1.8. Ahijar.....	128
10.1.9. Marcar.....	130
10.1.10. Machos.....	135
10.1.11. Suelta y fin.....	136
11. Ganado guanil.....	137
11.1. Diferencia y subasta.....	140
12. División sexual del trabajo.....	143

13. Herramientas de trabajo.....	147
13.1. La lata.....	147
13.1.1. Tamaño.....	149
13.1.2. Habilidad y experiencia.....	151
13.1.3. Tipos de madera.....	152
13.1.4. Elaboración.....	154
13.2. El perro.....	158
13.3. El sombrero.....	160
14. Daños.....	163
14.1. Delantera.....	163
14.2. Paredes.....	166
14.3. Corral del Consejo.....	169
14.4. Vallado y retirada de cabras.....	175
15. Problemáticas.....	179
15.1. Relevo generacional.....	179
15.2. Pérdida de apañadas.....	181
15.3. Robos.....	182
15.4. Daños en vallados.....	183
15.5. Perros.....	184
15.6. Cuervos.....	185
15.7. Marcas tradicionales frente a chapas.....	186
16. Bibliografía.....	189
17. Anexo fotográfico.....	1
18. Agradecimientos.....	199

13.1.1.1. Tipos de maduración de la papa..... 73

13.1.1.2. Tipos de maduración de la papa..... 74

13.1.1.3. Tipos de maduración de la papa..... 75

13.1.1.4. Tipos de maduración de la papa..... 76

13.2. El papa..... 77

13.3. El sombrero..... 78

14. Daños..... 79

14.1. Daños..... 80

14.2. Daños..... 81

14.3. Daños..... 82

14.4. Daños..... 83

15. Problemas de la papa..... 84

15.1. Problemas de la papa..... 85

15.2. Problemas de la papa..... 86

15.3. Problemas de la papa..... 87

15.4. Problemas de la papa..... 88

15.5. Problemas de la papa..... 89

15.6. Problemas de la papa..... 90

15.7. Problemas de la papa..... 91

16. Bibliografía..... 92

17. Anexo fotográfico..... 93

18. Agudecimiento..... 94

19. Anexos..... 95

20. Anexos..... 96

21. Anexos..... 97

1. Justificación

A nuestra hija Amanay.

Con nuestro deseo de que ella y las generaciones venideras puedan disfrutar y cuidar del territorio que le ha prestado su nombre.

En la isla de Fuerteventura, a principios del siglo XX, el cultivo de la papa se desarrolló como una actividad económica importante. Sin embargo, con el tiempo, la papa dejó de ser un cultivo de subsistencia para convertirse en un cultivo de exportación. Esto se debió a que la papa se convirtió en un cultivo de alto valor comercial, lo que atrajo a inversionistas extranjeros que comenzaron a introducir variedades de papa de alto rendimiento y técnicas de cultivo más modernas. Estas prácticas, aunque mejoraron la productividad, también llevaron a la pérdida de variedades locales y conocimientos tradicionales. Hoy en día, la papa sigue siendo un cultivo importante en Fuerteventura, pero su cultivo se ha vuelto más comercializado y menos conectado con las prácticas tradicionales.

Como resultado de estas transformaciones se produce una fractura en la cadena de transmisión generacional, convirtiéndose en un patrimonio cultural que se pierde. Y es que un pueblo vive su historia cuando la generación poseedora del pasado lo transmite a la siguiente. Si no se transmite, se pierde y se olvida.

Es por ello que la isla de Fuerteventura demanda de manera urgente acciones y estrategias encaminadas a salvaguardar el patrimonio cultural y transmitirlo a las generaciones venideras. La papa es un cultivo que ha sido importante en la historia de la isla y que merece ser preservado y promovido. Este libro busca contribuir a la recuperación del legado cultural de la papa en Fuerteventura.

1. Justificación

En la isla de Fuerteventura, a partir de mediados del siglo XX, ha tenido lugar una serie de transformaciones socio-culturales, políticas y económicas que han generado cambios relevantes en todos los niveles de la vida social. En este proceso, caracterizado por un alto grado de profundización y rapidez, se han producido variaciones radicales en las formas de vida tradicionales. La cultura, tanto en su dimensión material como inmaterial, ha variado sustancialmente en la manera de expresarse. Determinadas prácticas sociales y culturales han ido desapareciendo paulatinamente hasta abandonarse por completo. Así mismo, los conocimientos, saberes, técnicas, procedimientos, normas, valores, etc., asociados a estas actividades también se encuentran en el riesgo de desaparecer, si aún no lo han hecho, o de pervivir totalmente desconectados de las prácticas que les daban sentido.

Como resultado de estas transformaciones se produce una fractura en la cadena de transmisión generacional, mecanismo imprescindible para la perpetuación del patrimonio cultural de una sociedad. Y es que un pueblo olvida su historia cuando la generación poseedora del pasado no lo transmite a la siguiente o ésta rechaza lo que recibió, o cesa de transmitirlo.

Es por ello que la isla de Fuerteventura demanda, de manera urgente, acciones y estrategias encaminadas a salvaguardar su patrimonio cultural y transmitirlo a las generaciones venideras, utilizando para ello los soportes tecnológicos que permitan proteger, conservar y/o reproducir el legado etnográfico isleño.

Atendiendo a esta demanda se ha realizado el *La cabra de costa de Fuerteventura. Una aproximación desde la etnografía*. La importancia social, cultural y económica que esta actividad ha tenido y tiene para la población de Fuerteventura, su carácter ancestral, la insuficiente investigación etnográfica e histórica realizada en torno a ella y su más que posible desaparición, han sido, sin lugar a dudas, los principales motivos para llevar a cabo el presente estudio.

2. Metodología

La actividad ganadera en la isla de Fuerteventura ha sido, sin duda, muy significativa a lo largo de la historia y su numeroso patrimonio material se encuentra inventariado en las *Cartas etnográficas: Bienes Etnográficos Ganaderos* realizadas por la Consejería de Patrimonio del Cabildo de Fuerteventura. No obstante, estas acciones no han tenido como objetivo el estudio del patrimonio inmaterial relacionado con la actividad ganadera en la isla. Es por ello que esta investigación, desarrollada desde una metodología de carácter cualitativo, se ha centrado fundamentalmente en el patrimonio inmaterial asociado a esta actividad.

Para llevar a cabo este proyecto de recuperación del patrimonio cultural inmaterial, se partió de la utilización de la metodología y técnicas propias de la historia oral y la antropología fundamentalmente, utilizando las escasas fuentes documentales existentes como complemento y contraste de la información obtenida a través las fuentes orales.

La historia oral tiene una lógica, un procedimiento, una ética y una rigurosidad propia. No se busca aquello que figura en los documentos escritos, salvo que de alguna forma éstos resulten dudosos. La historia oral básicamente busca aquello que no se encuentra en las fuentes escritas existentes, busca lo que sólo a partir del relato de la gente, y dentro del marco de una entrevista, se puede encontrar.

Lo indiscutible es que, transcurridos muchos años, los protagonistas ya no van a tener la oportunidad de dar su testimonio, con lo que ello supone de pérdida en relación a nuestra

memoria colectiva, y aquí es donde adquiere su sentido la historia oral.

Para esta investigación se llevaron a cabo, entre abril y junio de 2016, diez entrevistas abiertas y semiestructuradas a informantes clave (comisionados y ganaderos) de los diferentes municipios en los que se realiza a día de hoy la actividad de la cabra de costa. De las nueve entrevistas llevadas a cabo, seis de ellas fueron realizadas a los comisionados: Nicolás Herrera Cabrera (comisionado de Antigua Sur), Tomás Acosta Cabrera (comisionado de Antigua Norte), Vicente Hernández Santana (comisionado de Betancuria), Juan Pérez Viera (comisionado de Pájara), Antonio Cabrera Morales (comisionado de Puerto del Rosario) y Martín Cano Clavijo (comisionado de Tuineje). Las tres entrevistas restantes se realizaron a tres ganaderos mayores de setenta y cinco años de edad que han dedicado gran parte de su vida a la ganadería de la cabra de costa y que por ello son considerados unos expertos en esta materia: Maximino Robaina Torres (Betancuria), Agustín de León Soler (Casillas del Ángel) y Miguel Viera Torres (Morro Jable).

Así mismo, se empleó la técnica de observación participante en el contexto de la apañada de cabras en Cofete, barranco de La Peña y Las Salinas, con el objetivo de recoger información sobre la realización de las apañadas de ganado en el momento presente, ampliando y contrastando así la obtenida mediante las entrevistas a los informantes y las fuentes documentales.

3. Introducción

La actividad ganadera de Fuerteventura ha sido de gran importancia a lo largo de la historia. Ya las crónicas de Leonardo Torriani señalan al gran número de ganado existente que se encontraba en estado 'salvaje' en la isla.

«Tiene abundancia de cebada y de trigo y de ganados; y de una relación hecha por gente principal de la isla resulta que tiene 60.000 cabras y ovejas juntas, 4.000 camellos, 4.000 burros, 1.500 vacas y 150 caballos de monta, además de otros infinitos caballos que son casi tan buenos como los de Lanzarote; de modo que esta tiene más de 70.000 cabezas de ganado salvaje.»¹

Los antiguos pobladores de esta isla encontraron en la ganadería de la cabra de costa un medio importante para su sustento, al proveerlos de carne, leche, pieles y sus derivados, también utilizados como mercancía para el intercambio de productos.

«En efecto, los isleños no tenían otra ocupación, sino el cuidar de ellas, que era su principal sustento, y la mercancía con que compraban y hacían tratos (...)»²

1 Cioranescu, A. (1978): *Leonardo Torriani. Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, ed. Goya, Tenerife. p. 71

2 *Ibídem*, p. 79.

Ya desde tiempos inmemoriales se utilizaban las tierras improductivas de la isla, es decir, las que no eran adecuadas para la labranza, para despojo de animales. Estas zonas que abundan en la isla de Fuerteventura se conocen como 'costa', no teniendo relación necesaria con la cercanía al litoral costero, encontrándose en montañas, barrancos, malpaís, llanuras, etc.

«Abunda en carne, trigo y cebada. Tiene poca agua; no tiene árboles. La mayor parte de la isla está sin cultivar y sirve sólo para pasto de los animales.»³

La escasez de recursos para alimentar un ganado doméstico hacía de la suelta de las cabras en las zonas de 'costa' una estrategia para que los animales hicieran frente a la falta de pastos y agua sin necesidad de intervención humana. La cabra ha demostrado ser un animal que se adapta a la perfección a las condiciones climáticas de Fuerteventura, pudiendo sobrevivir en un territorio árido a largos periodos de sequía.

Esta actividad ganadera que se ha desarrollado a lo largo de los siglos ha dejado su impronta en el territorio, de esta manera nos encontramos con una gran cantidad de bienes materiales ganaderos heredados de los antiguos pobladores de Fuerteventura, de los que destacan los inmensos recorridos de paredes y algunas de las gambuesas que se siguen utilizando hoy en día con el mismo fin que ya lo hacían los indígenas.

«La gambuesa es una estructura construida con piedra seca que, en ocasiones, superan los dos metros de altura, comprende varias dependencias y puertas, y siempre es circular. La forma de la construcción se adapta a la manera de ser de la cabra, que es un animal inquieto y en continuo movimiento y que, a su lle-

³ *Ibíd.*, p. 289.

gada a la gambuesa, en un estado de gran excitación, tiende a moverse y a escabullirse. Por ello, la redondez del recinto ayuda a que los animales estén siempre en movimiento al no encontrar obstáculos.»⁴

Este estudio trata de indagar acerca de las actividades, procesos y condiciones de trabajo que han permitido que la actividad de la ganadería de la cabra de costa siga perviviendo hoy en día, con especial atención a las apañadas, considerándolas una de las manifestaciones inmateriales más relevantes de la ganadería de la cabra de costa y que ha llegado hasta nuestros días con pocas alteraciones.

«El ganado desta isla de Fuerteventura es el más sabroso de todas las islas el qual anda suelto por toda la isla; y quando querian tomar algún ganado se juntaban y hacian apañadas, que llamaban gambuesas.»⁵

La apañada es el sistema por el cual los ganaderos, desde tiempos inmemoriales, ejercen el control sobre el ganado de la costa. Se trata de una manifestación de trabajo comunal mediante la que los ganaderos de cada zona juntan el ganado, que vive en la costa, en una gambuesa, con el fin principal de marcar las crías nacidas en la costa, para poder identificar el propietario de cada una de ellas. Otros fines para lo que hoy en día se siguen aprovechando las apañadas son: retirar animales ya sea para su aprovechamiento cárnico o su incorporación al ganado

⁴ Gil, J.; Moreno, C.; Corcuera J.; *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*, ISSN 1136-4467, N.º. 18, 2004, p. 118.

⁵ Abreu Galindo, J. (1632): *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, ed. Imprenta, Lithografía y Librería Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1848, p. 33.

estabulado, el ordeño de las cabras que han perdido sus crías y la selección y castración de los machos.

Alrededor de esta actividad se han generado una serie de normas, conductas, creencias y una forma de organización y de gestión del territorio que ha sido de vital importancia para que la ganadería de la cabra de costa se haya podido desarrollar hasta nuestros días y que la convierten en una manifestación etnográfica de gran valor. Destacando la figura del comisionado como máxima autoridad en la 'costa', encargándose de salvaguardar el cumplimiento de las 'leyes' de la actividad ganadera de costa.

La actividad ganadera de costa requiere de un rico y variado catálogo de conocimientos y saberes, que se han transmitido de forma oral, de generación a generación, dentro del mismo núcleo familiar, suponiendo un aprendizaje que dura toda una vida. Una parte de esta investigación se ha centrado en los conocimientos y saberes que manejan los ganaderos de costa de Fuerteventura y el proceso de trasmisión de los mismos. Para entender esta trasmisión de conocimiento y saberes se indaga en el proceso de socialización implicado en el desarrollo de esta actividad, es decir, la iniciación en la actividad, los procesos de aprendizaje, etc.

Atendiendo al patrimonio material asociado a esta actividad, se ha obtenido información sobre las herramientas básicas utilizadas por los pastores dedicados a la cabra de costa para la realización de esta actividad, profundizando en lo relativo a la elaboración y características de la lata o garrote y sin olvidarnos del uso del sombrero y del perro como ayuda indispensable en las tareas del pastor.

Una parte de este estudio se centra en la distribución de esta actividad en el territorio, pudiendo encontrarse hoy en día cabras en zonas de costa tanto mancomunales como privadas. Los municipios en los que la actividad ganadera de la cabra de costa se desarrolla en zonas de mancomún son Antigua, Betan-

curia y Puerto del Rosario. Esta actividad en el municipio de Tuineje se desarrolla principalmente en zonas de costa privadas ya que gran parte del territorio de mancomún de este municipio fue dividido y repartido entre los vecinos, quedando muy reducido el territorio que se conserva como mancomún hoy en día. En el caso de Pájara esta actividad se viene desarrollando íntegramente en terrenos privados.

En esta investigación también se refleja algunas de la problemáticas a las que se enfrenta hoy en día la actividad ganadera de la cabra de costa y que ponen, en mayor o menor medida, en peligro su continuidad tal como la conocemos hoy. Expuesto lo anterior, deseamos que este estudio etnográfico, que pretende rescatar y salvaguardar este capital cultural, contribuya, en alguna medida, a visualizar horizontes estratégicos que permitan fortalecer y construir la identidad colectiva de la sociedad majorera en un contexto cada vez más globalizado.

4. La cabra de costa

La actividad ganadera de la cabra de costa en Fuerteventura nace en tiempos inmemoriales y ha implicado una tenencia del ganado en estado semisalvaje.

«Esto de la cabra de costa es una historia larga, pero larguísima, porque no hay nada escrito. Sí es viejo y seguramente cuando eso no se escribía, no hay nada escrito de cuando empezó la cabra de costa, porque esa que está ahí y la famosa cabra majorera es que han puesto fue la de la costa. Esas nacieron, las majoreras que llaman, nacieron de las cabras de la costa, porque antiguamente en los pueblos no había ganado (...) si criabas una baiquita echabas para la costa y de ahí han salido las cabras de la costa, la famosa cabra majorera, esa que dicen que existe, esas que yo tengo ahí y las que están en otro lado los orígenes de ellas vinieron de la costa.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«La cabra de costa es una cosa antigua que está aquí como si fuera salvaje (...). Antes no se le echaba de comer ni nada sino la que vivía, vivía, y la que no, en los años ruines se perdía.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Mire, la cabra de costa es un animalito que en la isla de Fuerteventura ha existido siempre. La cabra de costa, ha existido y existe. (...) Esto viene de siglos, esto la verdad que viene de siglos porque yo, la verdad, toda la vida, tengo ahora setenta y siete

años ahora mismo, y no de ahora sino en vidas de mis padres y de mis abuelos que murieron con noventa y pico años y la cantidad de años que vivieron toda la vida, toda la vida ha existido esto. Tenían ellos el ganado de aquí de costa.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua sur).

«(...) Pero la cabra de costa, eso ha existido yo creo, que de toda la vida. Toda la vida han tenido cabras en esos filos, de ahí, tenerlas sueltas en la costa y significa que la cabra de costa pues... queremos de ella... tenemos la carne, las crías que dan, los machitos y todo eso los vamos cogiendo y siempre las tenemos sueltas en el campo para tener siempre las cabras en la costa. (...) es una tradición de toda la vida, de toda la vida yo creo que haya existido ganado, cabras de costa en las cumbres esas.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) nacidas y criadas en la costa exactamente, sí, aquí de este mismo ganado de aquí (...) es ganado suelto, ganado de costa, la madre, la hija, se muere la abuela, queda la madre después se queda la hija y de años, y años, y años, sí señor, esa es parte de la historia del ganado de aquí.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua sur).

Las características del clima y del territorio de Fuerteventura no permitían tener los recursos necesarios para tener una ganadería importante de corral. Esta escasez de medios hacía de la suelta y cría de la cabra en la costa una estrategia de supervivencia necesaria y provechosa para la subsistencia familiar.

«Antes casi todo el ganado era de costa porque antes, no era como ahora, que las tienen en el corral, les echan millo, les echan pienso y las tienen allí (...) Porque antes el que tenía diez o doce cabras no tenía que echarles de comer, venían a la casa a lo mejor al-

guna, las ordeñaban, antes no se le echaba ración a los animales porque no había tampoco y así.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Las cabras nuestras eran de campo, eran cabras sueltas. Antes no había ración, ya hoy hay ración que echarle, antes estaban sueltas, había que traerlas al corral para ordeñarlas, pero las teníamos que traer pastoreándolas, obligadas (...) los ganados aquí siempre, siempre estaban sueltos, eran ganados de campo todos porque las raciones han venido de pocos años (...). Antes era suelto siempre, cuando venían años ruines pues se morían muchísimas y cuando venían buenos pues se volvía a marchar otra vez cuando venían años vividores y eso.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

La gran capacidad de adaptación de la cabra de costa de Fuerteventura a unas condiciones extremas de supervivencia ha permitido el aprovisionamiento de carne, leche y derivados a sus habitantes durante siglos.

«La cabra de costa es la cabra más fuerte que tenemos, más dura de vida porque la cabra de corral vive poco. La cabra de corral puede vivir cuatro o cinco años si la cuidas muy bien pero la cabra de costa te puede llegar a quince, yo las he tenido hasta dieciocho años de vida. La cabra de costa es una cabra dura, además hay un año malo y la cabra de costa te come, sin hacer gasto escapa, sin echarle comida y la que está en el corral si le quitas... si llega a no haber comida no escapa, eso se muere rápido.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

Los pastores demuestran un gran conocimiento de los hábitos y costumbres de cabras de costa, llegando a prever, a tra-

vés del comportamiento de estos animales, si iba a venir un invierno de lluvias o por el contrario presagiaban la llegada de un mal año en cuanto a precipitaciones y pastos. Los 'aberruntes' de las cabras por los cuales los pastores vislumbran la llegada de un buen año, suponen una mayor cantidad de crías que nacen en las costas, dándose un número más alto de cabras paridas a dos crías. En los casos de que las cabras 'aberruntan' un mal año, la cantidad de crías se reduce drásticamente pudiéndose dar la circunstancia de que estas sean rechazadas por su madre.

«(...) El aumento del ganado es cuando aberruntan bien, aberruntan hierba decían la gente, los que se han ido ya para el otro mundo. Es que el ganado, que eso decía la gente... cuando había aberrunte, que había aberrunte del ganado intentaban de aumentarse es que aberruntaba una buena (...). Voluntariamente cuando ella está bastante cariñosa y el ganado ahijándose y... como pasa este año, este año, ahora mismo esta bien que el ganado se ahije pero usted sabe la cantidad de ganado que tenemos aquí parido a dos, ahijándose con dos baifos, que hay cabras que a lo mejor no son ni para parir un baifo solo y tienen dos crías.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua sur).

«(...) una cabra en la costa..., eso estaba siempre dando crías, no termina de criar un baifo y ya está embarazada otra vez y cuando era buen año a dos baifos. Cualquiera cabrejo de esos de la costa... yo me acuerdo una vez en la costa de Las Salinas con tres baifos (...) El que se lleva por las cabras, que se fija en ellas sabe cuando llueve, el año que va a venir venidero si es malo o es bueno, el que se fija en ellas, yo no me fijo porque nunca... pero sé también, tengo una media idea ya.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«Ahí no sé yo si aberrunta o si no, pero ellas algo tienen que saber, porque cuando ven que llega el verano, que no hay hierba y ven que tal, pues no dan crías. En caso de que se macheje el ganado pues pierden la cría o no sé porque, ellas en verano es raro si no tienen verde no dan cría, si tienen mucho pasto pues sí, siempre hay alguna que te cría pero en verano si dan crías y no tienen de que comer, si no se recogen se mueren y entonces ellas algo saben también.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Si hay muchos baifos ahora, este año ha sido exagerado. Antes se decía que era una seña de año bueno pero este año fue que llovió temprano y el ganado se arregló ahí con algo de comida y no sé, hay mucha cabra parida a dos y entonces se han ajuntado ahora una cantidad de baifos que dan miedo pero... pero no le veo mucha... esto se fue para atrás (...) vamos a ver si aberrunta año bueno para el que viene porque este no va a ser muy bueno.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

Según los pastores, otro 'aberrunte' que era indicativo de un buen año de pastos en la costa era cuando las cabras de costa, que tenían por épocas en los pueblos se marchaban solas para la costa de la que provenían, incluso en las ocasiones en los que había abundantes pastos en los pueblos.

«¿aberrunta? Claro, la cabra de la costa está aquí, por ejemplo, viene de la costa y la pone usted aquí y cuando va a llover, cuando va a haber invierno sola se va para la costa, yo las he tenido de esas muchas y muchas he conocido de esa manera. La gente se salían para esas delanteras y majaderas ahí y los dueños decían: '¿Por que no voy a echar por aquí? Para allí'. Porque usted sabe que esto, tanto el valle de Tetir como esto es muy bueno de hierbas. Aquí había pastos siempre y hierbas, cuando había hierbas

pues mira pero aunque tuvieran pasto aquí, las veía usted ahí tranquilas y de buenas a primeras se desaparecían las cabras: ¡Coño! Y las cabras que estaban ahí y que no se ve a nadie'. Ibas a la costa y estaban en la costa. A los pocos meses... ellas aberruntaban cuando iba a llover y eso era clavado. Si ellas se iban para las costa es porque sabían que allí abajo, que es donde ellas nacieron y se criaron, sabían que aquello era diferente a esto, se iban a la vuelta de ellas (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Los importantes conocimientos que dominaban algunos pastores de los hábitos de los animales les permitían anticiparse a situaciones adversas, desde que observaran algún 'aberrunte' que les pudiera hacer presagiar tal circunstancia.

«Siempre me acuerdo que me decía mi padre una vez, como estaba ahí siempre en las costas en las apañadas y criando y marcando ahí y estaba el señor Marichal, que a ese no le gustaba vender nunca un animal, ni cabra, ni macho y dice que se apañó para Amuley una vez y que el señor Marichal vendiendo... vendiendo cabras y machos y tod. ¡Coño! ¿qué le pasa al señor Marichal que...? algo vio este hombre que...? Dice que va furuñándose y le tocó: 'Señor Marichal, ¿qué seña vio usted que usted nunca quiere vender cabras ni un macho y lo veo apartando cabras y machos?' 'Luis ¡tú no ves los machos con los hocicos metidos en los bujeros de la pared?' 'Yo no.' 'Mírate'. Dice que viene un año ruin ¡coño! Que se murieron hasta... enterradas en pasto y dice que se morían, fíjense si ese viejo tenía el capricho (...) aberruntando la ruina. Pero como nosotros mismos, si nos aburrimos de una cosa hacemos lo mismo [risas] y los animales son los mismos. Y de eso siempre me acuerdo yo del cuento ese que me contó mi padre aquella vez.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

4.1. Suelta y recogida de la cabra de costa

Los habitantes de Fuerteventura dependieron mucho tiempo de la agricultura y la ganadería como medio de subsistencia, combinándolas con otras actividades complementarias, o en el caso de los núcleos de pescadores, dependiendo de la pesca y actividades complementarias.

«(...) antes uno disfrutaba las cabras de costa, más bien las recogían antes para quitarles el poquito de leche que daban ¿no? Porque antes vivían la gente de aquí, de la isla, vivían solamente de eso: de la leche y del campo, la labranza, sembraban el trigo y tenían sementera que sembraban y ellos vivían de las cabras nada más, casi, más bien de las cabras porque trabajo no había, trabajaban en la mar, el marisco, la pesca y de la labranza, en sementera ¿no? Y plantaba muchas cosas el que tenía terreno, terrenos habían bastantes, antes casi era...» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

La realización de estas actividades obligaba a combinar a la perfección el tiempo y el espacio para que ambas actividades se pudieran desarrollar adecuadamente. En cuanto a la ganadería caprina esta situación conllevó a un régimen de suelta y recogida del ganado en función de los ciclos agrarios que había en la isla.

«(...) porque antiguamente en los pueblos no había ganado, había ganado en el verano, cuando se arrancaba desde que se pegaba a sembrar todos los ganaderos los hacían marcharse para la costa y entonces, después de la costa, cuando se pegaba a arran-

car, venían para los pueblos otra vez, unos arrancando y otros al rastrojo, que decían, detrás del arranque con las cabras (...).» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) ha sido toda la vida las cabras en la costa, en su tiempo porque esto se araba todo y el ganado lo hacían marchar de aquí, el alcalde de pueblo que había (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

En la temporada de siembra, en torno al mes de septiembre, se obligaba a los ganaderos a soltar las cabras en las costas con el propósito de que estas no dañaran los cultivos.

«'En septiembre, el que tenga pan que siembre', el que tenga trigo que siembre, y eso el primer chubasco que hay se nace y esto se araba todo y en septiembre para la costa ¡buah! Si yo pasé más allí abajo en esas costas, que lo que pasé aquí en el pueblo. (...) en invierno las pasábamos para la costa y si usted quería... las cabras que se cogían en la costa para ordeñarse se arrimaban a la manada de las que iba a ordeñar, la que estaba criando, criando y la que no estaba ordeñándola pero en la costa, cuando venía el ganado para aquí era a soltar y a comer y a ordeñar (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Cuando llegaba la época de arranque de la sementera, en el verano, se volvía a traer el ganado a los pueblos a fin de aprovechar los rastrojos y a su paso estercolar y remover las tierras de cultivo

«(...) aquí se pegaba a arrancar y se terminaba en mayo, en mayo y junio se terminaba de arrancar aquí, de arrancar y después se estaba llevando la sementera a las eras, en mayo, junio y en julio

y agosto venían para arriba los ganados a comerse los rastrojos, lo que dejaban, lo que quedaba en la tierra, pues ahí comían, ahí cagaban, ahí meaban, quedaban las tierras estercoladas y con las patas caminando ese estiércol estaba todo revuelto en la tierra. Llovía salía hierba ¡cristiano! Porque donde quiera que las cabras... como la semilla y eso lo cagan otra vez y antes salía hierba aquí que usted decía: '¡Coño! ¿Qué clase de hierba es esta?'. Flores de todas clases ahí en esos riscos, eso es de la cabras, de las semillas que llevaban de las tierras y las tierras trabajadas y las tierras aradas. No había tractores, eso había que ararlo todo con junta que es como es. Se comían los rastrojos y en noviembre/diciembre, en agosto/septiembre, en septiembre para la costa otra vez (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«En la época de sembrar están en la costa, después las traían cuando iban a arrancar y después el día de San Juan ya no se ordeñaban más, para la costa otra vez. Tres o cuatro meses, cuatro meses, arrancar se arrancaba en abril, marzo o abril, junio o julio se terminaba de arrancar y para la costa otra vez.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) desde que dejara de llover, ya los tiempos estaban buenos, las recogían para el pueblo, se las traigan cada uno, en ese tiempo tampoco... cada uno tenía a lo mejor cien cabras, cincuenta cabras, veinte cabras pero la gente vivía de eso, no había otra cosa, las ordeñaban, un pisquito de queso y había comida en esos terrenos allí arriba como no había ningunas cuando las traigan había hierba y había que comer la cabra (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

En los meses de invierno se 'disfrutaba' de las cabras de costa que estaban paridas para aprovechar su leche para la ela-

boración del queso mientras los baifos se destetaban, a los dos meses aproximadamente, y se dejaban 'criando' en la costa.

«(...) las cabras iban a la costa desde el mes de septiembre y octubre. Las que se traían para ordeñar, como las que traía mi padre, las echaba para la costa en septiembre o octubre y volvía a traerlas otra vez en enero y en febrero, en los meses de invierno para sacarles la leche para hacer queso. Se ordeñaban nada más que seis meses las cabras cuando eso y se mandaban para la costa y no había que tocar con ellas ni se le echaba millo, ni allí ni aquí. Las cabras cuando se llegaba al tiempo ese, ellas estaban... desde que usted las juntaba para llevarlas para la costa, ya sabían las que iban para allí, porque las ponían en el mismo sitio, la que era de allí, la ponía allí, la que era de las Salinas, la echaba en las Salinas, las que eran de Jarugo, las ponía en Jarugo, como los animales conocían ya su tierra, ya cada una se iba a su punto. Y usted se olvidaba, únicamente para pagar al pastor que había delante de ellas.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«Antes se recogían, se llevaban a la costa en el tiempo de invierno y después se recogían para cada uno a sus terrenos y a donde se las dejaran, se arrendaban los terrenos. Era muy distinto lo que hay hoy, a lo que había. Es muy distinto (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) cuando se recogían las cabras de leche se marcaban los baifos, todos. Se traían las cabras de leche para aquí para ordeñarlas, para el pueblo y los baifos quedaban en la costa hasta el otro año, al otro año ya estaban los baifos que usted dejó machos y las baifas, cabras. Eso era muy bonito y muy bueno. A los dos meses ya se les puede quitar el baifo a la cabra que ya vive sin leche, después las ordeñamos nosotros y los baifos que coman hierba

[risas].» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) cuando ya tenían un mes de nacido, un mes, dos meses, cuando más dos meses, ya se les quitaba la leche (...). Cuando eso no habían coches en Fuerteventura, se echaban los baifitos en 'cerones' de alforja y se venían y se destetaban, en toda la costa, tanto en Monte Agudo, Pozo Negro, aquí en el valle de la Cueva, en Jacomar, Gran Valle, El Roque y se destetaban los baifos esos, porque había hierba, había hierba en la costa y se los quitaban a las cabras porque ya los baifitos ya comían y los destetaban aquí abajo.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antiguo sur).

Esto obligaba a los ganaderos a adaptarse también a los ciclos reproductivos de la cabra, para poder 'disfrutar' de la leche y sus derivados al máximo.

«(...) antes las recogía la gente, pero antes no había pienso que echarles, antes no había, es que aunque quisieras no había para comprar, pero aunque quisieras comprarlo, no había aquí ni millo, ni pienso. Entonces la gente recogía el ganado para disfrutarlas, había seis meses buenos ¿qué te voy a decir? A lo mejor noviembre, en diciembre, el ganado paría fines de diciembre o a principios de enero, cinco o seis meses te estaban dando leche y cuando la cabra estaba ya seca, que ya no daba pues se iba al campo otra vez, las echaban al campo otra vez y cuando estaban para parir otra vez volvíamos y las recogíamos.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) a la que se le quitaban los baifos, que venía para arriba para ordeñarlas que veías las que servían para ordeñar y las que no, las que eran ruin, como decíamos nosotros: 'Esas ruinejas

déjalas para la costa.' '¿Esta?' 'No, esa me la llevo para ordeñarla porque esa da unos chorrillos de leche.' Pero para la costa iba cuando se terminaba de disfrutar aquí arriba, iba la cabra para la costa otra vez, hasta que volvía a parir otra vez y criar los baiños allí abajo. A los dos meses si usted la quería recoger, la podía recoger otra vez para ordeñarla, para hacer el conductite, que eso siempre me acuerdo que todos los viejos antes. 'No, no, me tengo que llevar alguna para hacer el conductito de la casa'. El conductito era la comida de la casa, el queso [risas]» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) en esos años que yo te estoy hablando, yo muchachejo, se acostumbraba, pero en todos sitios. Venían aquí abajo, tenían dos o tres cabritas preñadas aquí debajo también y se las llevaban para arriba caminando, se las llevaba para arriba para dejarlas allí arriba, para ordeñarla, para hacer un pisquito de queso. Cuando esa cabra que recogía aquí, a lo mejor, esas cinco cabras que recogía aquí, estaban secas, entonces las cogía otra vez y las ponía aquí, hasta el próximo año que se arreglaran aquí en la costa para llevárselos para arriba otra vez.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua sur).

«(...) se las recogíamos de la costa cuando estaban pariendo y preñadas para ahijarlas y las ahijábamos a veces y las volvíamos a soltar al mancomún, las recogíamos y dejábamos los baiños, la cría, en el mancomún, nos traigamos las cabras, se ordeñaban ¿qué daban? Darían medio litro, otras un litro, que eran pocas las de un litro, pero no se echaba millo y nada de piensos ni nada. Nada, natural todo, a lo mejor daban poquito pero daban libre.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria)

El conocimiento y aprovechamiento adecuado de un recurso limitado obligaba a los ganaderos a establecer periodos de ordeño y recuperación de la cabra, de tal manera que se permitiera garantizar la obtención de leche al año siguiente y conseguir un equilibrio para no 'esquilmar' el animal.

«(...) desde que llovía se las llevaban para la costa y después, desde que llegara el día de San Juan, para la costa otra vez y ya no se ordeñaban más, el día de San Juan es la última ordeñada que se les daba, ya después no se ordeñaban más, después se echaban para la costa otra vez (...)» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) en agosto ya se pagaban a dejar al tercer día, fijese usted, aunque dieran leche se dejaban para que las cabras no se esquilmaran, para que no... hoy le sacan hasta la última gota que tiene, antes no, antes el ganado no se esquilma, no... se dejaban para que... no se ordeñaban nada más que seis meses, más o menos.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) en el mes de San Juan ya les echábamos macho y ya se dejaban de ordeñar, ya no se ordeñaban, ahora se ordeñan todos los días, de año a año, pero cuando eso no se ordeñaba, en el mes de San Juan se soltaban, se cargaban un poquillo de leche pero se iba, se les quitaba la leche y había cuando eso pastoreo en ellas en el mancomún (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

En muchas ocasiones, los ganaderos se desplazaban en la temporada de invierno a las costas a fin de poder 'disfrutar' del ganado.

«(...) por dos tiempos estaban ellos en las costas con el ganado solos. (...) Antes no había otra cosa sino la ganadería nada más, y de ahí tenían que vivir. La granja completa tenía que vivir de eso o si sembraban o plantar un cacho de tomatero o cualquier cosa de esas, antes no había otra, lo que había era eso. En octubre se iban para la costa, hasta abril o mayo estaban en la costa. (...) ahí el último que estuvo yendo aquí abajo con el ganado fue Marcial Rueda, que en paz descanse, (...), este fue el que me enseñó a mí todo lo que yo... lo poco que sé, y ese el último que estuvo yendo allí abajo fue ese. (...) todas las casas esas que están por ahí porque dicen: 'No, eso fueron los guanches'. No, eso fueron los pastores porque si hoy me quedo yo solo ahí... antes todos los de los pueblos todos tenían media docena de cabras y todos tenían su chocita para meterse. (...) la gente de La Vega venía para aquí al Llano del Sombrero, que es donde yo tengo el ganado ahora, y Lomo Cumplido, los de la Villa iban a Machasis [Machasé] y los del Valle iban para el barranco de Janey, que están las aldeas, están ahí.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) en la época mía y de mi padre, mis hermanos, mi padre igual que había mucha más gente, estaban los Peña, los Cerdeña. Había mucha gente que vivía de eso, ahí, en el pueblo, toda la gente vivía de eso, los del pueblo llevaban las cabras a disfrutar al Lomo Cumplido o al Llano del Sombrero o a Machasé en los tiempos de invierno, en los meses de invierno y después ya en el verano las traían para el pueblo (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

En el periodo que los ganaderos se llevaban el ganado a sus pueblos para su 'disfrute', el ganado permanecía suelto para su alimentación, obligando a un pastoreo continuo para evitar daños y permitir el ordeño.

«Las apañábamos para la casa, para traerlas para ordeñarlas, la cabra no te quería venir para casa porque no tenían nada que comer, las metías en el corral y no comían nada, no había que echarles y ellas, lo que querían, era echarse fuera y cuando había calor pues se metían en los cejos, en las cuevas, se te escondían y tenía que ir a sacarlas allí, no me digas que era muy duro eso, muy duro. (...) antes el ganado se pastoreaba y las traigamos.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) estaban siempre suelto, sí las recogíamos cuando estaban para dar crías y eso para sacarle la leche y hacer el queso y eso pero las recogíamos para la manada y las pastoreábamos, las pastoreábamos para que no se nos marcharan porque de por ellas no venían, no es como hoy, que vienen a la comida, pero antes no venían a la comida porque no había, teníamos que traerlas nosotros obligadas para poderlas ordeñar, para poderle sacar la leche y el queso famoso de la isla de Fuerteventura (...).» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) sueltas aquí y quedaban sueltas de noche y por la mañana salían los pastores de las casas y vigilándolas. Al mediodía, al mediodía, cuando más calor había, tenía que estar usted ordeñándolas en un corral (...) todos los días y como eran cabras de esas de la costa que estaban acostumbradas unas a ir para un lado y otras para otro y tal y cual (...). Todos los ganados venían a dormir aquí, por todos estos riscos y por la mañana, las de la Vega, iban para la vuelta de ellas y los pastores estaban esperando para atajarlas, tenían que atajarlas ahí y los de aquí lo mismo.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

En temporadas en las que la escasez de lluvia se prolongaba producían una importante falta de pastos y agua, di-

ficultando la supervivencia de la cabra de costa. Por lo que los ganaderos se veían obligados, según sus posibilidades, a recoger el ganado que tenían en la costa o correr el riesgo de perderlo.

«Antes la que escapaba, escapaba y la que no... de un año a otro los veranos son muy largos, en los veranos se morían montones. (...) mucha gente las recogíamos. ¡Oh! si no, nos quedábamos sin cabras y después cuando llovía otra vez que había algo de comer, volvíamos y las echábamos para la costa pero la mayoría de ellas no se recogían. Pero antes llovía más que hoy, antes había hierba ¡bueh!» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Antes no se echaba millo nunca. Si cuando estaban flacas, para recogerlas las traemos para arriba, cuando llovía las largábamos todo el mundo para abajo. ¡Bueh! Antes se juntaba mucha gente en las apañadas, mucha, mucha, mucha, de todos sitios. Las recogíamos, el que quería recogerlas y el que no, las dejaba morir (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) ahí no se echaba nada, piteras y tuneras era lo que había para echar en esas épocas que de eso echábamos también. En la costa, donde las teníamos y en mi casa muchas piteras les piqué ¿sabes lo que es pitera? ¿Sabes lo que es tunera? Pues de eso picábamos nosotros para echarles, para poder escapar cuando venía un año malo, que los malos son más que los buenos, pero cuando había un año bueno, lo que había todo eso se volvía a producirse otra vez, así, sin gobernar.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

En la actualidad se han producido cambios en los factores que afectaban a la recogida y suelta del ganado de costa,

estas alteraciones suceden debido a que hoy en día los ganaderos no dependen de la cabra de costa para la subsistencia de su economía familiar. La razón principal para la recogida del ganado, que era el ordeño de las cabras de costa, ya no es una necesidad hoy en día. Es por ello, que hoy se recoge la cabra de costa en los 'años malos' en que pelagra su supervivencia y, en ocasiones, en los periodos estivales para proveer de alimentos y agua al ganado.

«Ahora, prácticamente, ganaderos que existan hoy, que tengan ganado en la costa, para recogerlas, para llevárselas para la casa, para ordeñarlas para después, cuando estén secas, tirarlas para aquí abajo, eso ya se ha perdido, ya la costumbre esa ya no existe (...) Ahora, recoger ganado, se recoge de la costa, ahora cuando viene la ruina, pon que hay meses que no llueve, que no llueve, que no llueve, pues vamos a tener un año malo. 'Coño pues yo no las dejo perder, yo no las dejo perder, yo mi ganadito no lo dejo perder.' Las recoge y las lleva usted, las encierra usted en su corral echándole de comer y mirando pal cielo a ver si llueve, para si llueve tirarlas para la costa otra vez, unas con sus baifitos, otras sin baifitos, para tirarlas para la costa. Ahora para recoger ganado, así como para ordeñarlas no, ya eso no, eso no existe ya y antes le aseguro yo que existía (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua sur).

5. Mancomún y áreas privadas

El ganado de costa se encuentra tanto en zonas comunales (mancomún) como en zonas privadas de la isla de Fuerteventura. Dependiendo del municipio que se pretenda analizar nos encontramos con un régimen de propiedad del territorio diferente sobre las zonas en las que existe la actividad ganadera de costa. Así, se puede clasificar en tres categorías las zonas dedicadas a la cabra de costa en función del régimen de propiedad del territorio: mancomún, mixto y privado. La forma de administración y la normativa que se ha dado a cada una de estas zonas es propia de cada municipio y ha variado a lo largo de los años.

5.1. Áreas de suelta de ganado de costa

5.1.1. Mancomún

En los municipios de Antigua, Betancuria y Puerto del Rosario la actividad ganadera de costa se desarrolla en zonas comunales administradas por los ayuntamientos de cada municipio. Estos municipios disponen cada uno de una Ordenanza Reguladora del Bien Comunal.

«La costa es pública, la costa es (...) las Salinas y Jarugo, del barranco de Jarugo al barranco del Valle, valle de Santa Inés, pertenece a la parroquia de Casillas, esa costa no se puede vender

si no, ya la habrían vendido o ¿ustedes no están enterados de eso? Es mancomún, eso está para lo mismo que yo le estoy diciendo, para despojo de los animales de la parroquia. Se echaba el ganado allí abajo y se destetaba los baiños allí, se traían para arriba las que servían para ordeñar, se dejaban las que no servían sino para criar y así.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) normativas tiene, como ahora mismo eso está medio abandonado pero antes sí que las habían, antes querían dir a cortar monte o querían hacer tal y si los ganaderos no, no se dejaba, ni sacar piedras ni hacer nada. El mancomún se respetaba, el mancomún nuestro aquí es de los vecinos no es del ayuntamiento, el ayuntamiento es un administrador, ahora que administre bien o administre mal es otra historia pero el mancomún es de los vecinos de Betancuria (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

El mancomún del municipio de Antigua, debido a su gran extensión, se encuentra dividido bajo la gestión de dos comisionados (Antigua Norte y Antigua Sur).

«Es un mancomún, lo que pasa es que el ayuntamiento lo está administrando de siglos y así ha seguido, ha seguido administrándolo porque, ¿quién nos lo va a administrar si no el ayuntamiento? Según dicen los viejitos que ya muchos se han ido para otro sitio esto pertenece a los vecinos (...) Es grande, es grande, el comisionado de aquí, de la parte sur, tiene un terreno que lo puede dominar bien porque de la carretera de Pozo Negro a aquí, al barranco de Jacomar, lo puedo yo pasar a lo mejor en horas, o a lo mejor le voy a decir, a lo mejor en media hora, lo puedo recorrer todos los días si quiero el pedazo este. Ahora si tengo que meterme de aquí, porque yo mando también en la parte norte y tengo que

irme al barranco de la Torre, no. Por lo tanto está compartido entre dos comisionados, desde... de yo disponer de conocimiento que ando aquí en la costa, siempre he visto, siempre he visto dos comisionados.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) este es el común de Antigua, que llega hasta allá, que es el que hay más grande en Fuerteventura, en las islas no hay ninguno tampoco porque los municipios no tienen común. Aquí no se ha partido, aquí se ha cedido terreno, se ha cedido anteriormente, ya no se cede ya tampoco. Antes le cedían a la gente donde se podía hacer algo de huertito para que la gente viviera porque si no estaba la cosa apretadilla pero ya no, ya no...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

5.1.2. Mixto

En Tuineje se da el caso de que la ganadería de costa se realiza tanto en zonas comunales como en zonas privadas cedidas por los dueños para el desarrollo de tal actividad, régimen que nosotros hemos denominado mixto por darse tanto en terrenos de dominio público como privado.

«(...) con el municipio de Tuineje, la gente tenía sus terrenos comunales pero los partió, los partió a los vecinos, los partió a cada uno, a cada uno de los vecinos, (...) dejó nada más que el volcán, el volcán es lo único que no se partió. Pues este terreno que tiene Antigua ni volcán, ni sin volcán, esto no se ha partido (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Mancomún, mancomún es lo que es la zona del malpei, porque de costa, lo que se llama costa no tenemos, sino lo que es la

zona del municipio de Tuineje lo que es la zona del malpei, la piconera y toda esa zona por ahí para abajo, del municipio, del ayuntamiento, que es lo que se suele decir terreno del mancomún. El mancomún es del ayuntamiento. Lo que pasa es que estamos soltando ganado por ahí, en montañas, que los dueños han dado permiso y montañas que tenemos a lo mejor valladas, montañas de eso... tenemos valladas por muchos sitios y por muchos sitios no, pero por muchos sitios está vallada para que el ganado no se baje a hacer daño. Las soltamos en mancomún, soltamos en Bächer, soltamos en Los Rincones, soltamos aquí en Caracol, soltamos en Tesejerague, soltamos aquí en Giniginamar y en Agando, todas son montañas grandes para arriba donde el ganado no se baja a hacer daño y soltamos con el permiso de los dueños la mayoría de las veces. Antes la gente las soltaba más bien para las montañas que lo que es costa, que no hacían daño y las soltaban para arriba y animales cuando bajaban a beber a lo mejor los ordeñaban para poder hacer un poco de queso y otras pues no. Había que ir a apañar, traerlas a la casa o traerlas al corral, a la gambuesa que es lo que hacían antes.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

5.1.3. Privado

La actividad de la ganadería de costa en Pájara, a pesar de ser de gran peso y relevancia histórica siempre se ha desarrollado en terrenos privados gestionados por los dueños o arrendatarios del momento, que durante mucho tiempo imponían un régimen de 'medias' a los ganaderos de la zona.

«La Dehesa eso era la mitad para el arrendatario que tenía esa arrendado porque eso era de una marquesa o no sé qué (...) desde Matas Blancas para acá lo que pertenece a Jandía, eso todo era

del arrendatario, eso lo llevaba todo el arrendatario y después no sé... sería para la marquesa esa sería, yo no sé cómo es. (...) cambió cuando vinieron los alemanes aquí y se quedaron con esto y los alemanes siguieron cobrándonos a nosotros por los animales. (...) llevándose siempre la mitad ellos. Hasta que dividieron Jandía y echaron a los ganaderos todos de los valles y se perdió la labranza aquí, porque antes vivíamos de la labranza y de las cabras ¿no? Aquí en Jandía, cuando nos echaron a todos los ganaderos de los valles ya no se hacía labranza y entonces pues se perdió.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«El guardia jurado que estuvo en Matas Blancas que era hermano mío es verdad que controlaba la gente que entraba y salía porque lo tenían de guardia jurado, lo puso el alemán, lo hizo guardia jurado para que controlara la gente que entraba y salía, a ver lo que venían a buscar, a ver que... la gente que venía de fuera de la isla que venía a hacerle una ruindad o venían a robarle o lo que sea, a robarle animales claro pero antes de eso nadie controlaba quien entraba y salía (...) pero el alemán puso ahí una alambrada (...).» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

En el pasado, Jandía poseía zonas muy ricas en pastos, lo que supuso un reclamo para los ganaderos del resto de la isla, que se trasladaban temporadas a estas zonas para que su ganado pudiera pastar, previo acuerdo económico con los dueños de la Dehesa. Es por ello que en la memoria de majorero está presente el recuerdo de todo tipo de animales (vacas, camellos, burros, ovejas, cabras, cochinos, etc.), pastando 'libremente' en Jandía.

«(...) antes las llevaban de todos sitios de la isla, porque Jandía antes era muy favorecida, antes había hierba en Jandía y las llevaban, de todos lados de la isla, las llevaban para allá (...)

«aquello no era costas pero un alemán que había allí o no sé quién era, el dueño de Jandía cobraba por eso, por tener el ganado allí.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Venía gente del norte, de los Llanos hasta de Corralejo, de la punta de la isla venía gente porque aquí llovía y salía mucha hierba en esos valles, traían vacas, traían camellos y hasta cochinos habían sueltos allí bastantes. ¿Y la gente qué hacía? La gente vivía en las cuevas, se metían en la cuevas y allí se pegaban a lo mejor... si tenían que disfrutar tres meses o cuatro de lo que hubiera hierba tenían su ganadito allí, tuvieran diez cabras o tuvieran cuatro vacas, y después se las llevaban otra vez a... La gente vivía allí, en muchos sitios que se pueden ver. (...) por temporadas, si llovía mucho aquí todos los años venía la gente del norte y de los valles de ahí venía toda...» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Antes se apañaba y luego, en los años ruines, mucha gente, para escapar el ganado pues se tenía que mover a lo mejor la gente de Tuineje. Se iban para Pecenescal o para los valles de Jandía, si llovía, según donde lloviera, para poder escapar el ganado y escapar, la gente antes se mantenía de eso (...)» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Entonces, antes habían unos señores que vigilaban la Dehesa. Sí, sí, yo me acuerdo (...). Mi tío José era el arrendatario y mi tío Secundino era el que llevaba lo de la Dehesa porque cuando eso era dehesa todavía, cobraba a la gente de fuera que traían los ganados aquí a Jandía, les cobraba cosa poca, peseta era yo creo lo que había cuando eso, por tener una vaca o cabras o burros o lo que tuvieran. Las traían, las traían porque la gente aquí de la isla los traían aquí a Jandía a... Aquí en Jandía hay una parte

que con poca lluvia salía mucha hierba ¿me entiendes? Y entonces, los traían los ganados de fuera de la isla, los traían, los traían pero tenían que pagar los pastos durante, si las tenían aquí tres meses o las tenían tal, iban pagando los pastos.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

Hoy en día, la actividad ganadera de la cabra de costa sigue produciéndose en terrenos privados pero sin ningún tipo de contraprestación.

«No tenemos mancomún, pero nosotros, con los dueños de los terrenos, de los propietarios, hemos tenido algunos encuentros con ellos, hemos hablado y yo, como comisionado, he hablado no hay problemas en tener un ganado sobre el terreno de ellos de momento. Pero eso, date cuenta, que está desde la Punta de Jandía, de una punta a la otra. Nosotros hemos tenido siempre... nunca hemos tenido problemas con las cabras de costa, mancomún no tenemos claro, esto no es mancomún pero hasta aquí no hemos tenido nunca problemas por el ganado de costa con los dueños. Antes eran de unos dueños hoy son de otros claro, es un terreno que compró mucha gente, que compraron ¿no? (...) desde la Punta de Jandía mismo, desde la misma Punta de Jandía pues hasta aquí, hasta La Pared, hay cabras. Todas esas montañas, por ahí hasta la Punta de Jandía, cabras de costa, cabras sueltas, siempre, siempre, de toda la vida (...) estamos ahí pero sigue de la misma gente, tiene dueño ¿no? Y podemos disfrutar con permiso de ellos» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

5.2. Apañadas de cuentas

En el pasado se realizaban lo que se conoce como 'apañadas de cuentas', que eran para determinar cuántos animales

le correspondían a cada ganadero y en función del número tenían que pagar una cantidad de dinero destinado a los gastos del mancomún o en las zonas privadas como la Dehesa de Jandía, para beneficio del arrendatario.

«Antes los ganados mansos que estaban en la costa el día de las apañadas, las encerraban y pasaba el alcalde, el secretario y el comisionado a contarlas, las apañadas de cuentas. (...) que era eso para cobrar, para ver la cantidad de cabras que había y cada uno tenía que pagar (...) se pagaba una peseta por cabra, los del pueblo, ¿sabes?, los de la parroquia. Y los que eran fuera de la parroquia pagaban uno cincuenta. (...) cabras y burros, por los burros pagaban más, y camellos y todo eso pagaban más. (...) había un camellero cuidándolos (...) había un delantrero para las cabras y un camellero para cuidar solamente de los camellos.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) contar se contaba en las apañadas de cuentas, que era el mes de enero pero... era en el mes de enero, si nos cogía casi todo el mes hasta que terminábamos, pegábamos por el Jable y terminábamos por la Punta de Jandía, porque ese ganado la mitad era del arrendatario (...) ya no hacen las apañadas de cuentas desde hace muchos años, antes porque cobraban, traían el ganado de la isla, de fuera de la isla traían el ganado aquí a pastar y les cobraban un tanto por cabeza. (...) todo lo que hubiera, el burro y la vaca no, eso no, ya eso era otra cosa aparte, para eso no habían apañadas, para eso iba el dueño a recogerlo para llevarlo cuando se lo quería llevar, que era de fuera.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) ahora las apañadas de cuentas ya no, nunca las hacemos, eso era antes cuando había la Dehesa de Jandía las obligaban

hacer las apañadas de cuenta.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) las de cuentas se contaba el ganado, todos los meses se contaba, se apañaba todos los meses, se contaba el ganado. Tenían unas listas. (...) se apañaban todos los meses de verano a invierno, no parábamos y si parábamos era porque acordamos con el pastor que estaba: 'Mira, yo no las atajo nada más que este mes, busquen un pastor para el mes que entra'. Se nombraba al pastor para el mes que entra y a lo mejor no se apañaba sino nombrar al pastor y cuando se le iba a pagar, si ya sabíamos las que teníamos cada uno, como se juntaran las perras para pagarle al pastor no había que contarlas.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

5.3. Arrendar terrenos

En algunos municipios, a pesar de existir zonas comunales para el ganado de costa, también se daban los casos de que se arrendaban por temporadas terrenos privados que disponían de pastos para disfrutar del ganado allí.

«(...) en el Llano de la Mareta que le dicen, ahí no había nada más que una casa que era del dueño del terreno ese y nos dejaba arrimar ahí. Eso es muy bueno de hierba cuando llueve, cuando eso. Esto era costa todo desde el Puerto, todo lo que está fabricado por ahí para fuera hasta El Castillo, todo eso era costa, ahí era donde comían los ganados, ahí era donde teníamos nosotros los ganados cuando nos íbamos para la costa (...) eso no era costas, eso es de dueños propios pero como eso no vale para otra cosa sino para cabras, pues costa. Lo mirábamos como costa. El valle de Jenejey, que es un valle grande que va a tener a El Matorral (...)

un tal señor Pepe Ruiz, que era un ganadero grande también, y arrendaba de Triquivijate para abajo, hasta abajo hasta el aeropuerto, se puede decir, a más para allá donde está El Castillo hoy (...). Nosotros después íbamos con los ganados y hacíamos trato con él: 'Ustedes me ayudan a pagar los pastos y el ganado está ahí...' Pastoreamos los dos ahí, los tres o los cuatro o los que quiera que íbamos. Yo estuve muchos años arrimado, ordeñando con ese hombre ahí y era un hombre mayor. (...) por ese trozo, porque por esto para acá, yo no recuerdo de pagar nada por los pastos ahí, sabíamos que era de dueños propios pero no, no se llegó nunca a pagar, ni el dueño de las tierras a cobrar. (...) para pagar el delantrero eso ponían las cabras por número, a duro por cabra o a medio duro o a peseta o así y así era como se pagaba.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) se arrendaban los terrenos, las fincas se arrendaban, tú tenías un terreno y tenía hierba y yo te decía: '¿Cuánto me pides?' 'Viste, dame tanto.' Le dabas tanto y las cabras ibas a cuidar allí, eso se ha perdido todo. (...) Si se te moría en los años más malos, no sé qué decir, en el año cincuenta y siete mi padre cuando eso, yo era jovencito, mi padre cuando eso tenía ochocientas o no sé ni las que habían, lo que sé es que se metió un año malo, había un poco de pasto en esas cumbres donde no había ganado pegaron a morirse. A morirse y mi padre alquiló, arrendó un cercado, compró un cercado de tuneras (...)» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

5.4. Animales en la costa

Antes, en las zonas de costa los ganaderos soltaban todo tipo de ganado a fin de que este se pudiera alimentar.

«Yo me acuerdo de ver ahí, en la costa esta nuestra, vacas, camellos, burros, ovejas (...) Allá donde le dicen La Ventosilla hay unos corrales grandes, que allí es donde encerraban los camellos, los burros y la casa del camellero» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) antes todo el mundo vivía de eso y ahora de eso no vive nadie, nadie. Todo el mundo tenía, aquí todo el mundo tenía igual que burros, camellos, todos y hoy no hay nada no hay quien tenga nada, nada. (...) en la costa sí, yo me acuerdo de verlos ahí abajo los camellos, me acuerdo yo de verlos ahí abajo y allá en Janey, al norte de Janey, dejemos los bueyes ahí, las vacas todas sueltas ahí por todo eso sí, sí claro. Eso era para disfrutar, eso es de todos, eso no es mío, eso es de todos y toda la gente los echaba ahí para que comieran porque habían muchos pero hoy es que nadie vive de eso.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«La gente del norte venían y se quedaban, venían con los camellos, los burros, echaban hasta burros aquí, los camellos arriba también, en el Jable, donde más camellos había era en el Jable, en el Jable echaban los camellos, cochinos arriba en la casa de Esquinzo, donde vivo yo, le llaman el chupadero de los cochinos, ahí habían cochinos que no veas, me acuerdo yo y en Vinamar arriba, echaban los cochinos sueltos y parían allí, hacían manadas y después los cogían, los iban cogiendo, yo no sé cómo los cogían, yo les tenía más miedo que.. [risas]» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

Al parecer, en Jandía también se daba el caso de ganaderos de fuera de la isla que les dejaban vacas paridas a los ganaderos de la zona para que estos pudieran 'disfrutar' de ellas a cambio de criarles el becerro.

«Sí, la gente de aquí tenía también vacas, disfrutaban las vacas aquí, en el barranco de Los Canarios mismo. Mi padre tenía una vaca, una vaquita romana me acuerdo que era, me acuerdo como si fuera ahora, la llamaban La Palmera y yo creo que era de La Palma la vaca. La traía la gente de allá de La Palma y tal y se las traían a los ganaderos aquí para disfrutar la vaca pero claro en ese año la disfrutaba, estaba parida, preñada, le criaban al becerro y se llevaban al becerro y a la vaca, pero se la tenía aquí donde hubiera hierba, le daba la leche la vaca, disfrutaba la vaca pero después se llevaba el becerro. El becerro criado ya y la gente en el barranco donde yo vivía en Los Canarios había cuatro personas y cada uno tenía una vaquita y ya no me acuerdo bien, después las vacas se las llevaron claro, no eran de ellos. Antes comprar una vaca salía mucho dinero y no tenían.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En el pasado las ovejas se apañaban junto con las cabras pero el número de ovejas hoy en día es muy reducido en las costas majoreras. Pero es de destacar que en Jandía se sigue manteniendo una buena cantidad de ovejas en la costa, que ha derivado en un fenómeno reciente que son las apañadas exclusivas para ovejas.

«(...) ahí en la Galera me acuerdo de ver una manada de ovejas que da miedo y camellos, vacas, burros. (...) en la gambuesa nueva que le dicen, dejaron una vez las ovejas fuera porque no cabían dentro de la gambuesa. Metieron las cabras dentro de la gambuesa y dejaron las ovejas fuera porque no cabían. En la misma apañada. Ya no, porque ahí ya no tenemos ovejas ya, ahí tenemos dos o tres de esas que hay ahí atrás, pero esas no las cojo.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuría).

«(...) igual que las cabras (...) ya hoy se apañan más separado pero antiguamente se apañaban, en las apañadas de cuentas se apañaban igual, se apañaba todo junto, lo que había dentro de tal, eso venía todo al corral, ya ahora veces vienen junto a las cabras y veces van apañar ovejas nada más y las cabras las dejan.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«Las ovejas..., es una cosa que las ovejas van todas juntas, ¿no? Entonces en un valle de esos van cuatro o cinco y la oveja desde que la juntas arriba corren todas a un sitio. Lo que son malas para meterlas en la gambuesa ¡bueh! Como corra una ya está... pero es diferente, pero una cabra hay que ir a trabajarla, una cabra en la montaña, ¡buf! (...) las apañadas de las ovejas es una cosa muy parecida a la de las cabras también, eso también es un control para marcar y... las ovejas más bien es para marcar las crías, las ovejas no las recogemos. Las ovejas sí las recogemos si están flaquillas (...) cogemos todos los corderos los marcamos. Aunque la oveja es más mala para marcar, la oveja es más difícil pero la oveja tenemos que tenerla controlada igualita que la cabra, igualita la oveja, la gente hace lo mismo. La oveja va el cordero a mamar de la otra oveja si no es la madre, aunque no sea, la oveja es más complicado parece que no y apañamos ahora por las tardes, los jueves, hacemos las apañadas de las ovejas, cortitas, valle por valles. (...) poquitas pero mi gente, mi gente tenía ovejas, mis abuelos de toda la vida, de toda la vida me acuerdo yo.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

6. El comisionado

El comisionado es la persona que ostenta la autoridad en la costa, ya sea en zonas de mancomún o áreas privadas destinadas al aprovechamiento y disfrute del ganado de costa. Esta autoridad es ejercida bajo la supervisión del concejal competente en materia de ganadería y de la alcaldía del respectivo ayuntamiento. Existen comisionados en los municipios de Antigua, Betancuria, Pájara, Puerto del Rosario y Tuineje. La gran extensión de terreno que presenta la zona comunal de Antigua derivó en la división de este territorio en dos zonas gestionadas por diferentes comisionados cada una de ellas. La tradición de la figura del comisionado es más antigua en aquellos municipios en los que existen zonas comunales, mientras que en los municipios como Pájara y Tuineje, donde la ganadería de costa en la actualidad se localiza mayoritariamente en zonas privadas, el reconocimiento de esta figura por parte del ayuntamiento es más reciente.

«(...) ahora mismo el comisionado la función es que tiene un cargo, tiene un cargo público, tiene una credencial del ayuntamiento, ¿no? Entonces tiene un puesto en lo que está allí tiene que estar defendiéndolo más o menos, cuando no le convenga se puede ir, pero en lo que esté allí, si lo nombran los ganaderos está obligado a hacer el servicio. (...) todo lo que se haga tiene que ser nombrado por el comisionado, sea bien o sea mal y cuando no les convenga a los ganaderos ponen a otro (...).» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Aquí en Fuerteventura, comisionados de costa reconocidos por los ayuntamientos ha tenido el que tienen en Puerto del Rosario, aquí en Puerto pero pertenece al ayuntamiento de Puerto del Rosario y Antonio Cabrera Morales que es de Ampuyenta, de abajo de Ampuyenta de Almácigo me parece que le dicen a aquella allí, reconocido por el ayuntamiento con credencial. Después están los dos que tiene el ayuntamiento de Antigua, Tomás Acosta y Nicolás Herrera con credencial y después está Vicente, Vicente Hernández Santana, reconocido por el ayuntamiento de Betancuria con credencial. Ahora, después había un comisionado que todavía existe, está Juan Pérez que era de la zona esta de Jandía, de Pájara, que según yo estaba hecho cargo porque llevaba muchos años (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

6.1. El caso de Jandía y Tuineje

La particularidad de la propiedad de las tierras en el municipio de Pájara más concretamente en el caso de la península de Jandía, donde se localiza el mayor número de la cabaña ganadera del municipio, ha conllevado una gestión diferenciada con respecto al ganado de costa, en comparación con los demás municipios donde se ha llevado a cabo esta actividad. Los arrendatarios de la Dehesa de Jandía eran los encargados de gestionar la actividad ganadera de costa en sus tierras, bajo un régimen de explotación de 'medias', lo que obligaba a los ganaderos a entregar la mitad de los recursos obtenidos de su ganado. En aquella época, los encargados del control del ganado eran nombrados por el arrendatario para el ejercicio de esta función. Nos encontramos así, con que la figura del comisionado como persona elegida por los ganaderos y autorizada por el ayuntamiento es de reciente creación.

«(...) cuando eso no había comisionado, cuando eso, solamente esto era una dehesa y estaban unos señores que llevaban la contabilidad de eso y yo conocí mucho. Comisionado aquí, que los tenía la marquesa esa, los tenía pues no sé porque eso, lo embarcaban para ella después (...) La mitad del queso que se hacía era para ellos, y bueno el queso y la carne igual, la carne igual si habían veinte machos, diez eran para el arrendatario y los otros diez eran para el dueño del animal y eso era todos los años.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«Los arrendatarios tenían unos señores señalados para que nos dirigieran a nosotros. De aquí de Jandía estuvo Patricio Francés Hernández, quien era el padre de mi mujer. Ese estuvo muchos años y tal y después más tarde estuvo Mario Cabrera, Tomás Pérez..., esa gente murieron todos ya, que son los que organizaban las apañadas, ya hoy las organizan esta gente, unos s que llevan eso, pero antes eran unos señores que tenían, que cuando vinieron los alemanes aquí, que ya esto no era dehesa, que ya el alemán se quedó con esto de aquí, no sé cómo fue, y entonces él tenía unos señores también para que fueran. Ahí no podías tratar de coger un animalito que no... un baifo suponiendo, matarlo a escondidas, porque ahí enseguida lo echaban de menos, enseguida sabían que tú habías robado un baifo, ¡buah! Pero eso fue después de estar el alemán aquí, ya tenía varios vigilantes ahí.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) era como un comisionado, sí, era mi tío Secundino era como un comisionado que era el que llevaba la cosa esa era él, él era el que llevaba las cosas de las apañadas y el ganado que entraba y que salía, para salir también tenías que pasar por..., pasar por las manos de ellos, con permiso de ellos, sin permiso de ellos ni entrabas ni salías de aquí de la Dehesa. Eso se organizaba en las apañadas, en las apañadas, cuando se hacían las apañadas

si tú querías, bueno traerlas no, sí, traerlas sí podías traer pero en las apañadas, si se apañaba y tú querías llevarte tus cabras, reses vacunas o burros o lo que quieras, caballos o lo que fuera tenías que tener el permiso del vigilante que tenían aquí el arrendatario, bueno el arrendatario no, el vigilante que sería, yo no sé cómo era, cuando eso no habían títulos de... La gente estaba más atrasada, forma de comisionado era porque el... eso sería digo yo como si fuera una cuadrilla de gente que está haciendo una obra y hay un encargado, hay un capataz que les manda a decir lo que tienen que hacer (...).» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«Antes que yo me acuerde no, antes de estar yo aquí en el municipio de Pájara, (...) tuvimos una reunión y digo: 'Vamos a poner un comisionado.' Porque en todos los municipios ahí fuera hay un comisionado. 'Vamos a poner un comisionado'. Porque hace falta, porque todo el mundo entra: 'No, esa cabra es mía.' Y el otro: 'No, esa es mía la voy a marcar.' No, por lo menos hay que controlar, ahora hay más control (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En el municipio de Tuineje la figura del comisionado reconocido por el ayuntamiento también es bastante reciente.

«El primer comisionado que tiene el municipio de Tuineje es... por el ayuntamiento soy yo. Antes, que yo recuerde, no había ninguno. (...) comisionado sí, pero entre ellos, no nombrado por el ayuntamiento. Entre los apañadores se reunía el grupo y mira: 'Tú eres el que mandas más o menos el que dirige la apañada.' Y así lo hacían, porque nombrado por el ayuntamiento no ha habido ninguno, yo... el primero he sido yo y yo porque el ayuntamiento llevó la propuesta a pleno y la aprobaron y después se mandó al Cabil-do.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

6.2. Elección

El comisionado es elegido directamente por los ganaderos del municipio y refrendado su nombramiento por la alcaldía, que le otorga la 'credencial' para el desempeño de su puesto.

«Eso se elige por votaciones, por votaciones de los ganaderos, en una apañada, en una gambuesa que va a haber un cambio de comisionado. Entonces se va a votaciones y el que más votos saque de los ganaderos, ése es el comisionado. (...) los que quitan y ponen al comisionado son los ganaderos, el alcalde lo que hace es firmar la credencial, cuando los ganaderos nombran a la persona que nombren los ganaderos entonces el alcalde firma.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) el comisionado esta nombrado por los compañeros, por los ganaderos (...) son lo que lo eligen. A fulanito de tal lo vamos a nombrar de comisionado, siempre que esa persona quiera, ya después, si ellos son conformes, ya después lo acompaña uno de los ganaderos, uno o dos, los que quieran ir, al ayuntamiento, a presencia del señor alcalde para que se lo autorice, tiene que darle una credencial..» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Lo eligen los ganaderos y después es apoyado por el alcalde, porque el comisionado es la persona de confianza del alcalde (...) Cuando uno quiera marcharse o los ganaderos no están conformes ni el alcalde, se elige a otro.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) sí. 'Mira fulano, tú... te vamos a poner de comisionado.' '¿Yo? Estás loco...' 'Sí, sí, tó sos el más aparente, porque sos reconocido de marcas y tú sos aparente para esto.' Ese poníamos. 'Pues

hagan lo que quieran. Y ya se quedaba mandando en la costa. (...) se iba aquel. *'Yo estoy cansado de ser comisionado, pongan otro, nombren a otro.'* Nombran a otro pero en conformidad de la gente toda, de los ganaderos (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

6.3. Habilidades y conocimientos

La persona elegida como comisionado, según los propios ganaderos, debe de disponer de una serie de habilidades para desempeñar con éxito este cargo. El cargo de comisionado requiere de un carácter templado y habilidades mediadoras y resolutivas para enfrentarse de manera adecuada a las situaciones conflictivas que se le puedan presentar.

«Ahora tiene que ser una persona, esa persona ahora mismo, (...) tiene que ser una persona que tenga los nervios de acero, de acero me refiero de acero porque... porque una persona que usted ahora mismo... usted es el responsable del ganado de costa, usted es el responsable de que a este ganado no le falle el agua (...) a usted se le rompe el contador y usted no tiene que ir allí a decirle a un vecino. 'Oye, mira, háblate con el Consorcio del agua que no tengo agua o tiene que poner porque el contador se rompió.' No, no, eso tiene que resolverlo usted como comisionado sobre la marcha, usted no puede esperar. 'Si no lo arreglo hoy lo arreglo mañana' ¡No!, 'Si no lo arreglo hoy, lo arreglo mañana,' ¡No!, eso tiene que ser sobre la marcha, si se puede arreglar ese día no lo puede dejar para otro día, esa es una de las fases del comisionado.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

Para los ganaderos es importante a la hora de elegir el comisionado que sea una persona 'entendida' de cabras, es decir,

que disponga de una amplia experiencia y conocimiento sobre el animal, el territorio y las marcas.

«(...) conocer el terreno y conocer la ganadería, si no conoces marcas ni conoces nada, ya puedes ser muy inteligente pero la inteligencia ahí no... Como decía el otro: 'Lo que no nace no crece.' Si uno está todos los días porque le gusta y está todos los días machacando lo mismo pues...» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«El comisionado es que se nombra a una persona que más... más conozca el terreno, para cuando hay apañadas saber la persona que más o menos está preparada para echarla por el filo y la que no está, está más bien, más anciano. Entonces se manda por las partes más llanas y que sepas... el comisionado tiene que saber dónde... los puntos que se escapa el ganado, mandar una persona allí que sepa más o menos lo que tiene que hacer allí y que conozca, se tiene que conocer las marcas de cuarenta o cincuenta que hay, porque cada uno tiene una marca diferente, para conocer el ganado, de quién es esta, cuál es de uno y cuál es de otro.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) tú cuando entras al corral tienes que conocer todas las marcas, te pones en la puerta y tu las vas conociendo todas.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) las marcas yo sé, el ganado que está aquí sé yo todas de quién son, desde que veo la marca, sé de quién son.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«El comisionado tiene que saber que en la costa cuando se va a apañar, por el sitio que tiene que ir, el sitio donde no tiene que ir, cuando llega a la gambuesa saber las marcas que tienen las

cabras y saber de quién es y de quién no es y respetarlo, respetar lo que hay y las normativas que tiene que... que debían de haber.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

6.4. Autoridad y respeto

La figura del comisionado y sus decisiones son respetadas por el resto de los ganaderos, aunque según los testimonios recogidos estas personas antes poseían mayor autoridad que hoy en día.

«Y a respetar porque el comisionado ¿sabrás cómo es? (...) hay que respetarlo igual que una máxima autoridad y hay que hacer lo que diga él.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Otra de las actividades del comisionado, de las responsabilidades del comisionado es el respeto, ¿cómo se gana el respeto el comisionado? Pues es muy fácil, el respeto del comisionado se lo gana usted mismo (...) Ahora porque yo sea el comisionado voy a estar aquí con gritos, ¡no! La persona hay que respetarla, para que a usted lo respeten tiene usted que respetar (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Y antes le estoy hablando de dos comisionados cuando eran comisionados, hoy no somos comisionados, hoy somos alcahuetas (...) estamos nada más que para cualquier cosita, la obligación nuestra es ir a nuestro ayuntamiento ¡Oiga! Mira, me pasa esto con fulano de tal o con el ganado de fulano de tal que...» Antes no, (...) antes se paraba el comisionado en la puerta de la gam-

buesa, en la puerta de los corrales y estaba la gente ahí dentro metida mirando a ver si veo mi cabrita, a ver si... y alguno de ellos a revolver, que estaba el ganado echado, el ganado cansado y se intentaba de meter para dentro. ¡Oiga! Así mismo. ¡Oiga! ¿Qué hace usted ahí dentro? 'No, mirar.' ¡Venga! ¡Fuera! Como si usted hubiera un perro por ahí y le da usted un latigazo que sale el perro corriendo. ¡Fuera! Ahí no te metías dentro de la gambuesa hasta que el comisionado dijera: 'bueno, vamos a mirar el ganado, vamos a mirar el ganado, vamos a apartar.' Es que había mucho respeto, sí, sí había mucho respeto (...) Eso era el comisionado, eran personas que se dejaban respetar, antes era así. Hoy no, hoy echamos las cosas, echamos muchas de las veces de cachondeo. (...) eran gente que se dejaba respetar y la palabra, lo que decía el comisionado era eso lo que se hacía, le gustara a usted o no le gustara pero no hubiere ninguno que dijera: 'No, no, ¡no señor!.'» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

6.5. Funciones

Son varias las funciones que ejerce el comisionado dentro del territorio que tiene asignado.

«(...) las tareas de comisionado, que cualquiera que lo mire parece sencillo, pero cuando usted se mete, pero cuando usted se mete ya en el ajo de tanto ajos que come ya ni se quema los labios, si de momento se echa uno y lo quema pero de momento que usted adapte los labios al ajo ya no quema.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

Una de las labores fundamentales que desempeña el comisionado es velar por que el ganado de costa siempre dispon-

ga de agua y comida, ya sea por recursos existentes en la costa (fuentes y pastos) o a través de una alimentación complementaria (millo) y creación de depósitos de agua.

«Usted tiene que proteger al ganado, que el ganado tenga agua permanente (...) el agua es responsabilidad del comisionado de que el agua no falle.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

En el caso del agua hay zonas en las que la escasez de fuentes o la mala calidad de sus aguas han obligado a recurrir a la instalación de depósitos de agua y bebederos.

«(...) antes aquí no existía agua. El agua aquí del ganado de Fuerteventura, de muchachejo le estoy hablando de edad de diez, doce años, de ir a correr aquí en la costa, transitando la costa, el agua que tenía el ganado aquí era la de la fuente de Pozo Negro y la de la fuente de Jacomar, que hoy está entullida, esas eran las aguas que habían. Aquella que era un agua muy mala, que la mitad del ganado cuando llegaba el verano se perdía del agua, la del Barranco de Jacomar era muy salada, muy amarga y la de Pozo Negro, esas eran las únicas aguas que habían. Pero después, como el agua de Jacomar era muy mala y había porción de ganado (...) Hicimos un depósito de bloques pero después acordamos para allí que el agua de allí... que el valle de allí también es muy estrecho. Después había mucha gente allí que iba a pescar y para mi gusto que el anzuelo lo tiraban para tierra a ver si cogían algún baifo, a ver si cogían un machito, cogían una machorra. Después nos poníamos... después intentemos, hicimos el depósito este y se le puso el agua aquí y se quitó (...). (...) Pues el ganado viene a beber aquí y a comer, que se dice fácil, beben en el valle de La Cueva y van a comer a la Solana de Gran Valle, los terrenos comunales de Tuineje, que son kilómetros, sí señor, que no

vienen todos los días pero vienen a los cuatro o cinco días. Vienen aquí y beben y con la misma unas tiran por allí abajo, para no pegar las cuevas y otras tiran por ahí para arriba y dan vuelta por encima de la Cueva del Valle...» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Antes era cargar en las fuentes, claro hay fuentes, lo que pasa es que en las fuentes las aguas eran malas y eso se morían a montones ¡bueh! Se jartaban de agua y no salían de dentro de la fuente, abajo mismo hay una fuente, en La Ballena se llama, entraban por unos... tenía como unos escalones. Entraban allí adentro, se jartaban de agua y después no salían, se morían allí adentro, se quedaban allí adentro. (...) Yo tengo unos contadores, por ahí tengo dos contadores uno en Monte Agudo y otro en la Fuente de las Ovejas y este aquí no, este aquí me lo echa el Cabildo, con la manguera esa que viene ahí me llena el depósito dos veces a la semana.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Con el tema del agua algunas tienen. El ganado de la costa tiene algunas fuentes que beben en ellas y otras se le pone algún depósito, tenemos algunos sitios que se les pone una cuba con agua y en otras tenemos por manguera que se le pone un bidón con una boya y agua potable y en sitios donde hay mucho ganado como en la zona del Caracol, pues tenemos una cuba y de vez en cuando vamos mandando una cuba también, la llenamos y ahí van bebiendo ellas.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

El comisionado es el encargado de organizar la limpieza de las fuentes que se encuentran en su territorio, para evitar que estas se entullan por acción de las lluvias o de los propios animales y de que aparezcan parásitos que perjudiquen al ganado.

«Las fuentes las limpiamos nosotros, ahora para ahí, para adelante, a mediados de este mes o por ahí, nos juntamos y vamos a ir a limpiarlas.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«El comisionado nombraba a dos o tres ganaderos y tenían que ir obligados a limpiarlas, una vez le tocaba a uno, otra vez a otro, nunca a los mismos sino siempre se iban relevando y todos teníamos que...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Nosotros siempre tenemos las fuentes limpias y echamos un cloro, la pastilla esa del cloro que se aguanta meses, la metemos en un trapo, en un calcetín la enterramos... el agua corre por aquí para abajo y la enterramos arriba, debajo de tierra, donde sale el agua y el zumito ese que va las sanguijuelas la limpia, las mata todas. Sanguijuelas, cría el agua sanguijuelas, la sanguijuela negra esa se le mete en la lengua o en la garganta, en la nariz y la sangre del animalito, eso chupa la sangre en poquito tiempo, el animal te lo deja flaquito muriendo. Yo tengo que decirle a la gente, a la gente le digo: 'Mira, de aquí a abajo lo limpian ustedes, de Cofete hasta la Punta de Jandía hay aguadas por el norte y por el sur las limpian ustedes y de aquí para arriba las limpiamos nosotros.' Nosotros lo limpiamos normalmente una vez al año, una vez al año, lo que pasa es que cuando llueve las limpiamos ¿no? Ahora cuando llueve que corre y después antes de empezar a beber el ganado tenemos que mandar a limpiar otra vez porque las entulle el barranco. Los pilones que corre la arena y la tierra y la entulle, el ganado cuando pega a beber ya no tiene agua, tenemos que limpiarlas, y bueno, todo eso tengo yo que controlarlo, todo, es verdad, pero claro es así, pero a mí me gusta [risas] y es así.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Las fuentes..., pues lo tenemos que llevar nosotros también un poco y mirar de limpiarlas porque el ganado las va entullendo con la tierra y con las piedras y las limpiamos y le echamos un poco de cloro para los bichos también, que bebe el ganado de eso y las tenemos al día. (...) los pocos que vamos, si estamos dos o tres, pues vamos y limpiamos y las mantenemos en condiciones para que el ganado también pueda beber, si no el ganado lo que hace es buscar el agua y lo que se baja es más a las fincas, entonces tampoco queremos eso.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

En los 'años ruines' en los que el pasto escasea a consecuencia de las faltas de lluvia, el comisionado también es el encargado de organizar y abastecer de alimentos al ganado con el fin de que este no se pierda. Esta función es desempeñada de diferente forma en los municipios que tienen ganado de costa, ya sea por el sistema de recogida del ganado por parte de cada ganadero para su alimentación en su corral o la distribución de alimentos, principalmente millo, por diferentes comederos en la costa. En este último caso, el comisionado es el encargado de recaudar el dinero necesario para la compra de alimentos y de crear un sistema de turnos rotativos entre los ganaderos para alimentar el ganado, todo ello se distribuye en función del número de reses que tenga cada ganadero en la zona.

«(...) en los años ruines sí se le hecha de comer. (...) Aquí lo organizo yo porque el ganado casi todo es mío y yo..., el que tiene una o dos con venir todos los meses a perder un día yo creo que tenga suficiente. Yo soy quien les echo de comer (...). Allá en el valle de Janey sí, los otros que están allá en Janey sí se turnan porque hay varios y es lejos (...).» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) con tanto año ruin, que para poder sostener tenemos que estar echando comida todos los días porque si no esto se pierde y nosotros no... Lo que pasa es que nos turnamos aquí, uno viene un día, otro viene otro, somos muchos, somos treinta o cuarenta (...).» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Yo tengo una libreta para ahí donde tengo marcado el día que le toca a cada ganadero venir a echar de comer, ese día tiene que venir a echarle de comer. (...) el que no puede venir, y yo lo tengo puesto para el día, y no puede venir, pues tiene que buscar un coche y decir: 'Ah, mira yo te doy veinte euros o quince, lo que cobre cualquier compañero para el gasto de coche, para que vaya y te ayude a echarle de comer al ganado porque yo no puedo perder de trabajar.' Porque yo entiendo que usted no pueda perder de trabajar (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) aquí no hay mancomún, no tenemos uno como en las costas ahí fuera, en las costas ahí fuera tienen un sitio, como en la costa de Antigua, una aguada y entonces allí la gente se junta y les echan de comer en el agua allí. Aquí cada uno recoge las suyas y les echa de comer en su corral.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

Otra función es 'nombrar', organizar y controlar las apañadas. Esta labor supone una gran responsabilidad para el comisionado ya que tiene llevar el control de todo el proceso de la apañada.

«Las funciones del comisionado es, primero nombrar las apañadas. (...) yo tengo costumbre de dejar, porque la costa la tenemos toda vallada, esta valla con mallazo de ese. Entonces yo tengo cos-

tumbre de que me quedo arriba en la Villa, cojo el filo adelante y cojo por la orilla para abajo, un par de días antes de la apañada, quince o veinte días o cuando me parezca, o siete u ocho días, o cuando me parezca, y miro cojo por toda la orilla de la tela para abajo y me ando toda la costa, mirando las que veo y las que no veo, si se puede apañar, si no se puede apañar.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) cuando el comisionado decide organizar una apañada es porque se lo están pidiendo los compañeros. A lo mejor no todos, pero se lo están pidiendo los compañeros y tiene que obedecer (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«El que dirijo un poco las apañadas, yo me pongo en contacto con la mayoría de ellos y les digo: 'Bueno, apañamos este domingo en Tarajalejo.' Si estamos todos de acuerdo pues este domingo en Tarajalejo y así organizamos. Tengo que organizar lo que es la compra, lo que es la compra y avisarles al resto de los apañadores para el día ese salir todos a apañar. (...) si no sería algo complicado, si uno tira para un lado y otro para otro, entonces no... Más vale que haya un comisionado, sea yo o sea quien sea, pero que sea uno responsable de convocar las apañadas. El corral que esté en condiciones para cuando llega el ganado y bueno, siempre hay que hacer algo de compra, llevar el agua, llevar algún refresco, alguna cerveza y todo eso, entonces hay que organizarlo y prepararlo un día o dos antes, un día o dos, un día o dos o tres antes.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) yo tengo, como comisionado, que tener en cuenta muchas cosas, aparte de llevar al ganado, tener en cuenta que cada uno marca la suya, tengo que tener a la gente controlada, (...) Y aparte, dentro de la gambuesa, del corral, es la mayor responsabi-

lidad dentro... cuando vamos a la apañada de aquí, yo he repartido de aquí ciento y pico personas, de aquí mismo justamente de aquí, cuando vino una gente del País Vasco (...), vino de Francia, de Las Palmas, de La Palma, de Lanzarote me vino ciento y pico personas, yo repartí de aquí. Fue el año en que se me mató ¿lo oíste decir? Se me mató un pastor ahí, un moro, Salam. (...) cuando se me mató el hombre, ese que se cayó por la fuga para abajo, (...) y eso hay que tener mucho cuidado por eso mismo, (...) y controlando a la gente, hay que saber donde se manda a la gente también porque esos son, todos son sitios malos. No es tan fácil como tú ves los barrancos, por ahí no lo parece, pero arriba y la gente donde los mandes. Hay gente mayor, niños que no tal, jóvenes. (...)» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

El comisionado también es el responsable de organizar las acciones de mantenimiento y conservación de la costa, como la colocación de nuevos vallados y restauración de los existentes, o la localización y captura de perros que amenacen el ganado.

«(...) aquí, para las apañadas o para poner telas o limpiar las fuentes o lo que sea, todo eso lo lleva el comisionado. (...) quien tiene que correr eres tú, que para eso estás, lo que no cobras nada pero...» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) usted tiene que intentar que proteger el ganado de todos los daños, de todos los perjuicios que pueda haber (...) a lo mejor usted ve un perro que se pone a correr aquí detrás del ganado matando una cabra y lo primero que hace usted es ir arriba a mi casa y resulta que yo estoy comiendo. Usted va allí arriba y resulta que yo estoy comiendo, estoy, a lo mejor, empezando a coger la cuchara con la mano. ¡Oye! Nicolás que vengo del Valle de la Cueva, y en el Valle de la Cueva hay un par de perros...» Que ha

pasado así. 'Y están alrededor del ganado y lo están matando.' Usted no puede decir: 'Bueno, ahora mismo voy.' 'Bueno ahora mismo voy.' ¡No!, usted tiene que tirar la cuchara o tiene que dejarla allí en el plato y tiene que salir corriendo porque en el acto a lo mejor no le matan ninguna, que a lo mejor llegas a tiempo y usted las puede espantar pero si va a esperar a 'voy después' o 'voy a la tarde' o 'me voy a asomar mañana', ya está perdido, ya está perdido. Por lo tanto, es una cosa que tiene que estar usted permanente sobre de la actividad esa.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) cualquier problema que tenga, que haya, tengo que resolverlo. Vienen perros, que los perros vienen con frecuencia a matarlas y al diablo y yo soy quien tengo que avisar a los compañeros e ir a ver si los vemos por ahí.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) si un perro que está matando por ahí, lo primero que hacen es llamarme: 'Mira Juan, allí en la Punta de Jandía estos perros están matando allí.' Y ahí va Juan, allá abajo para el Jable, igual para allá para los Gorriones, para los molinos.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En el caso de que se produzcan daños ocasionado por el ganado de costa, el comisionado de la zona es el responsable de identificar al dueño del ganado que lo ha ocasionado. En el caso de robos también es el encargado de comprobar y dar parte del incidente a las autoridades.

«(...) me llaman a lo mejor los mismos apañadores o me llama cualquier vecino: 'Mira, el ganado que está en Giniginamar se metieron aquí en la urbanización.' Pues bueno, entonces aviso a un par de compañeros, tenemos que ir allí abajo, coger esos

animales y quitarlos de ahí y llevarlos para otro sitio, entonces ya los llevamos a un corral para no dejarlos ahí haciendo daño.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) ahora mismo cualquier accidente que haya con una cabra en la carretera. (...) es que a mí se me han dado casos de venir, para estarme molestando, para ir allí arriba a Antigua, para que yo reconozca una marca de un animal, de una cabra, que ha tenido un accidente en la carretera (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) están robando y yo tengo que dar cuenta, tengo que decir, tengo que ver si es verdad, montones de cosas que no sé ahora mismo las que te digo, el comisionado tiene muchas responsabilidades aquí.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

El comisionado tiene que controlar el acceso y actuación de cualquier persona dentro de la costa.

«(...) hice una reunión y prohibí por completo de salir sin pedir permiso a coger animales y con perros que lo deje en la casa. Tú puedes ir a mirar tu ganado, puedes ir a mirar y yo no te puedo decir nada de que vayas a mirar, pero con perros a coger no. No, porque él no va a coger lo de él, va a molestar lo de otros. Hay gente que va y marca lo que no es de él (...). La gente no puede salir al campo a coger una cabra con un perro sin permiso mío, pues yo tengo que tenerlo controlado. Tú me dices ahora: 'Mira Juan, yo voy a ir a coger una cabra a tal sitio.' Si yo desconfío de él, que no es seguro, digo: 'Mira ¿vas a cogerla con perro?' 'Sí, a la vuelta pasa por donde estoy yo, yo estoy en tal sitio y pasa por aquí.' Y decirle a la gente que es lo que tienen que hacer todos.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) si van a coger algún animal tienen que pedirme permiso, lo que no puede ser es que cada uno vaya a las montañas a coger una res aunque sea de él, pero no porque después lo ven corriendo detrás de un animal, pues no se sabe si era de las de él o era del otro compañero. Entonces se pide permiso, normalmente no se hace, pero pide permiso y vamos dos o tres, cogemos el animal y se lo lleva, pero uno solo o dos sin permiso no deberían porqué ir.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Uno solo no puede ir a estar revolviendo la costa sin permiso del comisionado. El comisionado, porque sea comisionado, yo no puedo ir por ahí para allá con el perro a marcar, a ver lo que me da la gana con el perro a la costa, de ir a dar una vuelta por toda la orilla sí, pero sólo el perro aquí en casa y yo porque sea el comisionado no puedo hacerlo y ni usted, ni el otro, ni el otro. Si el día que se vaya a dar vuelta a la costa, por ejemplo, si no se pueden coger los baifos que están guaniles o las cabras no se pueden coger, entonces nos juntamos dos o tres, vamos y las cogemos, pero sabemos, tiene que saberlo el comisionado y dos o tres ganaderos más, no ir yo sólo por la cuenta mía o si yo quiero ir a dar una vuelta. 'Fulano mañana voy a ir a dar una vuelta.' Y si fulano quiere ir, no, yo mando: 'No, ciclano va contigo también.' Y cuando vengan pasan por aquí para saber lo que llevan y lo que traen. Esas son las funciones del comisionado.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Pues llevar el control de la costa porque esto, antes, a la costa no se podía ir como van hoy, que por eso son los follones en la costa (...) Y si usted iba a la costa callado la boca y el comisionado se enteraba, le llamaba la atención: 'Usted no puede venir a la costa, si usted quiere ir a la costa usted tiene que venir a contar conmigo, mire yo tal día voy a la costa, y si falta una cabra mañana la paga usted, que tal día estuvo usted en la costa.' Así que

ese respeto había también. Usted en la costa no, si quería rozar una carga de leña, como antes se usaba eso, llevaban a los camellos para traer una carga de leña porque se hacía la comida con la leña lo mismo: 'Mira, voy me hace falta una carga de leña, voy a traer.' '¿Qué día vas?' 'Tal día.' Pues ya el comisionado, tal día va fulano por una carga de leña, entró a la costa, pues tal día entró otro, fulano de tal a la costa, que me avisó que iba a la costa a darles una vuelta a las cabras, a verlas, la que tenía un baifo, la que tenía dos, la que tenía cuatro, a darle una vuelta y van pero con el permiso del comisionado y así nunca faltaban los animales que faltan hoy.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Cualquier infracción que se ocasione en la costa debe de ser puesta en conocimiento por parte del comisionado al ayuntamiento. La desobediencia continuada de algún ganadero puede ser sancionada por parte del comisionado al ponerlo en conocimiento de las autoridades.

«(...) tengo la credencial en esas condiciones, que todo el movimiento que vea el comisionado en la costa, tanto de aquí como por allí el otro comisionado, que sea perjudicando el Mancomún de Antigua, la obligación del comisionado sobre la marcha es, inmediatamente, ir a dar cuenta al ayuntamiento. (...) lo que hacemos mal hoy, si hay que llamarnos la atención de buena manera pues, no lo hacemos mañana. Ahora, si pegas a hacer una cosa mal, que está mal hecha, que no debes hacerlo entre los compañeros y se le llama la atención de buena manera y usted vuelve a insistir, te lo hice hoy, te lo hago mañana, te lo hago pasado y te lo hago cada vez que me da la gana '¡Oiga! Pues vamos a dar cuenta al ayuntamiento, para que el ayuntamiento te ponga freno.' Que diga: 'No, no, no, no, si usted está aquí tiene que hacer esto o fuera.' Y son boberías, son cosas que eso tiene arreglo entre

el comisionado y los compañeros. Pero no he tenido problemas así, ¡sí señor!» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) si hay que ponerle una sanción a una persona se le pone también, si no cumple con las... porque hay una reglas, dentro de eso hay unas reglas también. (...) que no cojan los animales de otro y que hay que respetar al comisionado y a los ganaderos y a los animales. Al ganadero que no se porte bien se le puede botar a la calle también, se le puede multar, eso son las reglas que tenemos nosotros por las leyes nuestras.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) y ya arresté a uno una vez y lo tuve tres meses sin entrar al corral. Sí, me insultó. Yo llamé, di cuenta de él, vine di cuenta de él y dije: 'Durante tres meses no lo quiero...' Estuvo cinco pero durante tres meses no lo dejé arrimarse.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

7. Las marcas

Los ganaderos de Fuerteventura tradicionalmente han utilizado un sistema de marca para diferenciar la propiedad del ganado.

«(...) la marca del ganado, mire... esos baifitos míos, esos mismos baifitos que están ahí mismo, los negros esos que están ahí, esos negros chicos están guaniles (...), son míos porque son hijos de la cabra esa, de la parda rubia que está ahí, pero hasta que no los marque no son míos. (...) Ahora, cuando yo les eche la marca esta, cuando yo les echo la marca esta sí son míos, agusá por delante, garabato por detrás y armena en la otra. Y después este señor, cada ganadero, cada ganadero tiene una marca o dos.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

Este sistema utilizado para identificar la propiedad del ganado ha pasado de generación en generación desde tiempos inmemoriales.

«Eso de la marca es una tradición que nació pero no se sabe, ni él mismo lo sabe, él sabe que los abuelos, los bisabuelos y de ahí se viene heredando y se viene sacando marcas nuevas, de la misma marca tuya que de los abuelos y bisabuelos va sacando pero no se sabe la aquello, cómo se heredó la marca. Es que no se sabe cómo toda cosa, no se sabe y de algo nació, ¿no? Porque el nacer de la marca, de dónde viene la marca, ¿quién lo sabe? La gente que

ha muerto de cientos de años y nosotros mismos sabemos que las heredamos de ellos.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) eso no se sabe ni de dónde viene.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

La marca que posee cada ganadero es única para toda la isla, posibilitando así que un mismo ganadero pueda realizar suelta de ganado en diferentes zonas de la isla sin riesgo de confusión en la identificación del propietario.

«(...) yo tengo ganado en toda la isla y con la marca mía no coincide ninguna. Alguno dice: 'No, no, cada parroquia tiene sus marcas.' No señor, no, eso es un cuento, la marca es la misma para toda la isla. Además en toda la isla y yo creo que en Canarias, porque nosotros tenemos una marca que vino de unas cabras que compró mi padre que en paz descansa en Las Palmas y vino la marca para aquí y la estamos echando y aquí no existe la marca esa sino la que nosotros trajimos de allá, yo creo que es en toda Canarias (...) las parroquias no tienen marcas, la marca es la misma para toda la isla.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

7.1. Documentación y registro

Los ganaderos disponen de un documento que les acredita como propietarios de una marca. En cada ayuntamiento se encuentra un libro de registro de marcas donde los ganaderos se inscriben como propietario con su marca documentada. Antiguamente, la marca se registraba en el cuerpo de bienes junto con la propiedad de los terrenos pero ya hoy no es necesario ser

propietario de terreno alguno para poder registrar la marca en el ayuntamiento.

«(...) la ley que tenemos en nuestro municipio, es que tenemos un libro de marcas, marcas de registro, es decir, si usted tiene una marca y es propietario de ella, de ir a asentarla en el registro del ayuntamiento.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) eso están registradas en el ayuntamiento nuestro, nosotros tenemos que ir allí a registrarlas, le damos de alta allí y entonces ya sabemos a qué persona pertenece cada marca, si tiene dos, si tiene una, si tiene tres y eso es lo que hay, no hay más que eso.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Eso está en el ayuntamiento, ¿no? Yo las mías las tengo documentadas, las tengo documentadas con documentos, cada marca tiene su documento. (...) cada cabra sí se sabe de quién es, nosotros sabemos las cabras de quien son, si son de una o son de otra, pero a lo mejor vienen de Jandía, hay cabras de Jandía aquí y yo sé que son de Jandía, y de aquí hay en Jandía y saben los de Jandía que son de aquí. Las cabras sabemos las que son todas las que están marcadas, los ganaderos.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) cada ganadero tenía su marca y se marcaba con la marca del ganadero que estaba fichada en Pájara en el registro del ayuntamiento (...). El ayuntamiento de Pájara tenía en el libro los ganaderos, cada ganadero tenía su marca. Sí, y tenía el documento también de registro. (...) el registro de marcas ha existido de toda la vida, bueno después de que yo me acuerde, sí, siempre» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

7.2. Golpes

El sistema de marcas consiste en realizar unos cortes con navaja en las orejas del animal, estos cortes son conocidos como 'golpes'. Lo que se conoce como la marca 'legal' o 'limpia' consiste en tres 'golpes', dos en una oreja y uno en la otra oreja.

«Tres golpes nada más, la marca limpia lleva tres golpes, desde que pasa de tres golpes ya no es limpia, porque mata una o mata a otra, ya desde que es más de tres golpes no es marca limpia.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Tres golpes de marca, dos en uno... bueno se puede echar, la verdadera es dos y uno, que hay gente que le echa tres en la misma oreja pero tres en la misma oreja no... la verdadera son dos en una oreja y una en la otra (...).» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

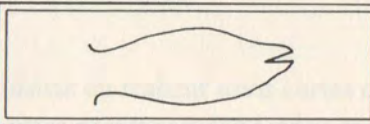
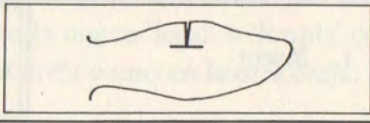
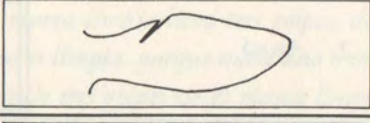
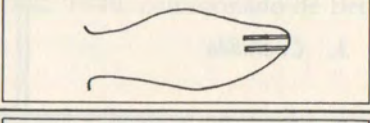
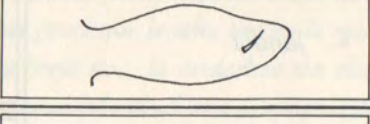
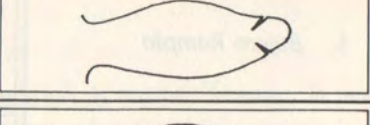
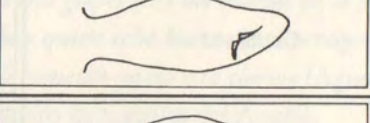
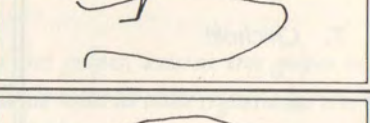
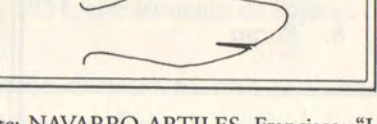
«Las marcas pues cada uno tenía su marca. Yo tengo, la marca son, la marca principal son tres golpes (...) las marcas ya le digo que son tres golpes, ahora hay quien eche hasta cinco pero ya no es la marca natural, ya el documento ya no está claro.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«Tres golpes, la marca son tres golpes, existen tres golpes registrados desde siempre, eso fue de toda la vida registrarlas con tres golpes.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

Los 'golpes' pueden ser de diversas formas recibiendo cada uno de ellos un nombre diferente. Existen en total dieciocho tipos de 'golpes' y la diferente combinación de ellos da lugar a una multitud de posibles marcas.



1. Bujero	
2. Agusá	
3. Cuchilláa	
4. Jandía	
5. Bujero Rompío	
6. Garabato	
7. Chichofo	
8. Bocao	
9. Espuntá	

10. Jorqueta	
11. Puerta	
12. Tajo	
13. Jarpa	
14. Jiga	
15. Hoja de Higuera	
16. Mamella	
17. Postigo	
18. Teberite	

Ilustraciones de marcas de ganado. Fuente: NAVARRO ARTILES, Francisco: "Las marcas de ganado en Fuerteventura", en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, tomo II, Cabildo de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1989.

«(...) todas las marcas son dieciocho golpes de marca nada más, de esos se componen todas las marcas y hay miles de marcas.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«La punta de la oreja, de lado, la despuntá y la agusá son medias parecidas pero no son iguales, la despuntá es la puntada quitada, está es media, la agusá (...) Sí, la agusá es así, después el garabato, un corte en el tronco de la oreja y después la armena, y la armena tiene que salir con tres puntas, si tiene dos sería una jorqueta.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) esto se llama un teberite, sí, mire que no es igual que ésta. Éste también es un corte en la oreja pero este es un teberite y esto es una jandía, la jandía va a media oreja y el teberite va en la orilla. Esto es un bujero, los hay ansina y los hay ansina, los hay redondos, hay marcas que queda el bujero redondo y otros rotos para la punta y otros ansina rotos para atrás y mire esto es parecido también pero esto no, esto es una puerta, es una cortada ansina y luego al centro se rompe para un lado.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

7.3. Herencia, compra o cesión

La propiedad de la marca puede cambiar de propietario a través de la compra, cesión o herencia de la marca.

«(...) las marcas se compran, las marcas se compran y se heredan, se heredan de padres a hijos.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) se compran o te las dan, si tú tienes amistad y te las dan mejor y si no las compras.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) hay señores que tienen marca, no tienen hijos, tienen sobrinos o tienen hijos pero no tienen ganado, no son gente de ganado, ¿para qué quiero yo la marca si no tengo animales? Ahora sí, cualquiera que se entere. ¡Coño! Pues mire fulano de tal o un tío mío o un vecino que tiene una marca, que esa marca se va a perder porque esa marca no la están echando de hace mucho años. Y se la vende a lo mejor por cualquier cosa.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Hay quien tenga una marca, hay quien tenga tres, hay quien tenga cuatro, hay quien tenga doce porque hay quien tenga muchas marcas, gente que se va de aquí se las vende o se la da a usted, el otro que se va a tal sitio. ¡Ah! Pues déjame la marca. Te la deja, vendida o dada como sea y así hay quien tenga ¡bueh!» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Es usual que la marca se mantenga en la familia y vaya pasando de generación en generación por herencia. Antiguamente, el hijo o hija menor de la familia era quien heredaba la marca 'limpia'. El resto de herederos pueden utilizar la marca familiar pero tienen que hacerle una seña, que es lo que se conoce como 'diferencia', para de esta manera poder distinguir claramente quien es el propietario del ganado.

«Yo partí el ganado con mis hermanos. Yo era el más chico y el ganado de mi padre lo administraba yo (...) y cuando mi padre murió partí todo con mis hermanos, fuimos a la gambuesa donde tal. 'Tú le echas esta diferencia, tú la otra y tú la otra.' Cada uno, yo repartí las cabras entre todos. La marca limpia se la queda la

más chica, la más chica, que era una hermana mía, y ella dice: 'Pues tu sigue.' Porque las cabras de ella también se las administraba yo (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) a suponer, el padre que tenía dos o tres hijos o que tenía uno nada más, la marca legalmente, los tres golpes legales van al más chico y después los otros la pueden echar también, pero ya con golpes diferentes, con un chichofe, es una diferencia, un chichofe es nada más que encima de la oreja o encima de la nariz, cambiarle nada más el sistema ese.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«El más chico de la casa [risas], el más chico de la casa, también es gracioso eso y está bien, ese respeto que había, la marca le pertenece al más chico, en la mía, en la de mi gente la marca y la respetamos (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«La que tengo y la que uso, y además ahora tengo la de mi suegro (...). Y tengo la de mi padre, que también tengo la marca limpia pero yo la más que estoy usando... al chiquillo mío le di la del abuelo, del abuelo por la madre, y la chica le di por el padre.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

7.4. Diferencias

Las 'diferencias' se pueden realizar o bien añadiendo una seña a la marca 'limpia', que pueden realizarse de varias maneras y en diferentes zonas del animal, recibiendo diferente nombre cada una de estas señas.

«La diferencia es de padres a hijos o hermanos, para saber las que son de uno o las que son de otro. Uno le echa aquí en las narices, otro le echa en la oreja, otro le echa en la otra oreja, muchos le abren aquí la nariz para arriba y eso son las diferencias, para saber quién es de uno y quién es de otro.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Porque ahora mismo yo echo la marca esta que yo estoy echando, que yo tengo y tengo un hermano que también es ganadero y está echando, no tiene marca para echarlas: '¡Coño! Echa la marca esa mía, que yo tengo los documentos, echa la marca ahí.' '¡Coño! Y hermano, después, tú ves después una baifa marcada, una cabra marcada con una marca de esas pues ni sabes si es mía, si es tuya.' 'No, la vamos a marcar con la marca esa mía con los tres golpes igual, lo mismo, pero a la tuya le echamos a lo mejor una narizada.' Una narizada le llaman a cortarle aquí esto de la nariz, meterle la navaja, una narizada o una diferencia en las narices o un chichofe en una oreja que también lo hay o un chichofe sobre la oreja, es para señalar exactamente. (...) eso es nada más que para distinguirlas, sí señor, eso es así.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«La marca de mi padre son tres golpes, pero ahora la echaba mi hermano, la echaba mi hermana, la echaba el otro hermano, la echaba tal, ya está repartida en cinco. Vamos al caso, bueno echan los tres golpes y cada uno echa una diferencia, uno echa un chichofito encima de una oreja, otro la echa en las narices, otro la echa... Son diferencias, ya eso es la misma marca pero con diferencias de fulano o mengano, pero la marca es la marca de los padres de uno por ejemplo. Pero la marca limpia, limpia son tres golpes (...) bueno alguno le echa hasta una cosa debajo de la paletilla...» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) diferencias hay muchas, diferencias hay la nariz rota, encima de la nariz, una barbada, encima de las orejas, diferencias hay muchas. Si encima de la nariz es el chichofe, no, la narizada es la nariz rota aquí, el de encima de la oreja es chichofe. Sí, diferencias hay muchas (...).» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

Otra forma para 'diferenciar' es invirtiendo alguno de los 'golpes' de la marca. Aunque la utilización de este procedimiento para identificar el ganado es más delicado, ya que podría correrse el riesgo de usar la misma marca que otro ganadero.

«Si uno está echando una cuchillada por delante o un bocao por delante, el otro se la echa por detrás en la misma oreja pero contrario. Entonces ya le pertenece al otro, entre hermanos y... para eso es lo que existen las... eso se heredan, las marcas se heredan como otra cosa cualquiera.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Aquí hacemos la misma marca con la diferencia, con la otra diferencia pero al revés, la marca, a lo mejor, es la misma, pero en vez de ser por delante es por detrás (...) La misma marca con el golpe al revés a los hijos a suponer o los hermanos o eso.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) tú tienes que jugar con la marca principal, tú echas tres golpes y tú tienes que jugar dentro de esa marca sin matar otra porque (...) aparece una cabra con los mismos golpes y también puedo estar echando cuatro golpes, la marca puede que sean tres pero yo puedo tener una marca heredada y tú le vas a echar un golpe como la marca que yo tengo heredada. Por eso es importante saber los golpes que va a echar.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) con la misma marca del padre, con distinto golpe, marcaban en casi todos los sitios, pero no se la podían matar ningún otro porque no podías echar la marca de otro ganadero. Tenías que echar marcas que no te las mataran, ni tú mataras otra marca de otra gente.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

7.5. Pérdida

Con el paso del tiempo y el paulatino abandono de la ganadería de costa, muchas marcas tradicionales han caído en desuso, perdiéndose sobre todo aquellas que no se encontraban registradas.

«(...) otras se han desaparecido porque no se sabe ni como son la marca esa, porque muchos años que no se están echando, pues eso se olvida. El que conocía como era la marca pues se han ido muriendo y la verdad y se pierde porque... se ha perdido muchas marcas. Hay muchos que me preguntan: '¡Chacho! ¿Tú te acuerdas Nicolás...? Aquí que has estado alrededor de animales, ¿tú te acuerdas de cómo era la marca de fulano de tal? ¡Coño! ¡Claro! Que era un familiar mío, que era un tío mío, que era un tío mío o un abuelo ¿tú te acuerdas de cómo era la marca?' '¡Chacho! que no me acuerdo, sinceramente que no me acuerdo.'» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) casi no hay muchas ya, que ya no tienen herederos. Ahí, en la Vega de Río Palma yo no sé lo que hay de marcas, que ya no... Herederos sí tienen pero unos están para Las Palmas otros están para Tenerife y eso ya no... Se pierden porque al no usarlas.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Toda esa gente vieja que se murió, todas tenían montón de marcas porque todo el mundo vivía de eso. Hoy no, porque hoy nadie tiene, porque eso se ha perdido todo. Claro que se pierden porque nadie... esta gente nueva nadie quiere saber nada de eso.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

7.6. Nuevas marcas

En la actualidad se está produciendo el registro de nuevas marcas creadas para la dedicación a esta actividad por parte de personas que no disponen de ninguna. Para la creación de una nueva marca hay que asegurarse de que no coincida con alguna, ya existente, para evitar así posibles confusiones a la hora de identificar el ganado.

«(...) puedes inventarlas pero si después coincide con la mía, si la mía yo la tengo documentada y la tuya no la tienes, que el problema es ese, porque las marcas están documentadas. (...) Ya hoy sí se inventan porque la mayoría de la marcas no se usan ya.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) como marca tú te la puedes inventar, vas al ayuntamiento y si no hay ninguna registrada, pues tú la puedes registrar, tres golpes de marca. (...) se suele preguntar entre los ayuntamientos para que no haiga a lo mejor en el municipio de Pájara, no tenga las mismas marcas que el municipio de Tuineje. Se debería pero la mitad de las veces no se hace. Se debería porque después si una cabra tuya la cogen en Pájara o la coge un coche en Pájara, después no sabemos si es el de Pájara, si el que tenía en Pájara tiene tu marca sino pues se deberían de que no estén las marcas cruzadas entre un ayuntamiento y el otro.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) yo le he inventado marcas a la gente, le invento marcas. Le inventé una marca a un chaval que lleva aquí muchos años, a un moro que tiene cabras aquí de muchos años y dice: 'Juan, tú porque no me das la marca tuya y...' Vale, digo: 'Yo echo postigo y dos cuchilladas.' Digo: 'Pues echa dos postigos y dos bocaos.' ¿Entiendes? El postigo es el mío pero los bocaos no, entonces con esa marca ni en el municipio ni en el registro hay, entonces yo te la puedo dar y entonces vas y te la registras, así.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara)

8. Socialización

La actividad ganadera de la cabra de costa se ha desarrollado tradicionalmente en la unidad doméstica, esto ha conllevando que la iniciación de los miembros en la labores relacionadas con esta actividad se produzca desde una edad muy temprana.

«Pues, empecé con la ganadería casi todavía no tenía conocimiento, que poquito tengo hoy también [risas], pero en ese tiempo por la edad tenía menos. Era pequeño, pues tenía siete, ocho años, ya me tenía mi padre corriendo detrás de cabras.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) el oficio mío ha sido siempre este, siempre. (...) desde chico he estado yo con las cabras siempre (...). Sí, mi padre sí, se murió de ochenta y un años y salía de aquí a Aguas Verdes, a la de Vicente mismo, caminando por ahí para allá hasta allá (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Yo nací revuelto con las cabras y revuelto con las cabras me moriré porque todavía tengo cabras (...) era lo que había antes. Antes, aquí, no había sino ganado, cabras y ovejas claro y la gente del campo toda, de la labranza, y sembrábamos y de lo que recogíamos si habían años malos que no se recogía nada pero había otros buenos que recogíamos y el ganado, de carne, leche y queso y con eso batallábamos nosotros aquí (...).» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

Al tratarse, en la mayoría de las ocasiones, de una actividad económica de autoconsumo, obligaba a la implicación de todos los miembros de la unidad familiar.

«De toda la vida mía, ya se lo he dicho, que yo desde chico poco fui a la escuela porque no, porque tenía uno que ayudarle a los padres para tener para comer. En casa de mi padre siempre hubieron cabras y en la costa. Mi padre recogía las cabras en la costa en los tiempos en que había hierba, dejaba los baifos en la costa, los marcaba y los dejaba allí, y se trataba las cabras y las ordeñábamos. Nosotros mismos las cuidábamos y así mi madre el quesito, para tener queso, para darle de comer a los hijos y para... y si sobraba lo vendía, lo vendía.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

La actividad de la cabra de costa se ha mantenido viva debido a que esta se ha reproducido de generación en generación por las familias que tradicionalmente la han desarrollado.

«Bueno, yo normalmente, de toda la vida y yo nací, desde que nacimos nosotros estábamos con cabras mis padres, mis abuelos y mis tíos ¿no? Y yo, esto... es una tradición que ellos han tenido de toda la vida y yo la seguí. (...) Yo el ganado no lo he dejado nunca y siempre he tenido cabras. Mis abuelos, mis bisabuelos, todos, todos los que yo conocí antes de morir, los que hubieron muerto es que de ahí toda la vida han vivido de esto, toda la vida.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) sigue pasando, sigue pasando, sigue pasando porque yo he conocido aquí señores, que hace muchos años, que murieron, que tenían ganado de costa y ahora mismo están los hijos que tienen ganado de costa, herencia de los padres, de herencia de los padres. No están activos como estamos aquí nosotros pero tienen ganado

aquí, vienen aquí a echarles de comer y ya.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«En la ganadería la empecé desde que tenía razón, razón no porque no la he tenido nunca, pero desde que me acuerdo. (...) mis padres, mis abuelos, todos nos hemos dedicado a la ganadería.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«¿Qué pasa? Que yo ahora mismo, vuelvo y repito, con la edad que tengo hoy, que le tengo gran cariño a esto y sigo con la tradición esta, pero ahora tengo un hijo que tiene veinte y pico años, treinta años, si él quiere le voy a meter el vicio este de tener unos animales, de tener unas cabritas, de tener dos o tres cabritas. A lo mejor él no tiene ninguna, a lo mejor ahora mismo del ganado que yo tengo le doy un par de ellas y a lo mejor él se pone viejo o trata de retirarse y le sale algún hijo que quiere y esa ha sido siempre la historia que ha seguido siempre con esto del ganado de costa. Si no, no existía, si no, no existía el ganado de costa.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

La continuidad en el tiempo de esta actividad, que ha sido de vital relevancia para la reproducción social de la población mayorera, depende, indudablemente, de la socialización en torno a ella de los miembros más jóvenes de la comunidad. Ésta se desarrolla fundamentalmente a través de los varones, ya sea el padre, el tío, el abuelo o algún otro miembro de la comunidad, como ellos mismos afirman. Los conocimientos y saberes necesarios para la realización de esta actividad han sido transmitidos de forma oral y su interiorización y perfeccionamiento se logra a través de la práctica diaria sobre el terreno. Hay que destacar, en este sentido, el papel fundamental que jugaban los pastores de más edad y que se reflejaba en el respeto a la sabiduría que ence-

rraban sus conocimientos y sus enseñanzas sobre el territorio, el ganado, etc.

«Yo conocí a un señor, que ya murió, que se llamaba Lázaro Gerardo Rodríguez, que era muy buen compañero. Es un hombre que murió, el pobre, ya de viejo, y aquí arriba había otro que se llamaba José Méndez Martín que también murió hace dos años por ahí, que también era muy buen compañero y para la costa era lo mejorcito. Y todo lo que yo aprendí lo aprendí por ellos porque yo siempre estaba con ellos, desde chiquitillo estaba con ellos, iba a las apañadas con ellos, mi padre, que en paz descanse, me mandaba con ellos, yo siempre estaba con ellos. (...) Y ellos me decían: 'Mira, ten cuidado por allí, es por donde se baja, ten cuidado por allí.' Y eso vale mucho. Yo me acuerdo, de que por eso le tengo yo tanto aprecio a los viejitos (...) me decían: '¡Coño! Pues mira, haz esto o haz lo otro que esto más vale que lo hagas ansina que no que lo hagas de la otra manera'. Y cuando entré en el comisionado aquí el señor Méndez, que en paz descanse, estuvo no sé las veces que estuvo yendo a mi casa. 'Mira Vicente ten cuidado con esto, ten cuidado con lo otro, haz esto ansina hazlo de la otra manera, mira no te pongas con este porque mira eso no puede ser ansina hazlo ansina', me estuvo diciendo.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Los viejitos antes sabían mucho, yo aprendí mucho, a mí siempre me ha gustado estar con la gente mayor ¿no? Yo cuando niño iba a las apañadas... iba siempre los viejitos me llevaban, los más viejos me decían no, le decían a mi padre: 'Deja al niño conmigo.' Me enseñaron, me enseñaron como unos perros, el viejillo me decía: 'Para arriba, para abajo, para acá, para allá.' Y seguí y ahí fue, no hace falta que me dijeran nada, es muy importante eso estar preparado para lo que sea, hablamos de cabras,

hablamos...» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

A pesar de los trabajos y sacrificios que supone esta actividad y de que su subsistencia económica hoy en día ya no dependa de la cabra de costa, gran parte de los entrevistados muestran una profunda pasión por ella y luchan por conservar esta tradición.

«(...) toda la vida sí he estado alrededor de animalitos, ese es el fervor tan grande que yo le tengo y el cariño que le tengo a la cabra, es por eso, porque casi, no sé, recién nacido mi madre me daría leche de la cabra, porque bastante que me gusta, sí señor. Y de ahí para acá hasta la fecha siempre ha estado alrededor de animalitos, siempre, siempre, siempre.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) allí en frente había un grupo, una escuela antes, (...) había una muchacha ahí que era maestra, se llamaba María Jesús, y nosotros vivíamos de la presa de Las Peñitas para abajo, unas casas viejas que habían que están todas... hay cuatro por... seis por aquí, seis por allí y están todas en el suelo. Y ella se llevaba muy bien con mi madre, que en paz descanse, y le decía, mi madre se llamaba Carmen, decía: 'Carmita, manda a Vicente a la escuela.' Y yo desde que la veía venir me marchaba, con el ganado para allá me voy, y un día me cogió allí y me dijo: 'Pues tú vienes a la escuela.' Digo: 'No, no, usted señorita usted no me da palos a mí.' Y no fue posible de amañarme de venir a la escuela. (...) yo me marchaba para arriba con las cabras, yo no hacía caso de escuela ni de nada. Yo salía de las casas aquellas al mediodía para arriba con el ganado y me iba para La Vega, la parte de allí que ahora vine de allí y me juntaba con un muchacho que se llama Francisco Rodríguez Betancor, pues yo me quedaba en la

casa, por la noche me quedaba en la casa y por la mañana salía por allí con el ganado. Venía para abajo, las ordeñaba y tiraba para arriba otra vez, más nada que echado por ahí arriba porque no hacía otra cosa, y si no me quedaba allí arriba, comía para allí donde me parecía y me quedaba con las cabras otra vez, me echaba para allí.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) y eso es, es una cosa, yo no sé... es una tradición y una cosa muy tradicional de toda la vida, yo creo que eso... perder eso sería no sé... yo no me gustaría perderlo, yo trabajo con ellas, hablo con la gente y estoy, los que me preguntan y digo que eso es una tradición que eso no se debería de perder nunca, nunca.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

9. Las apañadas

La apañada es la principal manifestación de trabajo colectivo de los ganaderos de la cabra de costa. La apañada es el proceso por el cual los ganaderos juntan las cabras de una determinada zona de la costa, con el objetivo de poder controlar a quien pertenecía cada ganado —a través del marcado de las crías—, el ordeño de las cabras —para evitar posibles lesiones— y la recogida de algunos animales para la posterior obtención de los recursos que les podía aportar (carne, leche y sus derivados).

«Las apañadas se hacen porque el ganado que está en las costas no es de uno sólo, son de varios, y si las dejamos sin marcar ninguna, después a los dos o tres años, qué follón tenemos ¿de quién son las tuyas y cuáles son las mías? Entonces ansina marcándolas, las apañadas para marcarlas para cada uno saber las que... por las marcas sabemos las que son de uno y las que son de otro. Y para ordeñarlas, las que están cargadas de leche se las ordeña porque los baifos no les cogen las tetas o unas por un lado otras por otro.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Para controlar al ganado, para marcar todo, cada uno lo que es de cada uno, para marcar los guaniles (...) y para llevarse la gente que quiera llevarse cabras, los machos también la gente se los quiere llevar y todo eso.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Juntarnos en un sitio y juntar las cabras y llevarlas a la gambuesa y marcar y controlar cada uno lo de él, porque eso si no llevas un control pues no, si no controlas... Para controlar el ganado, para llevar siempre un controlaje y marcar a las crías para que se sepa el ganado, para que todos los ganaderos sepan cualas es de él y la que no es de él (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«La apañada es empezar a tocar para abajo, aquí arriba, se empieza por aquí. En la zona esta nuestra empezamos aquí arriba, aquí tenemos varias gambuestas, a llevarlas, a meterlas en la gambuesa. (...) Se marca o se cogen animales si quieres vender algo o recogerlas para la casa, así muchas cosas se hacen, como tenderetes. Se ordeñan las que están cargadas de leche y hacer unos asaderos para comer. También es buena carne, como esta no hay carne ninguna.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

La cantidad de gente necesaria para la realización de una apañada varía en función del territorio que se pretende abarcar y las dificultades que pueda presentar el terreno.

«(...) para una apañada hace falta, si vamos a apañar todo como es debido, treinta o cuarenta hombres porque la apañada es bonita pero también es trabajosa.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Para hacer una apañada, entre más gente hay mejor, porque a lo mejor si vamos al corral y aparecen allí diez o doce no la hacemos, porque no hay gente para poder hacer la apañada, porque se necesitan por lo menos, una cifra con la que se pueda salir a lo mejor de veinte apañadores, porque con cinco o seis no podemos ir a apañar. Porque no entramos ninguna al corral porque se

nos van, porque corren mucho [risas].» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Para apañar esto hace falta unas cuarenta personas para allá, sí, para apañar bien, para apañar bien. Ahora si no las hay, pues se apaña lo que se pueda, no se va a matar uno, pero para apañar más o menos bien aquí esta zona hace falta por lo menos cuarenta porque si no, no...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Bueno, la gente del campo, la gente del campo sí diamos todos a apañar. En el tiempo mío principalmente sí me acuerdo que diamos todos, bueno si no todos si por lo menos de cada casa, de cada medianero uno sí, a menos que fuera una persona mayor que no pudiera.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

El proceso por el cual se realizan las apañadas apenas ha variado a lo largo del tiempo aunque en los últimos años sí se aprecian algunas variaciones en sus objetivos, como que se ha detectado la pérdida de la recogida del ganado para su ordeño, algo que hemos apuntado con anterioridad.

«Las apañadas antes igual que las de hoy, la apañadas antes igual que las de hoy. Se apañaba, se cogía una zona suponiendo este domingo, cuando eso no era así, después si hacíamos las apañadas para recoger el ganado y eso, para recoger el ganado que estaba para ahijar, que estaban de leche para ordeñar, estaban preñadas para traerlas para arriba otra vez y tal, si se apañaba también pero no sé si cada quince días, si cada ocho días, ahí no te digo bien, no te digo bien si... pero más o menos igual que hoy, igual que ahora, igual que ahora que apañan a lo mejor todos los sábados o a lo mejor alguna vez no apañan están cada quince

días o están un mes sin apañar.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

En épocas pasadas, la dependencia económica de la labranza y la ganadería requería que los pastores permanecieran gran parte del tiempo en el campo, lo que conllevó a un mayor control del ganado que poseían, mientras que en la actualidad la falta de presencia constante ha llevado a un mayor descontrol de las reses.

«(...) eso era controlado, ya hoy no se controla tanto porque ya hoy hay mucho ganado que no, que la gente como terminaba de decir antes ya somos más viejos, a lo mejor se nos... vamos a apañar pero se nos... si hay doscientas cabezas a lo mejor no entran sino cincuenta porque las otras se nos van y así van quedando animales sin marcar y después... pero antes sí, antes pues habíamos gente y estábamos en el campo, estábamos entrenados sobre de eso, antes la cabras corrían pero nosotros también corríamos.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) los que eran de la época mía sabíamos, conocíamos todo pero ahora mismo llegamos a veces y como no andamos, no conocemos y llegar y no sé cómo explicarte, hoy es un desastre, cuando hay gente que no conoce (...) tú llegas ahora mismo y no sabes cuál es la tuya, cual es la del otro y cuál es la del otro, se intenta cada uno hacer lo que quiere y claro no podemos decir esto es así o es así porque no lo tenemos claro porque si sé que esto es así lo digo, si yo sé que la que es morisca es de Pepito es de Pepito y la negra es de tal pero si no lo sé me tengo que callar, si no estoy al tanto y no conozco, pero yo antes sí que lo sabía, si yo decía esta es, estaba muy seguro de lo que decía pero hoy a veces... y claro.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

En ocasiones se realizan apañadas acotando un territorio de menor dimensión recibiendo el nombre de 'rodeos' o 'rodeítos'. En ocasiones los rodeos son utilizados con el fin de retirar un ganado que está afectando negativamente en una zona determinada.

«Un rodeo es coger un trozo nada más, un trozo pequeño pero no toda la costa sino un trozo donde están los huertos para que las cabras no se metan en los huertos, eso le llaman rodeo (...). Las apañadas es cuando se apaña todo, la apañadas el nombre lo dice, es apañar toda la zona que...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Cuando habíamos poca gente igual intentábamos de coger un poquito, no coger tanto terreno, a lo mejor había cinco o seis hombres. 'Pues vamos a ver si podemos coger las que están en El Cangrejito, no vamos a apañar el norte de Janey (...) 'Tú abaja por tal sitio y tu abaja por tal sitio.' Y cada uno sabía lo que tenía que hacer (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

9.1. Organización temporal y espacial

Antes, en la mayoría de las zonas de costa había establecido unos días fijos al mes para cada una de sus apañadas. De esta manera no era necesario el nombramiento de la apañada, ya que todos los ganaderos de la zona ya conocían el día y el lugar en el que se iba a celebrar.

«(...) se pegaba a apañar el día primero en la zona aquella de Monte Agudo, que todo está dentro del Mancomún de Antigua, en el municipio, el día dos en Pozo Negro, el día tres aquí en la

Cueva donde estamos y el día cuatro aquí en el Valle de Jacomar, todos los meses. Todos los meses de Dios, fijo, fijo, fijo (...) antiguamente era así, se apañaba desde el día primero hasta el día cuatro y que no le dijera uno: 'Que es que no, que es que el día primero...' Fuera un jueves o un viernes, no... si el día primero cuadraba que era un lunes, el lunes había que apañar, el martes después era en Pozo Negro, en la Cueva y en Jacomar, todo ahí no se saltaba un día ni nada, ni se estaba esperando que fuera un día de fiesta ni nada (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Aquí hay dos apañadas, la de Janey y la del barranco de La Peña. Antes, antiguamente se apañaba el día primero y el día dos, fuera sábado, fuera domingo, fuera como quiera que fuera, porque habíamos muchos, pero ya tenemos muy pocos (...).» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Antes apañábamos todos los meses, todos los meses en cada municipio (...) aquí mismo en Las Salinas apañábamos todos los segundos domingos, en Jarugo el tercero, ya todo el mundo sabía el día que apañábamos en cada sitio, apañábamos siempre (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) antes las apañadas siempre se hacía el día primero y el día dos cayera el día que cayera. (...) Antes, el día primero en Janey, el día dos en el barranco de La Peña, ahí no había otra cosa (...) Nosotros sabíamos ya que el día primero y el día dos se apañaba, ya estábamos preparados para ese día todos los ganaderos de ahí (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carniceiro de Betancuria).

El hecho de que hoy en día la mayor parte de los 'apañadores' no dependan directamente de los ingresos obtenidos a través de la cabra de costa conlleva a que tengan que compaginar esta actividad con otro trabajo. A causa de este factor y de que la cantidad de 'apañadores' es cada vez menor se ha tenido que flexibilizar el calendario de apañadas para facilitar una mayor asistencia y asegurar así su realización.

«(...) había más gente dedicada al ganado que también trabajaría, que la gente que estaba trabajando y hoy pues mira hoy voy a dejar el trabajo, voy a dejar de trabajar un día para ir a estar corriendo detrás de las cabras de la costa, cosa que tampoco es lógico porque no, porque a cualquier compañero le pasa aquí...» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) pero ya tenemos pocos y tenemos que buscar porque, este señor, que en paz descansa, mismo decía: 'No, es lo mismo un día que otro.' No, porque el que está trabajando no va a perder de trabajar para ir a una apañada porque vive de eso.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) pero el comisionado ahora dice pues apaño tal día, ahora no tienen días sino cuando acuerden si haya gente para apañar (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carniceiro de Betancuria).

9.2. Temporada

La temporada de apañada se iniciaba en los meses de invierno, normalmente realizando apañadas valle por valle y volviendo a comenzar por el principio cuando se terminaba la primera ronda de apañadas.

«(...) pegábamos de octubre, siempre dependiendo de los inviernos, siempre dependiendo de los inviernos, en octubre, en el mes de octubre con el mes de noviembre ya se pegaba a lo mejor a dar la primera apañada aquí en la costa (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Por barranco, como hay poca gente y la gente que está es mayor, cogemos valle por valle, a veces cogemos un poco más, ¿no? Pero entre más coges menos coges.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) septiembre se vuelve a empezar a apañar otra vez y a lo mejor le damos, si tenemos siete gambuesas u ocho o diez o las que haigan, empezamos por una y le damos un rodeo a todas, en todos los sitios apañamos una vez y volvemos a empezar por la primera que empezamos.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) en enero pegaban, desde el uno de enero y se pegaban todo el mes hasta que terminaban, se apañaba valle por valle y se contaban, se contaban... (...) bueno eso se pegaba el uno de enero y después se apañaba eso, a lo mejor se empezaba por el Jable, de Matas Blancas para acá, y después seguían Pecenescal o la Tierra Malas y Pecenescal, Los Canarios, Mal Nombre y algunas veces apañaban dos valles juntos, hacían apañadas más grandes, como hoy más o menos y eso es lo que teníamos antes aquí, no había otra cosa.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

Las apañadas pueden retrasarse si se observa abundancia de crías muy pequeñas a fin de no 'deshijar' el ganado.

«(...) hay que ver también cuando el ganado está dando crías no se pueden tampoco, no se puede apañar porque si están los baiños

chiquititos toca la cabra el baiño se queda atrás y los cuervos, que es el mal más grande que nosotros tenemos son los cuervos. (...) enero, febrero, eso no se apañaba y a lo mejor en marzo porque estaban los baiños chicos.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) si estaba el ganadito preñado, pues ya para el otro mes si se veía mucho ganado preñado que había ganado que estaba parido porque está uno aquí en la costa, las cabras como pasa ahora mismo, las cabras con las crías chicas esas, ese no lo puede meter usted en una apañada y si está este ya corre un poquito pero si son de dos o tres días de nacido pues mal camina, pues no puede usted realizar una apañada porque va a deshijar al ganado, porque usted empieza a berrear, las madres huyen y los baiños se quedan escondidos que después las madres no dan con ellos, pues la verdad (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) cuando los baiñillos eran muy pequeños a lo mejor las retrasábamos para no desahijarlas, pues si apañábamos y las veíamos paridas de chiquitos las íbamos dejando atrás, pero un baiño desde que tenga cuatro o cinco días ya no se queda, ya no se queda atrás.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

Con la llegada del periodo estival van cesando las apañadas para el descanso del ganado y de los 'apañadores' aunque en ocasiones se realizan apañadas en estos meses para recoger el ganado que esta 'flaco', para alimentarlo y darle de beber cada ganadero en su finca.

«(...) después en julio y en agosto ¿sabes más bien lo que hacemos en agosto? Apañar algunas pequeñas para recoger los animales

que están flaquillos ya, las recogemos y les echamos de comer y las encerramos, las encerramos después les echamos de comer a las crías pequeñas las cabras que están flacas y después las... desde que llueva a la montaña otra vez. (...) Ya en agosto la gente más bien se las está trayendo los animales flacos, hacemos apañadas cortas (...) ya de ahí para adelante, de agosto para adelante ya el ganado... no hay ganado pequeño que marcar, el ganado hay que dejarlo ya tranquilo, porque el que hay por ahí arriba están buenas y no vamos correrlas con perros y corriendo detrás de ellas para molestarlas, ya no tenemos que preocuparnos tanto porque ya lo tenemos más controlado y más visto, bueno pues ahora vamos a ir y a descansar nosotros también [risas].» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) en el verano, a lo mejor, no apañamos tanto porque los animales están flacos y entonces para no estar abandonando los animales mucho, pues dejamos correr esos meses y empezamos en el invierno otra vez.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

9.3. Zonas

En la actualidad las zonas donde se desempeñan apañadas pertenecen a los municipios de Antigua, Betancuria, Puerto del Rosario, Tuineje y Pájara.

El mancomún de Antigua está dividido en dos comisionados, como se comentó con anterioridad, que gestionan diferentes zonas de este. El mancomún de Antigua Sur comprende desde la zona del valle de Jacomar hasta la Solana de Gran Valle, mientras que el mancomún de Antigua Norte se extiende desde el valle de Pozo Negro hasta el barranco de La Torre.

«Normalmente en el valle de Pozo Negro, que es la parte de aquí arriba del Cabildo, del Morro Halcón a la playa de Pozo Negro, la Cueva de aquí, de la boca a Toneles, el malpey ese de ahí abajo y después el valle de Jacomar, el valle de Jacomar se cogía por el filo, allí donde luce la carretera, por ahí para abajo y al otro valle de allá del valle de Jacomar. Las tres apañadas estas, las tres que le estoy nombrando, le corresponden al comisionado del Mancomún de Antigua de la parte sur (...) de la carretera de Pozo Negro, de la carretera que baja a la playa de Pozo Negro a la Torre es de Tomás Acosta y de la carretera de Pozo Negro al barranco de Gran Valle a lo que pertenece, porque a nosotros nos pertenece Jacomar, pero tira una linde a abajo a la playa, porque casi siempre recogemos la solana de Gran Valle en la apañada, de las tuneras hasta el barranco de Jacomar, eso le pertenece al comisionado de la parte sur, que es lo que yo llevo.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) hay tres sitios. Apañamos para la Fuente de las Ovejas, para aquí para la solana esta, la Solana de Pozo Negro y para dentro en el Rincón de Monte Agudo, ese es el valle ese que empieza ahí y va a tener hasta la playa abajo, el valle este que está por detrás. (...) hay sitios muy cortos ahí mismo, Jarcones [Los Halcones] ahí se apañaba en pocas horas. El malpei ese que es la gambuesa, aquella que luce allá, aquello que luce allá por donde vienen los coches, aquello que esta por la parte de arriba de la carretera, aquello que luce allí, aquella es la gambuesa de Jarcones [Los Halcones] y del Malpei Grande (...) anteriormente se llevaba a Pozo Negro. Se empezaba allá arriba en La Caldera y las llevábamos allá abajo a Pozo Negro, pero después hay unas fincas ahí, esas mismas que tiene el Cabildo hoy. El ganado después al venir para arriba se nos metía en las fincas y entonces hizo la gambuesa aquella para que el ganado no fuera a las fincas, entonces las apañamos para allí y las de aquí las apañamos para

abajo, para la gambuesa que hay abajo en Pozo Negro.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

Las zonas de Betancuria en las que se realizan apañadas son el valle de Janey y el barranco de La Peña.

«(...) se apaña para allá, para el valle de Janey que le dicen, por acá de Aguas Verdes, y para aquí atrás por el barranco de La Peña.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

Las apañadas que se realizan en el mancomún del municipio de Puerto del Rosario, también conocido como Mancomún de Casillas, son en Jarugo y Las Salinas.

«Jarugo y Las Salinas, sí, es el municipio de Puerto.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

El municipio de Pájara posee un gran número zonas de apañadas que se sitúan tanto por el este como por el oeste de la península de Jandía.

«¿Zonas? Hay muchas, aquí hay montones, aquí mira, está el Jable, después pasando el Jable, en la orilla del Jable, (...) allí en Pecenescal, en Vachuelo, allí en Pecenescal hay otra se apaña para allí también, después barranco de los Canarios donde está la gasolinera también, después en Mal Nombre, que es el que sigue, donde está la machacadora, donde está eso del vertedero ahora, ese barranco otra, en Esquinzo otra, en otro barranco Esquinzo es grande ¿no?, después en Butihondo, donde está el campo de golf para acá, ésta de Butihondo y después Vinamar, que es ese del Stella Canarias y después aquí también se apaña El Ciervo, ese morro para allí para... y después Gran Valle, que es el que

sigue donde está el cementerio, el barranco ese, y después Jorós donde apañé el otro día, es donde están las casas, donde plantaban tomateros antes y después más abajo El Mosquito que es donde hicimos un corral grande arriba, El Mosquito y después está antes de llegar a la Punta de Jandía, que va para abajo para La Punta, que le llaman Agua Ovejas, que hay un corral allí, todo te digo y aparte eso es el sur y por el norte también tenemos un par de sitios. Y después Cofete, la misma apañada de Cofete la hacemos allí para el corral grande ese, para atrás, para el grande, donde hacemos la apañada de Cofete, el que está en la playa, en el islote abajo. Y después en las casas de Cofete hay otro corral que apañamos allí, de La Punta para allí, por el norte, por el norte.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En el municipio de Tuineje se celebran apañadas tanto en terreno comunal como en terrenos privados cedidos para esta actividad ganadera por los dueños.

«Bueno, a lo mejor la zona del Caracol en Tarajalejo tenemos un corral, una gambuesa y (...), apañamos ahí en Tesejerague también, la parte de Tesejerague en Los Rincones que es virando... en Cardón, apañamos aquí en Agando y apañamos en Giniginamar, en todos esos sitios hay gambuestas donde llevamos el ganado ahí, para contarlos o marcarlo y matar de vez en cuando alguna para comer un poco de carne y soltar. Apañadas aquí pues con los años buenos hacemos veinte apañadas a lo mejor al año, los años en que no llueve mucho a lo mejor nos quedamos en quince apañadas.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

Entre los comisionados de Pájara y Tuineje se ha llegado a un acuerdo para que los 'apañadores' de Tuineje se ocupen también de algunas zonas de apañadas del norte del municipio de Pájara, debido al territorio tan extenso que posee este municipio.

«(...) es muy grande desde Pájara, el municipio de Pájara todo me pertenece a mí, gracias a que hay allí en Fayagua, en Chilegua, que es el municipio de Pájara viniendo, hay unos chicos que apañan alguna vez, los domingos y están encargados... y ya les dije que fueran ellos allí ¿no? Les dije: 'Háganse cargo de...' Está un tal Martín Cano por allí, allí en Chilegua que les pertenece a Tuineje y ellos llevan ese tema porque si no, ellos apañan allí siempre los domingos (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) ahora estamos esperando, que eso es del municipio de Pájara, que nos dejen entrar en Sicacumbre, corresponde ya al municipio de Pájara para que... estamos esperando por la legión que nos dé permiso para entrar en Sicacumbre que es del municipio de Pájara, (...)» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

Según los testimonio orales de varios ganaderos, en la zona norte de Fuerteventura, correspondiente al municipio de La Oliva, también se acostumbraba a realizar apañadas antiguamente. Esta tradición se ha ido abandonando, en gran medida, a causa de que estas zonas estaban localizadas en terrenos privados y estos han sufrido un gran desarrollo urbanístico.

«(...) en el norte sí, en Guriamen por acá de Corralejo, todos aquellos malpeis, pero eso no es costa eso es de amos propios todo pasa igual que en Jandía (...) En el norte también, en el norte tenía yo también unas cuantas, en el norte había mucho ganado pero mucho, lo que ahora han hecho todos los apartamentos para acá, han hecho la carretera y han hecho todo, y eso lo han tenido todo que quitar porque antes no había nada ahí sino malpei. Antes había mucho ganado, mucho ganado ahí, ganado suelto. (...) el corral estaba al lado del mismo carretera (...), una carre-

tera para abajo, como para La Caldereta para abajo, y para mi gusto el corral lo quitaron, no sé, no sé porque ya no me acuerdo muy bien donde era pero ahí se apañaba todos los meses. Sí, sí, sí, sí, Paco Calero, Miguel Calero y esa gente, ese ganado era casi todo de ellos, tenían mucho ganado, mucho ganado, mucho. Antes se apañaba en todos sitios en todos, lo que pasa es que cada día se apaña menos.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

Si antes se daba el caso de que los ganaderos se limitaban al terreno de costa de su municipio, en la actualidad, la falta de gente necesaria para realizar una apañada ha propiciado una mayor movilidad de los ganaderos de unas zonas a otras, con la finalidad de que las apañadas se puedan llevar a cabo.

«Antes todos vivíamos de la ganadería pero ya no, ya hoy no es sino tres o cuatro y los tres o cuatro que habemos, tenemos que apañar toda la isla, tenemos que apañar aquí, tenemos que apañar la costa de Antigua, tenemos que apañar Jarugo, tenemos que ir a apañar a Jandía, porque si cada uno apañamos en un sitio no apañamos ninguno, porque no tenemos gente.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) pero ahora esto se ha ido abandonando, abandonando y entonces el comisionado dice: 'Vamos a apañar tal día' se junta gente para acá y gente para allá y se apaña (...) hoy prácticamente tenemos que ayudarnos unos a otros, porque en el mismo municipio nuestro no hay nadie de afuera, no se apaña, no las podemos entrar en el corral. Antes con diez hombres apañábamos, solo, pero era gente preparada y teníamos tal y el ganado también estaba educado a entrar en la gambuesa, pero hoy ya pueden ir sesenta, que entran las que quieren entrar.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

« (...) eso era todo igual, yo nunca fui, las cabras que habían en Las Salinas, habían cabras de esta gente, de la familia de Maximino. La costa de Betancuria es la costa de Betancuria y la costa de Las Salinas es la costa de Las Salinas que pertenece aquí a Puerto, hoy pertenece a Puerto antes pertenecía aquí a... y ya podían venir cabras de esa gente a Las Salinas como podían las nuestras llegar a Betancuria también y nos miramos como hermanos, familia., 'Mira allá apareció una cabra tuya, en la apañada allí.' Allá no podíamos nosotros de ir, cuando eso eran tantos los trabajos que uno tenía y que tenía que hacerlo porque tenía que vivir, así que no tenía tiempo aunque hubieran cabras mías en la costa de Betancuria, hoy vamos en un coche o como sea, pero yo decía '¡Coño! ¿Dónde voy yo si hay cabras allá? ¿Cómo voy allá? ¿Quién me cuida, quién me ordeña este ganado?' Pues no iba, las perdía, llegaba uno a perderlas porque no podía ir y ahora que no puedo voy a todas [risas] porque voy en coche.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

10. Organización y desarrollo de la apañada

La apañada de la cabra de costa es un proceso arduo y laborioso, que para llevarlo a cabo con éxito requiere de una importante organización de los implicados, un amplio conocimiento del territorio y de los hábitos de estos animales, por parte de los ganaderos partícipes.

«Porque a nosotros nos aparenta que es fácil pero no, eso de las apañadas no es nada fácil, es fácil para los que conocemos el terreno y conocemos todo eso pero para los nuevos no es fácil porque si las cabras les vienen por aquí, para acá, no siga detrás de ellas porque vienen a dar vuelta por allí, darle vuelta por allí que ellas pegan a salir por aquí. Porque si sigues detrás de ellas te dan vuelta por aquí, otra vez, para coger la otra degollada y a lo mejor el que no haya estado nunca, pues sigue detrás de ellas y se mata y no hace bueno de ellas, pero es lo que pasa en las apañadas.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

10.1. Fases

En la apañada es indispensable que los ganaderos implicados en esta actividad cooperen entre sí y se ayuden mutuamente, un engranaje dirigido por el comisionado de la zona, que convierte a la apañada en la máxima expresión del trabajo colectivo en la actividad ganadera de costa. La organización y desarrollo de la apañada se puede dividir en varias fases.

10.1.1. Nombramiento

El proceso de organización de la apañada comienza con el 'nombramiento' de esta por parte del comisionado, de la zona donde se va a llevar a cabo y que consiste en comunicar al resto de los ganaderos el lugar, la fecha y la hora donde se va a realizar la siguiente apañada. El comisionado se encarga de avisar con bastante antelación cuando se va a celebrar la siguiente apañada, para facilitar que los ganaderos se puedan organizar y participar ese día, aprovechando en muchas ocasiones el fin de una apañada para convocar la siguiente.

«Las funciones del comisionado es, primero, nombrar las apañadas. Porque las apañadas tenemos que nombrarlas con antelación como ha sido costumbre, de veinticinco a treinta días antes porque no vamos a decir 'Pues mañana apañamos.' ¿Y si no se enteran los demás? ¿Cómo los avisamos los unos a los otros? O usted tiene que hacer o usted mañana pues tengo otro problema por otro lado, por eso se avisa de veinticinco a treinta días y ya tienes tiempo, hay tiempo de recuperar las... si usted tiene alguna cosa que hacer, pues lo deja o lo recupera por otro lado y ya...» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) ahora yo hago una apañada hoy y yo le pongo fecha ya para la otra y después para la otra. Digo: 'Cada mes a tal día se hace la apañada en tal sitio'. Para que la gente, ya con quince días o un mes de antelación, saben dónde es y dónde no es. (...) entonces los organizo en todas las apañadas antes de que se marchen dentro de la gambuesa, que están todos reunidos y digo: 'Tal día vamos a apañar en tal sitio.'» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

Antes, en muchos lugares, había fechas establecidas para las apañadas, como ya se había comentado. Esto, unido a las relaciones diarias entre los ganaderos de un lugar, conllevaba que siempre estuvieran al tanto de las convocatorias de las apañadas.

«'Pues tal día se apaña en las Salinas.' Un mes antes la anunciaba, tal día se apaña en las Salinas, ibas tú preguntando 'Fulano, tú te has enterado que apañan en las Salinas tal día.' 'Sí, sí, ya lo sé.' U otro 'No, no ha sabido nada, ya lo sé.' Así todo el mundo se enteraba, todo el mundo se iba nombrando unos a otros.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) la gente se unía toda, se conocían todas, de una punta a la otra. Entonces la gente se reunía, hablaba y decían: 'Pues tal día vamos a hacer una apañada en tal sitio'. Y después ellos, como estaban siempre juntos, se comunicaban. Antes no habían teléfonos pero ellos salían caminando de aquí a la Punta de Jandía o de la punta de allá a avisarles a los compañeros, a los amigos: 'Mira tal día vamos a tal sitio'. Y lo hacían rápidamente y nosotros ni con los teléfonos lo hacemos ahora.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

10.1.2. Junta

El lugar y la reunión en el que se ven por primera el día de la apañada se conoce como 'junta' y varía en función de la zona en la que se vaya a apañar. Son lugares establecidos donde el comisionado convoca a los ganaderos a primera hora de la mañana para controlar cuantas personas se dispone para la realización de la apañada.

«(...) nos juntamos todos en un sitio que tenemos señalado, aquí arriba mismo, tenemos señalado El Pilón, en otros sitios tienen otros sitios, cada punto, nos juntamos todos allí (...) eso se llama 'junta'.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Teníamos unos sitios apropiados ya, en Janey nos juntábamos en la degollada de Janey o en la degollada del Corralete, en la Gala pues en la degollada del Viento, allí teníamos que estar todos y de allí nos repartían, en la junta, eso es la junta (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«Tal día vamos a apañar y tiene que estar en la junta. La junta arriba en Tenicosquey en el aljibe, el aljibe que hay allí al lado de Tenicosquey, en la curva al lado de Tenicosquey a la salida del volcán, en los corrales que hay allí, allí hay un aljibe, allí se junta la gente desde por la mañana, no se puede ir por el al mediodía, hay que ir por la mañana (...) Exactamente: 'A las ocho y media, nueve, más tardar, tiene que estar la gente para ir a apañar'.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) cuando hay apañadas avisamos a todos los que tienen las cabras, entonces nos reunimos en un sitio (...) Todos los ganaderos en un sitio y de allí arrancamos..» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

10.1.3. Reparto

Una vez reunidos todos los ganadero en la 'junta', el comisionado es el encargado de elegir y repartir a la gente más apropiada para acudir a los diferentes lugares, a partir de los cuales van a comenzar la apañada, aprovechando también para

dar indicaciones y consejos a cada uno de los ganaderos, para la óptima realización de la apañada. El reparto de la gente va en función de las dificultades que presente el terreno y las cualidades de cada pastor. En muchas ocasiones el comisionado dispone de un 'segundo', que es el encargado de repartir y controlar a la gente en la zona a la que le hayan sido enviados.

«(...) yo tengo que repartirlos, el que va por aquí, el que va por allí, tengo que repartirlos y yo sé el que va por un sitio y el que va por otro porque en los sitios más conflictivos mandamos los más que sepan o al más que camine o al más lejos que va, tenemos que mandar a uno que conozca, de los más que caminen, porque si mandamos a uno que no camine entonces hace el día.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) a cada puesto más o menos la persona aquella más preparada que está para ir allí. Pues el mejor lo mandamos por lo más malo y al más malo pues lo mandamos por... [risas] eso ya uno va calculando o si es una persona mayor o si es una persona lo que sea lo mandamos por lo más cerca, una persona mayor no la vamos a mandar por lo más lejos.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) entonces habemos veinte digo: 'Tres coches van por aquí por la Punta de Jandía, por Cofete y los otros vamos, unos por aquí, por el pico de la Zarza y nosotros vamos hasta el barranco de Los Canarias'. Y de allí los reparto todos. Ellos saben por dónde tienen que ir porque ya les digo por donde van y siempre tengo a otra persona que va, que no está la gente muy tal, digo: 'Vete con ellos en tal sitio.' (...) yo los reparto todos de aquí, pero después llegando al sitio clave hay una persona que les diga: 'No, tú tienes que subir por aquí y tú por aquí.' ¿Ves? Y eso organizando a la gente para cuando llegamos al punto fijo de juntar al ganado,

que tú no estés allí adelante y el otro allá atrás, hay que organizar.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

10.1.4. Cerco

Una vez los pastores están en el lugar establecido por el comisionado comienzan a juntar y a dirigir el ganado que está en su zona por los lugares señalados, hasta llegar al punto de encuentro con el resto de pastores. Una vez hayan llegado todos los pastores al punto establecido para reunir a las cabras se va realizando un cerco con el que se va dirigiendo el ganado hasta la gambuesa. Por el camino, si alguna cabra se desvía tratando de huir de la zona cercada por los pastores, éstos utilizan varias estrategias; gritan, silban, les echan el perro y/o les lanzan piedras en su camino con el objetivo de que se asusten y vuelvan con el resto del rebaño. Hoy en día los ganaderos se ayudan de telas colocadas estratégicamente a la entrada de la gambuesa formando un embudo que facilita a los pastores atajar las cabras a la hora de que estas entren en la gambuesa.

«Entonces, de aquí salimos para entrar por aquí debajo, por Ajui. Tenemos que coger del filo de arriba para ir a tener a La Vega, otros tienen que coger la bajamar para allá, para ir a la parte aquella de Aguas Verdes para acá, y entonces ahí nos vamos compaginando los unos con los otros. Les vamos haciendo un cerco, unos de allá y otros de aquí, y ya se van juntando, se van juntando en un sitio que le dicen el Tarajalito y ya se van juntando allí. Entonces allí están más abiertos, se vienen para acá, hay gente ya por los lados y vienen jilas a la gambuesa..» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Las vamos atajando, unos por un sitio y otros por otro, y las cabras por medio, sea por dónde sea la manera, arreglado a la gente que haya, unos bajan por un lomo otros por el otro y otros tocando atrás hasta llevarlas al sitio que vayas a llevarlas.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«Para dirigir el ganado les digo: 'Mira, por tal sitio hay que bajarlas, hay que bajar el ganado por tal sitio.' (...) Ese es un punto que hay que saber, siempre la gente por donde tiene que bajar, no vamos a decir 'Vamos a darle para abajo y que bajen por donde quieran.' No, tenemos que bajarlas por un sitio, por un sitio fijo y por donde mejor se baje y por donde se baja. (...) aunque estén del otro lado, tienes que gritarles, estar mirando y gritando: 'Mira por encima de ti.' 'Baja para abajo, baja más para abajo.' 'Sube más arriba.' Claro porque no estamos juntos, estamos lejos, separados. Lo vamos cercando así entre todos, uno por acá y otra por allá, lo vamos bajando por un punto para abajo a la gambuesa (...). En la gambuesa una la tenemos allí y hoy le ponemos unas telas por fuera, unas mallas así por un lado y por otro para que el ganado, cuando embiste para allá se queda enmallado y se vienen dentro del corral y cómo huye mucho el ganado ¿sabes? Las cabras corren mucho y la gente corremos poco. Y las vamos acercando después entre toda la gente se van arrimando, arrimando, las juntamos todas y las metemos en la gambuesa.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) casi siempre se baja por el mismo sitio, es decir, si apañamos todo lo que es una montaña, pues el ganado se lleva casi siempre a lo que es la punta de una montaña y después, de allí, se baja hacia el corral. Pero se junta todo en un sitio y después de ahí se toca y se van tocando, se van tocando y se van llevando al corral,

a la gambuesa. Hay que mirar el terreno porque más bien se bajan si hay una montaña, se lleva a una punta y se va rodeando. La gente se pone por la parte alta de la montaña y las van bajando, van bajando y entonces se van llevando a la gambuesa, porque las gambuestas suelen estar en lo bajo, donde llegan los coches. Y entonces está la gambuesa, que se le pone un poco de malla también, se les hace un cono para que los animales entren ahí y vayan derechos al corral.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

10.1.5. Descanso

Cuando el ganado está encerrado en la gambuesa se toma un tiempo para que el ganado se tranquilice, momento en que los pastores aprovechan para descansar y observar el ganado que se ha reunido, antes de seguir con la tarea.

«Pues dentro de la gambuesa, tomarnos un poco de agua para refrescar la caminata y después dejar descansar un poco el ganado (...).» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«Dejamos que la gente se tome un respiro, que casi siempre para esos días se tiene refresquitos, se tiene cervecitas, se tiene agüita y, a lo mejor, el que tiene ganas de comer puede hacerse un bocadillo, un refresco un poco en lo que se hace la comida porque después la comida viene a darse a las tres o a las cuatro de la tarde, a la hora que se termine el ganado. Se encierra el ganado ahí, se ve a la gente nada más que mirando. ¡Ah! sí esa es la cabrita mía.' Pues la cabrita mía está parida, tiene un baifito morisco' (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

10.1.6. Apartar

La siguiente fase de la apañada consiste en 'apartar' el ganado que ha entrado en la gambuesa. Se trata de separar por un lado todas las cabras paridas y las crías, las cabras que necesitan ser ordeñadas y todo aquel ganado que los dueños quieran retirar de la costa por diferentes motivos. El ganado 'apartado' es introducido en un corral más pequeño que hay con este fin en el interior de la gambuesa, mientras el resto del ganado es soltado otra vez.

«Y después, dentro de la gambuesa a apartar. A ver qué no, las que están que no tienen crías se echan para fuera. Tenemos un apartamento, un corral pequeño, las que tienen crías y las crías se echan para ahí y las que tienen leche para ordeñarlas, las que vamos a quitar o cosas de esas, las echamos para ahí.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) las que está paridas las vamos echando allí en los corrales aquellos. Allí hay dos corralillos, uno para echar las que están paridas para ahijarlas y otra es para echar las que nos vamos a llevar, los machos y eso o alguna cabra que se vende o baiños.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Siempre apartamos la que está parida, la que está parida, la que tiene crías. (...) Después, la que está preñada o está machorra o está ya controlada esas van saliendo, arrimamos a la puerta y vamos echando fuera, si vamos a recoger alguna cabra que queremos llevarla para la casa también se aparta. Esa es la lógica de la ganadería que he vivido, ahora hay otras, que esas hay que estudiarlas.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

Normalmente, el comisionado designa a dos personas encargadas de realizar la tarea de apartar el ganado, siendo estas personas nombradas porque se les considera las más preparadas para realizar esta función, ya que hay que disponer de práctica y maña suficiente para coger el ganado de la forma adecuada. En las ocasiones en las que el ganado es muy numeroso, estas personas van recibiendo el relevo de otros compañeros cuando se encuentran cansados. El resto de compañeros, formando un cerco, van arrimando 'tandas' de ganado para ayudar a los que están encargados de 'apartar', mientras que estos van escogiendo el ganado que se queda y el que se le 'da puerta' poniéndolo nuevamente en libertad.

«(...) un hombre se pone ahí en la puerta y apartándolas no hay sino uno solo. La que va para fuera y la que va al corral chico, porque si entramos muchos nos revolvemos más y cuando se cansa uno entonces le digo a aquel que salga y entra otro, para que salga porque está cansado.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«El comisionado, el que mandaba allí, (...) nombraba a dos hombres del gusto de él, el que era amañado para coger las cabras, las cabras tienen... son cogidas por las patas de atrás y hay que cogerlas por la pata izquierda me parece, no ir allá y cogerla por una pata cualquiera, hoy la cogen hasta por el cogote, por los cuernos, por dónde sea. Antes, el comisionado sabía, fulano, mengano, allí para apartar el ganado había dos hombres nada más y la demás gente se iba haciendo un corralito al lado de la puerta del corral. Yo aquí, otro aquí, otro aquí, otro aquí y el ganado se traía aquí y todo el mundo aquí atajando, atajando y dos hombres allí cogiéndolas por las patitas que le pertenecía (...) Una a una, se terminaban aquellas, el personal quedaba aquí haciendo el corral y otros dos iban a tocar para acá y hasta

que se terminaba.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«Estar allí sí pueden, pero entrar para apartar, uno en la puerta para controlarlas y otro para cogerlas para arrimarlas allí, para poderlas apartar sí pueden haber los que hagan falta, pero para entrar a cogerlas uno o dos alguna vez que ya estorban. Si saben cogerlas no pasa nada dos porque tienen que ayudar, porque uno solo se cansa cuando hay ganado también.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

Para reconocer las cabras que están paridas se observa si tienen las ubres cargadas de leche y si la cría está mamando de ella, para así descartar que la hayan perdido.

«Se le coge la tetilla, se le despunta la tetilla y si suelta leche está mamada, porque el ubre ahí no es muy grande es pequeñito.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«Les vamos mirando las tetas, todas las que están paridas pues están mamadas, tienen las tetas mamadas, pues esas las echamos todas para allí y las que no tienen baifo las echamos todas para fuera. Allí hay un corral pequeño y las vamos echando todas para allí y las otras las vamos echando todas para fuera.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Las cabras las apartamos, la cabra que está parida las apartamos con las crías. (...) se ve que está mamando la cría, tiene leche y el baifo que está mamando se nota. La cabra que está seca, machorra, no tiene ubre, no tiene nada, está seca, lo sabemos. (...) la que está parida, se sabe muy bien sí. La que no está parida las puntas si no tiene leche se sabe. Las machorras se echan fuera y los

machos y eso los echamos fuera y dejamos todo lo que está parido (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

10.1.7. Ordeño

En las ocasiones que se encuentran cabras con leche 'deshijadas' o que la cría solo le mama de un lado de la ubre se aprovecha la apañada para ordeñarlas y así evitar posibles lesiones.

«Pasa la mañana, traemos el ganado, traemos el ganado para ordeñar las cabras porque hay muchas desahijadas, mucha cabra que el baifo no le coge nada más que una teta, y hay que ordeñarlas para ver si el baifo le coge... es difícil que el baifo, cuando sea grande, coja las dos tetas pero bueno, para ordeñarla.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) las que se quedaban también se ordeñaban, por ejemplo, si había una cabra con un tetón de leche, como le decíamos nosotros, se le quitaba el tetón de leche aquel y se largaba hasta que se volviera a apañar otra vez.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

10.1.8. Ahijar

Una vez que se haya apartado al corral chico las cabras paridas y sus crías, se haya retirado el ganado que se quiera llevar cada ganadero y se haya soltado el ganado restante, se procede a pasar de nuevo al corral grande las cabras paridas con sus crías para 'ahijarlas'. Se conoce como 'ahijar' el proceso por el cual se observa que cría pertenece a cada cabra y por consiguiente a cada ganadero.

«Luego, cuando ya se termina el ganado de aquí, del corral grande, del ganado que está parido o el mismo ganado que tiene con leche, está, a lo mejor, el corral este lleno de cabras y baifos porque tanto la cabra parida hay que pasarla para aquí, como los baifos, todos hay pasarlos aquí (...). Todas las madres, se sacan todas las madres y los hijos, todos los baifos ahí y luego nos ponemos aquí, unos por ahí en ese corral, todos separados, otros aquí y nada más que mirar, a ir vigilando a ver la cabrita, porque según esta época todos sabemos que tienen baifos pero pegan a buscarlos, y ya asientan el baifilllo, y ya se van ahijando (...) eso se llama ahijar el ganado, eso es la práctica.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Se ahijan las cabras, que cada una... ellas después se van a eso, esa misma cabra que está ahí tiene esos dos baifos. Los metes ahí en la gambuesa hasta que la cabra no se ajunte con el baifo que es de ella no se puede marcar, si hay alguna cabra que no se ahija tienes que dejarla para otra vez.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Pero se va apartando, se le va echando el baifo para allí y ellas saben (...). Las que no se conocen..., la que se conoce se coge directamente el baifo y la cabra no hay problema, pero hay cabras que no sabes cuál es el baifo, conoces la cabra pero no sabes cuál es el baifo, vas y dices: '¿Cuál es el baifo de la cabra mía?' Y quién te lo dice si no lo conoces ¡ah! Pues vamos a ahijarlas, ahijarlas le llamamos nosotros, le echamos el morisco, le echamos el negro, le echamos tal y ellas saben cuál es el de ella.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

10.1.9. Marcar

Cuando la pertenencia de cada cría está clara, los ganaderos proceden a identificar la que es de su propiedad a través de la marca que le corresponde.

«Entonces, según echas el cabrito y la cabra, pues va a mamar enseguida y desde que va a mamar ya... si no estamos seguros de que está mamando, desde que la cabra viene a por él pues lo marcamos y lo vamos echando fuera así.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Cuando la madre esté con la cría, se coge, se sabe que es la de ella pues se pone aparte, la marcan y la sueltan, porque las madres las suelen tener todas marcadas, entonces si el dueño de la marca está allí coge la cría y la marca y la vuelven a soltar.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

La marca que identifica el ganado con su propietario, la suele realizar el mismo dueño en las orejas de aquellas crías guaniles que han sido 'ahijadas' con sus cabras. Aunque en algunas ocasiones, para facilitar esta tarea, es el propio comisionado o una persona encargada la que marca. Esta tarea se suele realizar entre dos personas, uno sujeta la cabeza de la cría entre sus piernas y cruza las patas delanteras por detrás de la cabeza del animal, quedando este inmovilizado, permitiendo así que la otra persona pueda realizar los cortes en las orejas con mayor facilidad.

«Cada uno puede marcar lo suyo pero hay mucha gente que no sabe marcar y entonces lo marca el comisionado u otro amigo que haya: 'Márcame el baifo este'.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«En las apañadas grandes, normalmente, en las apañadas grandes casi siempre marcan los dueños, muchos de ellos, a lo mejor muchos de ellos 'no, no, márcalos tú'. Pero normalmente marcan los mismos dueños o a lo mejor hay una persona y usted lo coge: 'Pues mira, márcalo aquí, yo lo mantengo y tú lo marcas'.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«El más que marca soy yo pero también hay ganaderos que saben marcar. Sí, más o menos cada uno sabe marcar algo pero siempre me las dejan, casi todas me las dejan para mí. (...) las echo pero cada uno a quien pertenece.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) me acuerdo que estaba el comisionado y otro marcando, casualmente el que marcaba, será porque toda la vida... era un tío mío, eso para marcar y para capar machos ¡coño! Yo no he visto una persona... (...) y ese era el que marcaba y si no estaba ese otro, otro, otro de... que fuera... el comisionado sabía el que servía para una cosa y para otra, y el que servía para marcar ese es el que ponía a marcar (...) Las cosas se hacían todas serias y honradas todo el mundo ¡coño! Pero hoy...» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Durante este proceso se limita el acceso de las personas que se acercan a marcar, para poderlo realizar de una manera controlada y evitar que el ganado se altere y se 'deshije'. Otra persona está en la puerta de salida de la gambuesa encargada de controlar que el ganado que sale esté correctamente marcado.

«(...) no todos juntos, vayan marcando de dos en dos, cogiendo cada uno porque si nos metemos todos se deshija el ganado y eso es un punto que hay que estar con ellos, para que lo que vas a coger

es lo que vas a marcar, que toda la gente cree... que como está un baifo con la madre ya es de él (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) en la puerta siempre se ponía un hombre u otro hombre, acuclilladito allí en la puerta. Las puertas son de esas de sobrepuerta ¡bueh! (...) para atajarlas, porque el ganado se marcaba allí en la puerta. Cuando se terminaba el hombre se jalaba para un lado, según iban marcando la cabra saliendo con el baifo marcado y el hombre dándole puerta, el que se la alcanzaba, el hombre se torcía y la cabra salía, otra marcada, venga, otra y hasta que se terminaba: 'Traigan otra.' Otra remesa, como se le decía: 'Otra remesa, otra remesa, otra remesa.' Hasta que se terminaba pero todo hecho a consciencia y nada de follones y nada de pleitos como hay hoy, uno grita acá otro grita allá ¡bah!» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

En algunas zonas se ha implantado la regla de que el ganadero que no acuda a la apañada no se le marca las crías que le pertenecen, soltándolas de nuevo guaniles. Este nuevo criterio se ha introducido debido a las sucesivas ausencias de ganaderos que tienen ganado en la costa. Antes no existía este problema porque la dependencia de la ganadería hacía que todos los pastores acudieran a las apañadas de su zona y se comprendía su ausencia en apañadas en otras zonas pudiendo encargarse de marcar otro vecino o amigo.

«Y si no está el dueño pues si suele venir, si ese día no pudo venir, se le marca con la marca de la cabra y se suelta, y si el dueño no está viniendo pues se suelta sin marcar. Se le avisa que se soltó la cría sin marcar y si quiere recogerla pues se... y si no se deja sin marcar y cuando sea grande se... Si él no la marca cuando chica, pues cuando sea grande se separa de la madre pues es de

los apañadores o se subasta (...).» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) ahí pusieron leyes porque la gente no iba a las apañadas sino al corral, esto todo ha sido una comedia. La gente antes, antes iba la gente por apañar, les gustaba correr detrás de las cabras y eso era una fiesta pero ya después la gente '¡Yas! Yo voy a la apañada pero voy al corral a verlas.' Y la gente las suyas las tocaba yo y usted iba a marcar los baifos al corral entonces el comisionado pegó a decir: '¡No! En tal sitio nos juntamos tal día para apañar y el que no va a la apañada no se le marcan los baifos, así que tiene que ir a la apañada, apañar para poder marcar a los baifos, si no va a la apañada sino al corral la cabra sale con los baifos guaniles otra vez.' Y llegaron a hacerlo, a la otra apañada iba [risas] había respeto, había un respeto y vergüenza.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«En las épocas mía eso se consideraba, tú tienes dos cabras y no vas a estar apañándome las cabras, no vas a ir todos los meses a las apañadas, tienes dos cabras y entran... a última hora se quiso exigir eso y yo no lo permití, porque si tú estás viniendo y puedes venir al año dos veces que vengas porque tengas dos cabras estás cumpliendo bastante tu deber. Y entonces yo sí veía entrar la cabra tuya, si se le marca, si se le marca porque él vino en la apañada pasada y no le entró la cabra, no vino la cabra y vino hoy ¿se la vamos a soltar a la cabra con hijos para que haya un problema de tal? Hoy existe muchas cosas pero hoy es otro mundo distinto en la ganadería a lo que había, a la gente que existía antes (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) si venía Maximino marcaba las de los hermanos o las de los amigos y nosotros si íbamos allá pasaba lo mismo. Las que

eran de aquí, de los vecinos de aquí las marcábamos nosotros, el que iba fuera de Casillas, fuera de Tefía, fuera de donde fuera.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

En algunas ocasiones, para facilitar la tarea en las apañadas próximas, los ganaderos le pintan los cuernos a las cabras y las crías que ya han sido marcadas.

«Después, cuando terminamos de apartarlas, las soltamos en la gambuesa grande, entonces las vemos abijar los baifos unos con otros. Entonces las vas marcando, marcando y echándolas fuera, y le pintamos un cuerno para saber las que tenemos marcadas y las que no tenemos porque como son muchas, marcamos los baifos y a las madres les pintamos un cuerno para saber la que tiene la cría marcada porque cuando vuelva... porque no entran todas, después cuando vuelvan a apañar otra vez, entonces ya nos es más fácil. Esta tiene la cría marcada esta para la calle y los baifos marcados, entonces nos es más fácil que no... y no hay que estar preguntando: '¡Mira! ésta tiene la cría marcada, ésta no la tiene.' Entonces ya los que estamos apartando sabemos que las...» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) aquí, como hay muchas, para no equivocarnos muchos le pintan un cuerno con pintura y ya en otra apañada ya lo avanzamos más porque sabemos que todas las que están pintadas están marcadas ya, lo que después nos confunden porque muchas dan dos crías al año pero eso ya uno las ve.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

Mientras se está en la gambuesa algunos pastores aprovechan también para aplicar a su ganado polvo insecticida con

el fin de desparasitar a los animales que se van a volver a soltar. Esta tarea se suele realizar entre dos personas que se ayudan para tumbar el animal para así poder espolvorear el insecticida de forma eficaz.

10.1.10. Machos

Las apañadas también se aprovechan para retirar algunos machos o para caparlos con el objetivo de cuidar la raza del ganado y aumentar la calidad de la carne del macho. Normalmente, los machos que se dejan en la costa son aquellos de colores más llamativos para poder divisarlos desde la distancia.

«(...) todavía hoy, si hay alguno que no lo quieras para raza se capa. Bueno por lo menos no, no te echaba a perder la raza si era un macho de una cabra que era de poca leche, que le decíamos nosotros que era ruín porque daba poca leche y tal. Pues eso no lo dejábamos para que echara hijos, lo eliminábamos, lo capábamos ¿no?» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«Con los machos que se van a quitar, recogerlos. Y los machos a veces, cuando hay unas épocas, cuando hay mucho macho, ahora ya hay poco, se capa ¿sabes? Se capan, cuando hay mucho macho estropean las cabras, cuando hay mucho macho, porque mucho macho estropea las cabras y el macho caliente no se puede matar, eso se coge y se capa y tienes después una gran carne, la mejor carne que puede haber, la más sana, la más natural porque eso no tiene química de ninguna clase como un animal de costa. El macho capado tiene unas ventajas tremendas (...) Un macho caliente no lo puedes matar, si yo te vendo a ti un kilo de macho caliente no me compras más, te saca tufó la comida, te saca tufó en el puchero. (...) no puedes matar un macho cuando está

hembrado porque entonces se te echa fuera del caldero, esas cosas es como todo. Yo ciertas cosas no te puedo decir pero de ganadería... mi vida la he echado ahí y de carnicero llevo también cincuenta años.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

10.1.11. Suelta y fin

Cuando se ha terminado todas las tareas descritas, la apañada ha llegado a su fin y se procede a soltar el ganado marcado y el que se ha quedado guanil, esperando que en la próxima apañada se pueda identificar y marcar.

«Estamos ya terminados, totalmente, ya no queda nada porque es tardecita, porque a lo mejor es tarde y vamos a largar esos animales porque quedan cabras con baiños pequeños todavía ahí pero no sabemos cuáles son las madres porque no se ahijan, lárgalas antes de que se oscurezca, lárgalas porque ya buscan las madres, ya se ahijan antes de que oscurezca. Pues vámonos a tomar un café, pues vámonos que ya es tarde, ya que nos vamos y ya tenemos la función del día, ya la tenemos hecha. Esa es una de las funciones nuestras, esa es la apañada.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

11. Ganado guanil

Los ganaderos de la costa de Fuerteventura consideran ganado guanil aquel que se encuentran sin marcar y por lo tanto se desconoce a su dueño. Esta circunstancia se produce porque en ocasiones hay ganado que escapa al control de las apañadas o en el momento de 'ahijar' las crías con sus madres resulta que algunas se aborrecen de ellas, no 'ahijándose', y hay que soltar las crías de nuevo sin marcar. La cantidad de ganado guanil puede variar de una zona a otra, siendo mayor el número en aquellos lugares en el que el terreno presenta una mayor complicación para los apañadores, facilitando que se produzcan 'fugas' del ganado.

«Hay baiños que se quedan, no muchos, pero hay baiños que se quedan guaniles, en las apañadas se quedan guaniles, bien porque la cabra cuando se larga para afuera se aborrece de él o bien porque la cabra no entró, la cabra se huyó y no entró, la cabra se tiró para otro sitio y los baiños sí corrió y vino para aquí con el ganado pero la madre, la madre no vino para acá. Baiños que no... Unos se juntarán con las madre y otros no se juntarán con las madres y después resulta cuando pegan a beber ahí, los baiñitos ya son grandes y está el animalito guanil, es guanil, no se sabe de quién es (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) muchas veces la ahijamos todas, pero muchas veces tenemos que... porque no hacen caso de las crías y son grandes y tenemos

que echarlas guaniles. (...) si no las podemos ahijar porque muchas de ellas no hacen caso de las crías ni las crías a las cabras tampoco, pero desde que salen se juntan enseguida con las madres y muchas las echamos guaniles, no las podemos marcar, tenemos que echarlas y para la otra las marcamos. (...)» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Que no está marcado. Los guaniles son los que no están marcados (...) tenemos muchos (...) Porque hay cabras salvajes que no entran en las apañadas, porque ahí apañamos en dos sitios, apañamos para aquí en el barranco de la Peña y para allá en el valle de Janey y si están aquí, apañamos de aquí para aquí y de aquí para allí, pero la que está aquí la apañamos para aquí y se va para allí, la apañamos para allí y se viene para aquí, porque están en el mismo filo y tenemos que coger más para aquí o más para allí para que no...» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) en Jandía sí se quedan muchos, es muy grande, eso es muy salvaje, no hay gente, muchas fugas, pero en estas costas nuestras no, aquí no.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) quedan guaniles mucho y no las marcamos, las conocemos casi todas pero como no las podemos coger, no ves que comen muy altas, comen muy alto arriba y el ganado que está en lo alto embiste así para atrás y se nos escapa para allí. De todas formas hoy una y mañana otra van marcando pero guaniles quedan ahí todavía de años sobre años, la verdad que sí.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

Una mayor presencia de los ganaderos en la costa en épocas pasadas, aparejado a un mayor número de apañadas, per-

mitía un mayor control del ganado evitando el que se quedara mucho ganado sin marcar.

«(...) ahí se apañaba a menudo y cada uno teníamos controlados los animales porque las conocíamos, estábamos en el campo, estábamos sobre de ellas, no como hoy, porque hoy verdaderamente las cabras están en el campo y uno está aquí abajo arrimado buscándose la vida de otra manera.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) porque no se sabía de quién era o porque la cabra esa no entraba al corral sino en esa época no se quedaba nada. Hoy se quedan todas, hoy se quedan la mayoría (...) tú ves hoy que se van las cabras, antes no se escapaba una cabra, antes no, antes un ganadero era como un futbolista, ¿qué se va a escapar? Si se escapaba el balón por la puerta había que darle una paliza, ¿a nosotros se nos va a escapar una cabra? ¿Qué se nos va a escapar una cabra! Si se escapaba había que cogerla donde estuviera y de allí tiene que ir a la gambuesa. No se escapaba ninguna porque la cabra sabía que no se podía escapar, pero ahora todas se escapan porque tienen la libertad, va mucha gente, tú lo vistes, va mucha gente, pero la cabra pasa por tu lado y te tumba pero ¿por qué? Porque está acostumbrada ya de irse, no hay quien les haga frente. Como se escapara una cabra, el día de la apañada se te escapara una cabra, nos juntábamos y nos decimos: 'Para la semana, para la apañada próxima esa cabra tiene que venir a la gambuesa.' Nos juntábamos adrede, la cabra intentaba de irse ¡sí se vas a ir! La cabra la seguíamos y esa cabra iba a la gambuesa, si se llegaba a ir la cabra nos hacían ir a buscarla al que la dejara ir, pero hoy se escapan todas, se escapa una y embisten todas [risas].» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

11.1. Diferencia y subasta

El ganado guanil a los cinco o seis meses se 'diferencia', si aún se desconoce al propietario, para así evitar que otro ganadero lo pueda marcar y apropiárselo. Una vez que haya pasado un plazo aproximado de un año el ganado guanil puede ser subastado. La subasta es realizada por el comisionado en un día de apañada en la misma gambuesa. En las apañadas también se aprovecha para matar algún animal guanil para invitar a los asistentes.

«Las que se quedan guaniles que después no se saben de quien son o se subasta o si es algún macho se mata y ese día se hace un asadero con él.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) la que no se conoce el dueño, la diferenciamos y después en la otra apañada la subastamos, la que no sabemos de quién es. (...) él más que de por ella se queda con ella.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Cuando se apaña, en las apañadas, ahora mismo en junio, julio, se subastan los que hay guanil. Se diferencia primero, se le echa un chichofito en las narices, cuando lleve cinco o seis meses con eso y no aparece el dueño, si aparece el dueño aunque esté diferenciada se le da al dueño y si no aparece se subasta. (...) hay que echarle una diferencia, hay que tenerla diferenciada por lo menos seis meses. Un chichofé, un chichofé sobre la nariz. (...) que el animal sea grandito ya casi más o menos de un año antes no se puede subastar, hay que tenerlo más o menos lo mismo que tenga de diferenciada que tenga de edad más o menos antes, cinco o seis meses antes y después otros cinco o seis meses y si no, no... (...)» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Antes, cuando había muchos, que yo era chico y habían muchos, los diferenciaban y después los subastaban pero ahora no tenemos sino solo dos o tres ahí, pues nos conocemos todos. Antes sí porque antes habían muchos, cientos de ellos. Un año por ahí las dejábamos, las diferenciábamos, si nadie las reclamaba... Para que nadie las marcara, les echábamos una diferencia, aquí en el municipio de Puerto le abríamos aquí toda una nariz, aquí, la nariz con la navaja, toda para arriba y eso no se le borra, le haces un corte por aquí para arriba y eso no te las borran. Si no al año las subastábamos (...) a lo mejor el macho salíamos en cincuenta euros y a lo mejor yo doy cincuenta euros y el otro da cincuenta y cinco, el otro sesenta, el otro sesenta y cinco y ya iba subiendo y después decíamos: 'A la una, a las dos, a las tres'. Y si nadie saltaba pues tuyo es.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

Los beneficios obtenidos en las subastas son destinados a los gastos ocasionados en el mancomún.

«Pues ese dinero lo guardábamos para si había que comprar tela o había que comprar lo que fuera, pues ya estaba el dinero ese depositado ahí, para la costa, para la costa lo que hiciera falta comprar o si te hacía falta comprar bebidas para apañar o algo, pues ya sabías que tú tenías tanto dinero.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) se subasta para gastos de la costa (...) nosotros aquí en cada tenderete que hacemos nos gastamos dos o trescientos euros y si hay que subastar eso no lo van a poner del bolsillo, si hay que gastar que las subasten treinta o cuarenta euros cada animal o cincuenta depende del animal que sea.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) las subastas las hacíamos nosotros en las gambuesas (...) y ese dinero era para ayuda de pagar la delantera, del beneficio dentro del mancomún (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«Las subastaban para pagar, antes eran las ánimas, no sé quién se comía eso, para las ánimas decían: 'Esta es para las ánimas.' Para comprar aceite para la virgen o vírgenes ¡qué sé yo! Esas cosillas, esas cosas que habían antes, antes la gente creía en todo que creo que estuvieran acertados. Hoy tanto le da ir a misa como no ir, antes no, antes había que ir a misa y saber lo que decía el cura y si decía hace falta para un paquete de velas, hace falta aceite, una botella de aceite para las ánimas. (...) y decía: 'No, esta es para las ánimas.' Y las compraban los marchantes o las compraban los mismos ganaderos. 'No, esa sale a subasta.' Pegaban a subastarla y era para las ánimas, el dinero lo cogía el comisionado, el comisionado era el que cogía las perras y dice que las gastaba... ¡ah! Cuando hacían falta para completar al pastor, el delantrero, le daban de ese dinero también, para lo que hiciera falta en la costa, para levantar un portillo, una pared que había que saltaban las cabras porque antes las paredes estaban recorridas todas (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

12. División sexual del trabajo

En el pasado, la mayoría de la población de Fuerteventura estaba ligada a una economía de autoconsumo, en la que estaba inmersa toda la unidad familiar. De esta manera es importante analizar la participación y contribución de las mujeres en la actividad de la ganadería de costa. Según los relatos de los informantes, la participación de la mujer se concentraba mayormente en las apañadas de diario, en las labores de pastoreo, ordeño y elaboración del queso, es decir, ocupaban el espacio de 'lo doméstico'.

«(...) yo me acuerdo que era... claro porque mi madre ordeñaba las cabras, ella era la que ordeñaba (...) antes venían desde arriba, sí, no irían siempre pero cuando no había para echarle una mano al marido y eso, a recoger los animalitos, si no tenía tal desde arriba y ellas son las que ordeñaban las mujeres, me acuerdo yo muy bien, mi madre la que ordeñaba era ella.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«En los corrales sí pero en las apañadas no, en el corral sí, en el corral donde estábamos ordeñando sí, ordeñando (...) si era para apañar las cabras que nosotros teníamos cogidas eso sí, sí dían las mujeres también claro, la hermana de este [se refiere a Juan Pérez], la más vieja, Ángela, estaba conmigo, la pobre, desde chiquitilla, porque el padre estaba enfermo y... pero no, yo me refiero a las apañadas, a las apañadas a esas que se hacían para juntar los ganados de varios, los ganados sueltos, para apañar el ganado

de todos los días sí, a eso claro que iban las mujeres también, para el ganado que teníamos cogido.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

La participación de las mujeres en las apañadas de las cabras de costa habitualmente ha sido reducida, siendo una labor tradicionalmente asignada a los varones. Pero la falta de varones en la unidad familiar u otra razón de peso han llevado a que algunas mujeres hayan desempeñado también esta actividad masculinizada.

«(...) yo en Las Salinas... Yo nunca me acuerdo de ver mujeres, me acuerdo de ver mujeres alguna vez en El Matorral, para arriba, en la gambuesa que había allí, que le dicen la gambuesa de Amuley, aquello le dicen Amuley, (...). Alguna, alguna vez, así las mujeres de algún ganadero o tal y cual, pero aquí donde le dicen Janey, la costa de Janey le dicen, ahí en Betancuria, ahí sí recuerdo yo de ver mujeres, las mismas hijas de los ganaderos iban a apañar porque les gustaba ¿Hace tiempo? Sí hace tiempo, cuando yo era nuevo iba a apañar y les oía decir que las hijas de señor Isidro Alonso, se llamaba el padre, tenía siete hijas hembras y uno macho me parece y pues claro iban las hijas a apañar el ganado de los padres, no era normal, en las apañadas yo siempre he visto a los hombres.» (Agustín de León Soler, 1932, Casillas del Ángel).

«(...) tengo una hermana, la más vieja, (...) esa mujer era la pastora que tenía mi madre cuando mi padre estuvo en la guerra y estuvo enfermo. Se iba a apañar las cabras hasta Cofete desde Los Canarios, hasta las veredas, ella, mejor que lo que hacía yo después, un hombre, un pastor, con los tíos, con los ganaderos apañaba, eso le gustaba mucho, hasta que se casó, hasta que se vino y ya empecé yo a salir.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisio-

nado de Pájara).

«Yo no me acuerdo, mujeres cuidando los ganados sí que me acuerdo pero de ir a las apañadas no, ahí en el Llano del Sombrero mismo me acuerdo yo de ver, de aquí de la Vega, porción de mujeres que a mí me parece que ya no queda casi ninguna. Las demás murieron también que eran una partida de hermanas, estaban con el ganado con el padre que en paz descansa y estaban allí abajo.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

Más recientemente se han organizado en el mancomún de Betancuria 'apañadas para mujeres', en las que las mujeres eran las protagonistas principales aunque también acudían hombres. Esta iniciativa surgió de dos mujeres del municipio de Betancuria y fue apoyada y promocionada por el comisionado de Betancuria y sus ganaderos.

«(...) donde se acostumbraba a dar unas apañadas es... ¿dónde le dicen eso? ¡Coño! Janey, en el valle de Janey, para ahí se acostumbraba el compañero Vicente Hernández. Daba una apañada para mujeres, podían ir los hombres que quisieran pero avisaban a las mujeres, a las muchachas nuevas (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Eso las hicimos en Janey, estuvimos unos años haciéndolas (...) Nosotros sí, las hicimos hace unos cuantos años, que la chica esta murió la pobre, se llamaba Juana Brito, del valle de Santa Inés, fue la que lo promocionó y la que tiene la cafetería El Cencerro en el Puerto, Juana. Esas dos muchachas fueron las que intentaron hacer eso y entonces nosotros le seguimos la corriente y las hicimos y estuvimos unos cuantos años haciéndolas pero después la muchacha esa murió la pobre y lo dejamos. (...) ellas las pobres

lo inventaron y nosotros las apoyamos y estuvimos unos cuantos años haciéndola.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Ahora a última hora sí antes no, antes no en esa época. Me acuerdo a última hora se hizo. Se nombraba ahí unas apañadas para que las mujeres fueran, fueron unas cuantas veces pero en la época que nosotros teníamos antes, lo que se está haciendo hoy en la época no se hubiese visto eso, no teníamos agua ni para beber cuando llegábamos a la gambuesa (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

13. Herramientas del trabajo

13.1. La lata

La lata o garrote es un palo utilizado por los pastores tanto en su actividad diaria de pastoreo como en las apañadas, donde su uso es fundamental. El uso de la lata facilita el tránsito de los pastores por terrenos escarpados permitiendo salvar barrancos, piedras o descensos con mayor facilidad. La lata es una herramienta que viene utilizándose desde tiempos inmemoriales.

«Porque es más fácil para caminar y en tierras laderas es mejor, porque te vas fundando con la lata, la lata es un pie más (...).» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) los garrotes de toda la vida, los garrotes les decimos nosotros ¿no? El nombre es lata pero nosotros le decíamos los garrotes. (...) yo todos los días para ir a las cabras, para ir a apañar las cabras, que las apañaba todos los días, había que apañarlas, yo siempre. Sin el garrote no, con el garrote, que subir y bajar muchos riscachos y mucho tal, y el garrote te alivia mucho porque no es igual tu brincar de aquí sobre... botarte de aquí abajo sobre los pies a fundar con el garrote que te apoyas con los brazos y los pies llegan abajo tranquilamente, no tirarte sobre de ellos y eso el garrote es ayuda, nos ayudaba mucho la lata.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) la lata especialmente es para las apañadas. Para apañar, esos morros de ahí arriba desde aquí parece una cosa pero eso es malísimo ¡eh! Y ahí tienes la lata, te defiendes un montón porque la lata..., apoyas la lata entonces se defiende uno ¡bueh! Más con la lata que sin la lata en sitios malos.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Sí, la lata, el garrote sí, garrote llamamos aquí el garrote, esa la utilizamos para... (...) Esas montañas para abajo sin palo, sin garrote, sin la lata, es peligroso. Sí, toda la vida desde que nací, desde que nací lo recuerdo (...) los que sabemos con lata eso es una ayuda, para subir no tanto pero para bajar, es que bajar encima de los pies tu bajas encima de la lata, brincas de un risco a otro, de una piedra a la otra sobre la lata, eso te ayuda un montón a los pies y para subir igual, casi te vas fundando en ella. Para nosotros, para mí la lata es un... La lata cada vez que hay un barranquillo para cruzar la usas y saltas encima de ella y sobre una piedra, hay una piedra grande, un risquito aquí pues la funda y saltas encima de ella, eso que te ayuda bajando y caminando, eso que te ayuda, la lata hay que saberla llevar y es que la lata es una ayuda ¡eh! Muy buena, a mí me ayuda mucho los que la sabemos manejar. (...) de toda la vida yo recuerdo a ellos..., toda la vida con las latas (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En las apañadas la lata también es utilizada como ayuda para atajar el ganado y para atrapar baifos que tratan de huir.

«Sí, el palo también, cuando vas entrando el ganado en el corral enviste para atrás y con el palo las... eso para todo le hace falta el garrote, la lata sí, de verdad que sí.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) la lata para coger los baifos es estupenda, eso lo primero, antes un baifo que se iba a escapar le ponías el palo detrás del cogote y lo trincabas allí, porque a lo mejor el baifo va por allá y tú haya no alcanzar a cogerlo pero con la lata, la lata te alcanza allí y lo aprietas allí para abajo y lo coges, te vas por el palo para allá y lo coges allí, lo trincas allí y vas y lo coges. Eso sí lo practiqué yo en su momento creo que ya... lo aprietas allí y pegas a ir por el palo para allá y lo coges.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) con la lata cogemos los baifos, los espantamos, pero los baifos los cogemos cuando se nos viran y estamos cerca los cogemos con la lata.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

13.1.1. Tamaño

El tamaño de la lata varía en función del uso y el terreno para la que esté destinada. Por un lado están las 'latas de camino', que son de menor tamaño y peso, y que están pensadas para su uso diario en las labores de pastoreo en terrenos favorables. Su tamaño es un poco mayor que un bastón, no permitiendo realizar grandes saltos pero siendo de ayuda para superar pequeños obstáculos.

«La defensa del pastor es la latita esta, aunque es pequeñita, para mí es pequeñita, porque es para lo diario nada más, y el dueño de la latita esta también es un pastorcito pequeño también [risas]. Esto nada más que es un palito de lo que estábamos hablando para dos o tres cabras que tenga usted en su casa para ir a pastorearlas, casi nada más que de bastón, nada más que una cosita poca, pasar un baranquillito pequeño pero para apañar no.»

(Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).
 «(...) hay unas de esas de camino que llaman para suponer para hacer alguna caminata, ansina entonces son pequeñitas y no muy grandes nada más que como un bastoncito para... un poco más grande que un bastón para irse uno fundando nada más pero eso es para hacer caminadas ansina...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Cuando vas a caminar se suele llevar el garrote, pero pequeñito más bien. Un poco más que un bastón, que es más liviano y entonces te cansas menos, para caminar es mejor un palo más chico (...).» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

Las latas de mayor tamaño son utilizadas principalmente para las apañadas, teniendo que ser más largas cuanto más escarpado es el terreno. Las latas utilizadas en las apañadas de Fuerteventura oscilan entre los dos y tres metros de altura.

«Para apañar, que aquí las tenemos, más grandes, no caben aquí, son mucho más grandes y gruesas y más fuertes que esto también que amortice cuesta trabajo. Se puede usted tirar, con un palo fuerte de esos se puede usted tirar, saltando por ahí, el que tenga piernas se tira como un diablo con el palo este sí (...) Normalmente dos metros, no, más de dos metros son palos grandes.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) las latas grandes son para andar por esas montañas ahí arriba, a suponer que uno llega a un risco de esos, vas a saltar el risco, tiras la lata al suelo y saltas con la lata, eso está entre dos metros y medio hasta tres metros (...).» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Nosotros, los que estamos arriba todavía en lo alto son más largas. Claro más larga la lata porque hay riscos que tienes que bajar y que la lata te quede bastante, suficiente larga para abajo y cortita te puede enganchar hasta por aquí, ya han habido de esos. Una vez le oí yo a mi familia, una vez enganchó a un hombre atrás en la cumbre y bajo la cabeza para abajo y puso la lata ¿no? Para saltar y como le quedaba corta al tirarse lo enganchó por aquí por la chaqueta y lo florió, el garrote lo enganchó aquí y claro lo levantó y lo botó para allá y se mató. Ya te digo las latas en la cumbre tienen que ser grandes, larguitas.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) un garrote para ir a la montaña debería de tener mínimo dos metros, dos metros y medio, porque si vas a saltar de un lado para otro, el garrote, si es chico, ya no puedes saltar, entonces el garrote grande te ayuda a pasar de un lado para otro y en los riscos te ayuda bastante.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

13.1.2. Habilidad y experiencia

El uso de la lata requiere de una gran habilidad y experiencia para desenvolverse con soltura y seguridad en zonas peligrosas, por lo cual, los pastores no aconsejan su uso a personas no acostumbradas al manejo de esta herramienta, ya que pueden poner en riesgo su vida.

«(...) lo que pasa es que hay que saberse uno tirar con ellas, eso las coge uno y te tiras ansina y bajas rodando la mano, deslizas la mano por la lata para abajo y entonces no haces mucha presión la lata y bajas, el cuerpo baja suave no baja del repimplón. (...) eso está preparado, está lisito, está bueno para

las manos.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) el que sabe caminar con ella, el que no sabe caminar con ella se mata ahí mismo.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) el que no esté acostumbrado a esto, que no la lleve, porque lo que hace es matarse. (...) Eso, si no estás acostumbrado te matas más pronto, ahora quien esté acostumbrado a un palo no camina sin un palo.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«La lata hay que saber manejarla, hay que saber manejarla porque para caminar con ella hay gente que no la lleva, porque no la sabe manejar y dice: 'No, es que yo no camino con la lata.' Y la han ido dejando, mucha gente la han ido dejando porque es un peligro.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Hay que saber, porque si no te vas a enredar en el mismo palo, en el mismo garrote te enredas, entonces tiene que aprender un poco.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

13.1.3. Tipos de madera

Esta herramienta puede ser elaborada con diferentes tipos de madera. La madera elegida tradicionalmente para la elaboración de la lata en Fuerteventura es la madera de tarajal, siendo considerada por los pastores como la mejor para este uso. Los pastores le atribuyen a esta tipo de madera varias cualidades que hacen de ésta su preferida, las que más destacan son que se trata de una madera muy resistente que se puede romper, pero

que no se astilla ni se lasquea y que con el uso se mantiene fresca no quemando en la mano.

«(...) están hechas de varias... (...) De normal se hacen de tarajal, las mejores son de tarajal porque son más frescas para la mano. Sí, nosotros, cuando vamos caminando así, para abajo, nos fundamos en ellas y las manos se quedan ardiendo, el palo se calienta, pero esas no, las de tarajal no, la de tarajal es fresca. De tarajal, es que el palo mejor es el de tarajal porque es fresco para las manos, ni astilla ni nada porque hay otras, esta es de riga o no sé de qué es esto. El palo de acebuche es bueno también pero la mayoría de esas, yo tengo un amigo de Las Palmas que es del salto del pastor y se le partió y se la clavo por aquí, porque esas de tarajal no se parten pero ¿sabes? Partir sí se parten pero las de riga se parten lasqueadas ansina y con la misma lasca te revienta. Las de tarajal se estrallan pero esas de riga sí se parten, esas no, sí estrallan se parten.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Las latas son, la buena principal es de tarajal, madera de... después fuera de aquí... aquí lo más es tarajal, allí en el barranco tenemos nosotros, allí, en la finca, unos tarajales que salen derechos y dan unas latas muy buenas.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Pero el bueno es el tarajal, el que yo te digo, ese no parte, estas muchas desde que las apalancas se rajan, se rajan y te puedes clavar las lascas en el pecho o lo que sea al caer, pero el otro, el otro no rajaba, el tarajal no raja, no, no, hombre si lo apalancas también parte pero no, no, pero es un palo fuerte, esto no se astilla (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«La lata la hacíamos nosotros de tarajal. El tarajal es muy bueno para hacer la lata porque es una madera fresca. Usted puede fundarse en ella y correr que el palo está siempre fresco y otra madera no es como el tarajal, es más caliente y más... el tarajal usted coge una lata y se funda, la puede doblar aquí pero partir no parte.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

13.1.4. Elaboración

El proceso de elaboración de la lata comienza con el mantenimiento del propio tarajal, teniendo que podarlo para que la vara crezca con fuerza y lo más recta posible.

«(...) cuando salía una vara derecha para arriba le día quitando, porque eso echa muchos gajitos ansina, muchos gajitos por ahí para arriba. La íbamos limpiando con un cuchillo todos los gajitos estos chicos, se los íbamos quitando para que no echara gajos para los lados, la íbamos limpiando y salía el gajo derecho para arriba (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Pues las latas procurábamos de... desde que pegaba el tarajal a salir las latas de ir las preparándolas quitándole los gajitos y que siguiera para arriba y salían las latas derechitas, derechitas, en el tiempo de cortarlas, se cortaban en menguante (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) hay que quitarle los hijos, que se llaman, eso tiene unas hojitas y de las hojas esas sale un retoñito. Eso se le va quitando, como a suponer, como el mimo ese [señala un mimo cercano]. Si usted le quita los gajitos esos que tiene sale más derecho y más fuerte y

más fuerte entonces. Eso son las latas buenas, salen derechitas porque con los hijos esos viene el viento y las va cambiando (...).» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).
«(...) casi que sale así, si los cortas, si los tarajales se cortan, ya no, porque ya no se cortan ni nada de eso pero si se cortan salen varas para que sirvan.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

Una vez que la vara del tarajal haya alcanzado el tamaño deseado se corta y se comienza a tratar el palo hasta convertirlo en una lata. En el caso de que la vara no sea lo suficientemente recta, presentando alguna 'camba', se le somete a un proceso con el que, a través del calor y el cebo de animal, preferiblemente carnero, se ablanda la madera y se le da forma con un tubo o depositando pesos encima con el fin de enderezarla. Una vez conseguido un palo recto, este se lija para alisarlo y conseguir el grosor deseado. Finalmente se le coloca una argolla y una punta de acero conocida como 'puyón' al final del palo, que es la parte de la lata que se clava en el terreno.

«Los palos de tarajal se enderezan fáciles. Se les da cebo y calor y se hace de ellos lo que se quiera, dándole cebo, calentándola y apalancándola (...) que esté derecho que no tenga muchos huecos de estos, (...) sino es más malo para las manos y para enderezarlos, se suele partir. (...) después la cogemos y la apalancábamos por ahí, ahí fuera en el tubo aquel ¿no ves el tubo aquel que está virado para arriba? Ahí la voy calentando y después las voy apalancando y se quedan derechas (...) después le damos con un cepillo y después le damos lija de esa que tengo por ahí. Se queda ansina porque el mismo cebo y la calor después le da otro color distinto. Primero le doy el cebo, la enderezo y después le doy la lija (...) después le doy calor y cambia de color se queda como canela. Ustedes no han visto que en el salto del pastor le dan cebo para que

se queden lisas y cojan más fuerza, no quemem las manos tanto (...) de cabra o de carnero, el de carnero es el mejor.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) después, eso si está algo cambada los endereza con cebo y calor, eso se le da cebo bastante, cebo de res, y después se hace como una hoguera y se va pasando así, eso se va derritiendo el cebo ese y eso amorosa eso y entonces se endereza, se mete dentro de un tubo o calzado con unos palos, con unas piedras y a los pocos días le queda derechita, (...) se le da un cepillo, se cepilla con papel de lija o un cepillo y se deja limpita. El producto mejor que hay para eso es cebo de las mismas cabras, entonces se calienta y se le da cebo y con eso ya se queda ella. Eso se penetra algo en la madera y se queda ya, se te queda preparadita ya, se queda suave, cede si tiene que ceder y vuelve otra vez y se queda otra vez rígida, otra vez, igual que estaba, y después se le pone abajo una argolla y después se le pone el puyón. El puyón es un cachito de hierro para abajo con una punta y después arriba también se le pone una argollita para que no se raje y sea más...» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) después, cuando estuviera grueso así, la cortábamos y muchas cuando están cambadas, cuando tiene una camba la calientan en el fuego y la enderezan y le dan cebo y la enderezan, pero la que está cambada sigue cambada, hombre se enderezan pero no es lo mismo. Para calentarla, para que no parta, le das cebo y la calientas en el fuego para enderezarla porque ansina no parte, cebo de cabra, de macho, de carnero o de lo que sea, sí, sí, sí, le ponemos una argolla abajo, el puyón abajo, el puyón abajo con una argollita arriba y a darle clase y tenerlas a la sombra porque si no se echan a perder.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) con tarajal y si salía cambado, eso hacía usted por ahí una fogalera y la cogía y la iba pasando por encima del calor ese y la iba enderezando, la iba enderezando y la dejaba como una vela, derechita. Con cebo, le daba usted donde quiera y quedaba derechita. Cebo, cebo de macho o de una cabra que tuviera (...) Para que se amorozara el palo, no le poníamos nada más que eso, cebo y se le iba la calor esa y quedaba derechita. El puyón se lo poníamos de lo que nos parecían, éramos amañados... todos los que éramos pastores sabíamos poner un puyón para la lata y todo, cuando eso no se compraba, íbamos a una herrería de esas que habían antes y se lo hacían el puyón.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

Hoy en día el tarajal se encuentra protegido y las autoridades de medioambiente persiguen a las personas que traten de cortar los tarajales, acabando de esta manera con la tradición de elaborar latas de tarajal tan valoradas por los pastores en Fuerteventura.

«Antes habían y todos los años se cortaban para plantar tomates y todas esas cosas, pero ya desgraciadamente medioambiente no nos deja ir a cortar los tarajales.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Eso si vemos un palo derecho por ahí, antes habían muchos tarajales y los cortábamos siempre y salían los palos derechos, pero hoy con tanta política y tanta Seprona, Medio Ambiente y todo no hay un palo que sirva porque antes los cortábamos siempre y el palo salía derechito, si lo cortas todos los años el palo sale derechito para arriba, todos los años, pero hoy Medio Ambiente nada te deja. ¡Bueh! En todos esos barrancos hay, claro pero hoy no te dejan hacer nada.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

En la actualidad también se elaboran latas a partir de materiales sintéticos que son más ligeros.

«(...) la lata que usa mucho la gente hoy... yo no, yo la tengo de madera ¿no? Es de este tubo que utilizan como los surfistas, esos palos los arreglan les ponen la argolla, le ponen el puyón y son livianos y son buenos para eso (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) ya hoy también hay unas modernas de esas de fibra, de eso de los barcos de los, no me sale la palabra ahora, que lo de la vela de los barcos tiene un especie como si fuera un palo también pero es de fibra de carbón y entonces se le pone una punta abajo y sirve de garrote, de palo también.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

13.2. El perro

El perro es indispensable para los pastores, sobre todo a la hora de realizar las apañadas, puesto que les facilita y les ayuda mucho en esta labor. El perro tradicionalmente utilizado por los pastores en Fuerteventura ha sido el perro majorero o también llamado bardino, aunque hoy en día también se utilizan otras razas de perros en labores de pastoreo y en las apañadas. Los pastores se esfuerzan en educar a los perros desde pequeños para que estos obedezcan a sus órdenes y señas, y sepan tratar con el ganado. En el caso de las apañadas, el pastor es acompañado por su perro, que es enviado a través de señas a atajar aquel ganado que se desvía o trata de escapar del rebaño y queda lejos del alcance del propio pastor. Estos animales son muy valorados por sus dueños ya que suponen una gran ayuda

y compañía. Es por ello que suelen tener más de un perro preparado para este fin.

«Los perros, como todo, hay que llevarlo, enseñarlo con algún baifo cuando empiezan los perros, cuando coges un perrito nuevo lo vas enseñando con las crías de los animales, lo vas enseñando, los vas mandando y lo vas parando antes que llegue a los animales, para que vire cuando lo llares y así es como van ellos aprendiendo pero claro hay que llevarlos para que sepan. Hay que llevarlos desde chicos a todas la apañadas para que esté con los animales, para que sepa cuando tiene que ir y cuando no tiene que ir.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) usted sale con su ganadito, con su latita y su perrito, y su perrito lo educa usted al ganado, lo educa usted a como quiera, a tócala por aquí, a tócala por allí, echa aquella para arriba, toca aquella para abajo y con las señas suya al perro usted lo enseña, si lo tienes acostumbrado, si lo tienes educado a eso, que va cuando usted lo mande a los animales, si un perro está entrenado y enseñado un perro es muy goloso para apañar (...) para la costa se trae un perro para apañar, solamente uno para apañar, porque dos perros no los puede usted echar a la vez porque usted sabe que por amoroso que sea un perro y muy obediente si lo echa al otro perro a lo mejor inventa, porque si yo veo que tu sacudes fuerte pues yo también voy a sacudir y a lo mejor se acostumbran a morder. (...) a las apañadas y sin ser a las apañadas, para echar un perro a una cabra hay que llevar nada más que un perro solo.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Un perro, siempre teníamos un perro bardino de los que habían antes, que eso hacía, ¡dios mío!, todo lo que le decíamos, como

una persona, claro estaba pegado siempre. Teníamos que enseñarles a la fuerza (...) antes uno estaba siempre trabajando con animales, y lo que tenía era el perro para viciarlo para esta para la otra, el perro sabía ya a la que ir y los enseñábamos para que no las mordieran también, sino que fueran amablemente a ellas a espantarlas (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«En las apañadas, siempre, siempre. Yo en las apañadas la lata y el perro que no me fallara y el perro era, el perro mío hacía en las apañadas lo que no hace hoy tres apañadores o cinco, yo entraba por un valle para abajo y el perro sube para arriba baja para abajo, tócalas por acá, tócalas por allá y no se escapaba una cabra. (...) Llegaba a un sitio por ahí donde fuera y decía cógeme el baifo, cógeme el macho y el perro que estaba cuidando el ganado y estaba sembrado había una parra o había una higuera y el perro estaba mirando que no se fuera la cabra a la higuera que no se fuera a la parra. (...) cuidándolas: 'Vete por allí, vete para acá, vete para allá.' Con mucho cariño y el perro, que es obediente, te lo hace todo, el perro es el mejor compañero que uno tiene si lo educas.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

13.3. El sombrero

El sombrero, aparte de su uso habitual de proteger al pastor del sol, es utilizado también como herramienta para atajar y espantar el ganado que trata de escabullirse. El pastor si no alcanza a detener el ganado lanza el sombrero con el fin de asustar el ganado y que este 'vire' para atrás, algunos pastores dominan esta técnica de tal manera que son considerados unos auténticos maestros con el sombrero.

«Un maestro con el sombrero porque cuando las cabras se huyen en las apañadas yo les tiro el sombrero y entonces el sombrero llega antes que nosotros, tiramos una piedra y llega antes que nosotros, entonces la cabra ve el sombrero y vira para atrás. Claro, cuando van llegando a la gambuesa, cuando intentan, que uno no las alcanza, tiras el sombrero, y como el sombrero caiga para delante y entonces viran para atrás porque le tienen más miedo al sombrero que a una piedra porque una piedra es pequeña pero si le tiras el sombrero es grande, (...) es una técnica que tenemos.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Cuando el ganado enviste así, el hombre está apurado, ya le tira el sombrero por delante y se asusta y vira para atrás, sí ¡bueh.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Hay veces que ves que no vira y le tiramos el sombrero, le tiramos el garrote y le tiramos el perro atrás [risas] no, pero si se le suele abanar con el sombrero y al final acaba uno tirándole el sombrero a ver si vira para atrás.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

«(...) yo he visto hoy una cabra y si no tengo nada en las manos y con el sombrero las... claro que si te ve el sombrero te abulta más, vas con la mano y a lo mejor ni la ve pero un baifo que se vaya para atrás y cojo el sombrero y corre para otro sitio, corre para el sitio que yo quiero que vaya y en las apañadas por ahí también lo hacíamos, eso sí, sí claro, van a entrar a la gambuesa y la cabra se va a huir tal...» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

14. Daños

Uno de los temas más controvertidos de la cabra de costa son los posibles daños que éstas ocasionan a los cultivos y a la vegetación de la isla. Los propios ganaderos a lo largo del tiempo han desarrollado varias formas para intentar evitar los daños que podían producir las cabras a los cultivos. Con anterioridad ya hemos comentado que en las temporadas de siembra en los pueblos, los ganaderos tenían que retirar el ganado a la costa para evitar que se pudieran producir daños en los cultivos.

14.1. Delantera

Antes, el sistema más utilizado para evitar que las cabras se acercaran a las zonas cultivadas era la 'lantrera' o 'delantera'. La 'lantrera' o 'delantera' hace referencia a la labor desarrollada por un pastor, 'delantero', que se dedica a atajar las cabras en aquellas zonas donde pueden provocar daños.

«(...) lo que no estaba vallado diamos ;tú sabes lo que es una delantera? Diamos a la delantera, hoy verdaderamente no se está haciendo, no se está haciendo esa delantera. La delantera antes los ganados no se pasaban a las fincas privadas, se ponía una delantera para atajarlas de las fincas privadas (...).»
(Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

El 'delantero' podía ser elegido por un sistema de turnos creado por el comisionado de cada zona y cuya frecuencia para esta labor dependía del ganado que disponía cada ganadero, creando así un reparto equitativo del trabajo entre todos los pastores de la zona.

«La cabra de costa..., antes había un delantero fijo con ellas (...) hay una lista, hoy te tocaba ir a atajar la delantera a ti, por ejemplo de aquí a Tuineje para que las cabras no se vinieran para el pueblo y se vinieran a hacer daño, y tú tenías que entregarme la lista esa a mí, si a ti te tocaba primero y después me tocaba a mí, tú me tenías que entregar la lista esa a mí y yo mañana se la tenía que entregar a este señor, todos los días iba cambiando y entregando de unos a otros, los ganaderos. El comisionado hacía la lista. El delantero tenía que cuidarlas, todos los días uno, depende del ganado que hubiera, si tenías veinte y yo no tenía sino una, a lo mejor, a mí me tocaba una vez cada dos meses pero a ti te tocaba tres o cuatro veces al mes, tres o cuatro días al mes, eso era arreglado al ganado que tuviera cada uno. (...) eso se contaba y arreglado a las cabras que tuviera cada uno tenían que darle la delantera.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«En zona de labranza antes yo me acuerdo de cuidar, escúchame tú, pequeño y donde sembraba la gente, donde tenía la gente la sementera, donde el trigo sembrado, estar hasta media noche cuidando, había luna, me ponía allí dice: 'Ponte allí en las tierras que las cabras por la noche se bajan.' Y tenemos que cuidar el ganado, antes sí en lo que había labranza, en lo que estaba sembrado tenías que cuidar tu ganado todo el día, la tenías tú después yo, y por la noche si había luna hasta las doce o la una de la mañana porque las cabras, cuando había luna, venían enseguida a comer allí pero no las podían encerrar tenían que

tenerlas sueltas arriba en la montaña para que comieran un poco de hierba ¿para qué las ibas a encerrar? Si no tenías que echarle. Antes sí me acuerdo yo pequeñito de cuidar las cabras en la labranza ¡fíjate tú!» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

En otros casos, los ganaderos y el comisionado podían acordar poner a un pastor fijo para realizar la tarea de atajar el ganado. Este pastor era remunerado con el dinero recaudado por el comisionado en las apañadas de cuentas o por la subasta del ganado guanil.

«(...) se pagaba a un hombre para atajar al ganado, sí, sí, pagaba cada ganadero arreglado a las cabras que tenía, le pedía el comisionado de perras, poco, poco era porque en ese tiempo el que te quería dar a lo mejor cinco pesetas, un duro era mucho pero bueno, poquito era lo que tenía que pagar arreglado a las cabras que tenía. Y se ponía un hombre nada más que todo el día a espantar por la mañana, por al mediodía y por la tarde. Porque si usted tenía un pedacito sembrado, fuera grande la sementerita o fuera chica, y si yo estaba de pastor de ganado y se la comía, si usted quería yo tenía que pagarle el daño aquel, tenía que pagarle el daño.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur),

«(...) este no hacía falta cuidarlas, había un... se ponían a veces si se arrimaban a los huertos se ponía una lantrera, una lantrera, un día uno otro día otro o se le pagaba a una persona para que fuera todos los días a atajarle la zona donde estaban los huertos para que no se metieran en los huertos. Se tenía que pagar a la persona esa, (...) Dependiendo el número de cabras le tocaba la delantera o le tocaba lo que tenía que pagar, siempre eso se divide por cabras, esto es fácil (...) tiene que hacerlo el co-

misionado (...) (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«Yo, cuando era chico, estuve aquí mismo en la parroquia del Puerto, me pagaron, tendría yo doce o trece años por ahí y estuve ahí un año, un año y pico atajando (...) pues los ganaderos se juntaban todos, contábamos las cabras y el que tenía cien pagaba como cien y el que tenía una pagaba como una y después apañábamos, el comisionado juntaba el dinero y me lo daban. (...) Y yo estaba todos los días, yo salía para abajo a las ocho, temprano todos los días, todos los días y no habían mallas (...)» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) se pagaba sino el pastoreo, el hombre, el pastor que estaba delante del ganado, cuando había que atajar, cuando había hierba ya las cabras no salían mucho para fuera, bueno se quitaba el pastor. 'No, el ganado ya está saliendo otra vez para fuera.' Pues se ponía el pastor otra vez (...)» (Agustín de León Soler, 1932, Casillas del Ángel).

«(...) nosotros teníamos, a no ser que tuviéramos un acuerdo, de pagar una delantera entre todos o poner un hombre fijo para atajarlas, si igual hubieron momentos que se pagaba un tanto y ponían a un tío a eso pero si no yo iba una semana, tu ibas la otra, la otra y la otra atajando las cabras, esa era la forma que había.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

14.2. Paredes

Es de destacar en Fuerteventura la gran cantidad de paredes de piedras que existen desde tiempos inmemoriales. Estas

paredes también fueron utilizadas y aprovechadas por los ganaderos para limitar el acceso de los animales a las fincas y los huertos, acotando así las zonas por las que se podían mover las cabras.

«(...) y antiguamente había una pared que todavía se ve restos de la pared, también para... una pared hecha de piedra de sur a norte también para controlar que no pasaran todos esos camellares y por lo menos... habían huertos, había en Joros y para atrás, para el norte estaba Agua de Toros, el Culantrillo, el Mosquito, el Huerto Mosquito, habían huertos donde había agua e higueras y palmeras habían algunas y esas cosas. Eso había un cerco hecho, un cerco hecho para que no entraran, de piedra y se baldaba con espino, cortábamos los espinos y se baldaban las paredes para que no, para que los animales no se botaran dentro y en Gran Valle también estuvo muchos años (...) y después el huerto que le dicen el Huerto Morero. (...) los huertos que habían estaban controlados, estaban amurallados y vallados para que las cabras no entraran.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) hay paredes ahí que no saltaban cabras ni... ustedes no han ido para Ajui y han visto la pared que está hasta la misma risco de la mar, por ahí para arriba aquella pared. Me acuerdo yo que para tu saltarla tenías que botarte como un gato por las paredes aquellas para arriba si no se saltaban las cabras para allí. (...) antes ahí no hacía falta un delantero, las paredes las aguantaban para atrás, por donde quieran que vean paredes de esas eran para sujetar las cabras para atrás, evitando de no pagar un delantero, levantando la pared esta aquí, no hace falta delantero, la pared la aguanta.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«Las paredes fueron mucho antes, mucho antes de la época mía pero sí que teníamos trozos de paredes, eso sí lo estábamos conservando pero las paredes no me acuerdo cuando se hicieron esas paredes. No las hicimos pues no sé si mis abuelos las harían, pero yo no recuerdo de ver esas paredes las que estaban hechas, que aún valían en la época mía (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

El mantenimiento de estas paredes era una tarea comunal entre todos los ganaderos de la zona, que tenían que recorrer cada cierto tiempo las paredes para levantar los 'portillos' o reparar cualquier rotura que se haya podido ocasionar.

«Se recorrían: 'Tal día vamos a recorrer la pared de fulano, la pared de la costa tal que están saltando las cabras.' Ahí por Jarugo, por la Rosa Nueva esa para abajo, se arreglaban, las paredes esas estaban todas arregladas, si se caía un portillo se levantaba, las paredes estaban recorridas y hoy están todas por el suelo y para esas cosas eran las perras esas decían [subastas de guaniles]. (...) ahí, en el barranco aquel que va hasta Ajui, cuando ustedes para ahí, miren para las paredes, esas son las paredes que recorrían (...).» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) si se caía algún portillo ¿sabes lo que es un portillo? Se cae una pared e íbamos a levantarlas y llegabas y sabías que había un portillo a lo mejor en la Degollada de Janey, yo salía Machasé, que cuando eso tenía ganado en Machasé, tiraba por ahí a levantar el portillo, donde supiera que se caía un portillo ni que lo hubiera, a recorrer las paredes a cada momento, yo cuidaba cuando eso del Mancomún, porque tenía mucho ganado en el Mancomún y como tenía no me interesaba que hubiera ninguna rotura (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

14.3. Corral del Consejo

En el caso de que las cabras causaran algún daño en los cultivos se trataba de llegar a un acuerdo entre las partes, para compensar los daños ocasionados.

«(...) pero si se pasaba una cabras, entonces, si el dueño le molestaba allí se avisaba y se recogía, se avisaba y con amistad no es con eso con lo que se está hoy con amenazas y con golpes en una cabra como si fuera... por eso te digo que las cosas hoy han cambiado muchísimo...» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

Aquellas cabras que se cogían ocasionando daños en alguna propiedad se llevaban al Corral del Consejo. El Corral del Consejo estaba bajo la responsabilidad del alcalde de barrio y que tenía a una persona encargada del cuidado de los animales que se encontraban retenidos en el corral.

«(...) usted cogía a un animal dañando, usted la cogía y la llevaba al Corral del Consejo mire... al señor que era el comisionado del corral. 'Este ganado lo cogí en tal sitio dañándome en la propiedad mía, me comió una higuera o me comió cualquier árbol o me comió sementera o me comió una gavia de papas'. Y vale (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) antes había unas costumbres. Salía una cabra a comerse una higuera y eso, a mí me parece bien que se respeten las fincas ajenas, eso es normal, nadie va a plantar para que otro destroce, pero se escapaba una cabra, había el Corral del Consejo, había uno para los burros otro para las cabras, ahora los corrales del consejo se eliminaron (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) bastantes cabras que saqué del Corral del Consejo. Recuerdo de ver en Pájara y de ver en la Vega de Río Palma donde está la escuela hoy es el corral de consejo, el de las cabras y el de la vacas y de los burros está aquí en Lomo Blanco, eso está hecho todavía y el Pájara está también, el de Pájara están los dos y se pagaba una peseta al alcalde de barrio.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«El corral del consejo estaba en Los Alares, (...) era para cabras, cabras y otros animales, otros animales era difícil, un camello y un burro no va a estar botado por ahí, antes lo había pero ya hoy no lo hay, si de casualidad alguno lo tiene en la casa. Pero antes se... lo que pasa es que antes era un comisionado de barrio que le decían el que las llevaba al Corral del Consejo (...).» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

Los animales eran retenidos en el corral del consejo hasta que el dueño viniera y se responsabilizara por el daño ocasionado por su animal. El propietario del animal retenido para poder retirarlo tenía que asumir los costes de los daños ocasionado por este y el 'corralaje', que es el gasto que suponía el mantenimiento del animal durante los días que estuviera allí. En los casos en que no aparecía el dueño del animal o éste no disponía del dinero suficiente para cubrir los costes del daño y el 'corralaje', el animal pasaba a subasta.

«El corral del consejo funcionaba muy bien, había un comisionado para los corrales, a lo mejor cobraban cuando eso, no sé si era un real o media peseta por el corralaje, por el corralaje por tenerla allí la molestia de tal. Y esa cabra se le avisaba al dueño y se la llevaba y si no quería pagar lo que debía se nombraba una pericia que iba y valorizaba el daño. 'Mira, esto vale tanto.' No sé lo que acordaban, lo que dijera la pericia, que no estaba con-

forme pues se nombraba otra pericia y entonces ya lo que dijera la otra eso había que pagarlo.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) el daño vale veinte euros. Se va al comisionado, al comisionado de ahí del corral, ya sabe que aquel animal está endrogado con veinte euros que hizo de daño, pero el comisionado por echarle de comer, echarle su agüita, echarle de comer, el coste del animalito por tenerlo atendidito, te va a cobrar un euro más día, día por día que vaya pasando ese animal le va costando. Ya tiene, ya los veinte euros que tiene por daños más sobre el euro que día por día. Si la tienes quince días, si las tienes quince días pues ya sabes lo que te cuesta a parte del daño, ya sabes lo que te van aumentando, van aumentando la comida del animal, eso funcionaba así.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Por entrar allí tienes que pagar una peseta si pasaban de las veinticuatro horas. Tienes que pagar la comida también porque pasadas las veinticuatro horas tienes que ponerle pastor. Aparte del daño, si las sacabas antes de las veinticuatro horas era la peseta del corralaje, pero si pasabas las veinticuatro horas tenías que pagar la peseta y el pastor para echarles de comer y la comida y el daño.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) les estaba echando de comer y después, cuando le parecía al dueño, si aparecía, le cobraban la comida, el pastoreo que llamaban y si no aparecía se subastaba.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) antes había un corral del consejo, había un señor allí, que cogían unos animales en las fincas haciendo daño, lo cogían, lo

llevaban al corral del consejo y se le cobraba por los días que estaba ese animal dentro del corral del consejo y el daño que había hecho el animal si se lo quería llevar y si no lo subastaban allí para pagar los daños que ese animal había hecho cuando lo cogieron.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

Según relatan algunos entrevistados, en el caso de Jandía con la llegada del turismo se utilizó el corral del consejo de manera coercitiva con el fin de acabar con la ganadería de la zona.

«El corral del consejo estaba en Pájara. ¡Bueh! Cuántas veces a mí de Los Canarias, cuando pegó esto del turismo, de venir aquí, de los alemanes venir aquí, me llevaron la mitad y después dimos a Pájara y nos cobraban por volverlas a traer, para que se las devolvieran a uno, nos cobraban más de lo que valía el animal y cuando eso el dinero era poco, no había, no es como hoy que ya hoy pues...» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

«(...) se las llevaban, las metían en el corral del consejo y las subastaban el alcalde después (...) y si ibas a buscarlas las tenías que pagar, tenías que pagar también y había gente que ¿con qué iban a pagar? Eran dos cabras y no tenías más que aquellas dos y te pedían más de lo que valía la cabra. 'Quédate con ella.' Y la subastaban ellos y hacían su negocio.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) cuando pegaron a hacer hoteles en Jandía, pegaron a traer cabras para Pájara porque Jandía es municipio de Pájara. Las cerraron allí, allí había un comisionado y yo llegué a sacar cabras de allí, no aparecían los dueños, nadie venía a por ellas pues las subastábamos, yo me traje muchas cabras de allí, cabras flaquitas

y tal cuando eso no había ni comida ni había nada, mi hermano Domingo era un muchachillo, estaba ya dedicado a eso, pegaron a hacer hoteles allí y pegaron..., igual que pasa ahora mismo, no sé si tu oirás allí con las cabras en... el comisionado, las cabras valen tanto por el corralaje, los dueños no se presentaban a cogerlas, eso claro ¿para qué las querían? Una ruina, no tenían para echarles de comer y no podían tenerlas sueltas donde ya las tenían por hotel, porque se van a jardines y ahí pegó ya, con el turismo pegó ya a tal y ahora las tienen pero después vallaron también, vallaron y tienen las cumbres ahí, pero como Jandía..., antes Jandía era una dehesa para ganado, lo que es hoy para el turismo era antes para cabras (...) es decir que el turismo trae cosas buenas pero trae también pero trae también tal, se está apoyando más al turismo que al ganadero, esa es la base. (...) la isla de Fuerteventura era para cabras no era para turismo pero ahora es al revés, ahora es para turismo (...).» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

Son varios los testimonios de comisionados y ganaderos de la costa de Fuerteventura que reivindican la vuelta de los corrales del consejo.

«Ahora de otra manera, pues yo la cojo en lo mío y ¿qué hago yo? Darle un palo y matarla o cortarle el cogote y tirarla para allí si nadie me está viendo o llevarla al alcalde (...) Por eso le digo la verdad que los corrales del consejo sí deberían... existían antes y debían de existir hoy también.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Claro y había respeto y nadie día a cogerlas y a lo mejor estaba el corral lejos para allá y había respeto y nadie se metía allí, pero hoy las encierras en tu casa y se las llevan cuanto más allí. Antes todos los municipios tenían un Corral del Consejo. (...) eso es

una cosa que debía de estar en todos los municipios, o cabra que cojan por ahí o lo que sea para eso está el Corral del Consejo pero hoy no, todo se va perdiendo, todo.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Habían corrales del consejo, cosa que también ha estado en reuniones y se ha exigido, se ha exigido, se ha hablado mejor dicho, de que debe de existir el Corral del Consejo. Yo hablando una vez con un teniente de la Guardia Civil y salió el tema ese a cuenta de los robos, (...) Y entonces me tocaba el corral del consejo. 'Pero mire antes, antes existía, sí señor, sí existía.' Existía el Corral del Consejo en Antigua, estaba aquí abajo en Los Alares el corral, existía el corral y existía el alcalde, que es el que llevaba el tejemeneje ese ahí y en Tuineje también existía otro. Pues eso es lo que haría falta porque si a usted ahora mismo le están robando el ganado, pues yo ahora mismo mando mi pareja que vaya a patrullar, va la pareja y se tropieza un coche que viene para acá, saliendo de la Cueva con animales, y yo los mandé a parar, yo los mandé a parar: '¡Oiga!' 'Diga' '¿De dónde viene usted?' 'Pues de tal sitio.' '¿Las cabras son suyas?' 'Sí, las cabras son mías, las tenía en tal sitio o las compré o esto o lo otro...' Si hay Corral del Consejo lo primero que hago: 'Mire, acompañelo, acompañelo al corral del consejo. Cerramos el animal en el corral del consejo y al otro día por la mañana me busca usted a quién le compró las cabras o de dónde le vienen a usted las cabras.' '¿Qué le voy a decir?' 'No, mire mi teniente, mire mi teniente que cogimos un coche aquí con cabras o con machos y dice el dueño que son de él, yo creo que no, que esto a lo mejor es ganado robado, pero él dice que es de él, ¿qué hago mi teniente?' '¿Qué le voy a decir?' 'Tráigalas para aquí para el cuartel, tráigalas para aquí para el cuartel y enciérrelas aquí en el cuartel.' Nosotros no tenemos donde encerrarlo, ahora, si hubiera corral del consejo sí, ahí los podemos conducir. 'Vayan allí. En las veinticuatro horas usted busca y usted me hace bueno

que son suyas, que usted las compró o que son heredadas entonces se las puede lleva de lo contrario, ¿no?'.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

Hoy en día ha desaparecido la figura del 'delantero' y del Corral del Consejo, en este último caso a excepción del municipio de Betancuria.

«(...) en Betancuria ahí sí existe, pero en Betancuria es más... en Betancuria pusieron una ordenanza, si la sacas antes de las veinticuatro horas la primera no es nada ya después sí, y después más y después más, cuando llegas a las tres veces te pueden sancionar, en Betancuria pusieron la ordenanza esa.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

14.4. Vallado y retirada de cabras

En la actualidad se ha apostado por un sistema mucho más pasivo como es el vallado de la costa y más reactivo, al retirar las cabras cuando ya han ocasionado algún daño o molestia.

«(...) normalmente tenemos donde los ganados hacen daño, no en todos sitios pero sí en muchos sitios donde hacen daño está vallado (...). Está vallado de aquí de la linde, de aquí de Tenicosquey a la boca de Gran Valle a la misma boca de Gran Valle. Mire llegando ya a la boca de Gran Valle, terrenos propios fuera, hay unos cuantos kilómetros de vallas puestas de esas. (...) las fincas estas también las tengo valladas, donde están la higueras y lo que tienen plantado lo tengo vallado, pues ya el ganado no hace daño.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) usted tiene una cosa plantada. No quiere que nadie se la... antes existía lo que dijimos, antes él... se nombraba a una persona para hacer lantrera, esta misma finca había que hacer lantrera, ahí, para que no entraran y vallado, vallado, ahora mismo yo tengo vallado veintidós kilómetros. Está vallado hasta allí abajo, sale por allí y llega abajo, a la Torre, abajo a la playa. Ahí hay veintidós kilómetros vallados, todo eso por ahí, lo que pasa que ellas siempre alguna se sale y otras que son de aquella parte de allá.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) yo me interesé mucho en vallar, el primero que pegó con la valla en el mancomún fui yo. Pegamos a vallar en la degollada de Janey y terminamos en la playa de Ajui, pero ahí ya hay mucha tela que poner, mucha tela y ahora mucha cabra metía la cabeza, se perdía. Cuando eso había mucho ganado, se quedaban y metían la cabeza y no la podían sacar, es un trayecto muy largo y no se podía recorrer, había que ir a cada momento porque se encontraban cabras enmalladas. En fin, eso es bueno pero es malo también porque la verga esa no venía bien preparada. (...) Porque la verga está muy bien para quitarte de problemas con los vecinos o con nadie, las cabras no se pasan a las fincas, estupendo, para no pastorearlas, si hay que pastorearlas, hay que darles vueltas y hay que mirar, sí lleva, lleva todavía.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

«(...) por aquí, por la costa hasta el barranco de Esquinzo, por ahí, en el barranco de la gasolinera de Los Canarios, por ahí hay cabras que se bajan abajo a los jardines, pero cuando se bajan yo he llamado a la gente y las hemos ido recogiendo, pero de momento a nosotros tampoco no nos han puesto, no nos han dicho aquí molesta el ganado, ni en los valles ni en los jardines porque desde que molestan me llaman. Desde que molestan ahí en los jardines

esos de Esquinzo me llaman y yo voy y miro la marca, entonces van a buscar las cabras y llamo a la gente y las han ido recogiendo todas. Algunas se bajan siempre de la montaña, están acostumbradas a comer y ¿qué hacen? Cuando están flacas bajan solas al olor de los jardines, se van a los jardines pero la gente ha estado recogéndolas. A mí no me han llamado todavía la atención de quitar el ganado de aquí de la costa ni mucho menos. (...) yo llevo treinta años o más en Esquinzo y toda la vida he tenido las cabras mías allí. Las cabras mías son unas que se vienen abajo a los jardines el barranco para abajo y van a comer allí pero yo las ha ido quitando, las cabras grandes esas que están golosas ya las agarro y las vendo y voy dejando las crías, pero la gente toda va haciendo lo mismo, yo tengo los perros y las escandalizo un poco para arriba (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«(...) el municipio de Tuineje no tiene corral del consejo, mayormente los estamos llevando al corral de los apañadores, casi siempre tienen un corral en la casa, y de ahí se avisa al dueño y que venga y que se las lleve. (...) yo me he llevado algunas de vecinos que nos han llamado de que el ganado están dentro allí, entonces se han cogido, veces las cogen los mismos vecinos. Me llaman los municipales, me acompañan, vamos allí, recogemos la cabra que tienen retenidos los dueños y los traemos al corral mío y entonces muchos no quieren cobrar los daños sino lo único que se lleven los animales de allí de la finca. Y entonces los animales, por la marca, se busca el dueño y se le dice que retire el animal de allí y si no, pues para la próxima se les van a cobrar los daños, se le va a cobrar el daño que hizo ese animal.» (Martín Cano Clavijo, 1963, comisionado de Tuineje).

15. Problemáticas

Son varias las problemáticas que afectan hoy en día a la actividad ganadera de la cabra de costa y que ponen en peligro las tradiciones y la supervivencia de ésta a corto y medio plazo. Por ello, en el presente estudio hemos querido recoger algunos testimonios de aquellas problemáticas que preocupan a los comisionados y ganaderos de la costa de Fuerteventura hoy en día.

15.1. Relevo generacional

Una de las principales problemáticas para la supervivencia de la ganadería de la costa y el mantenimiento de la tradición de las apañadas es la falta de relevo generacional de los ganaderos. La ganadería de costa y, sobre todo, las apañadas requieren de una intensa actividad física. En la actualidad, la mayoría de personas que se dedican a esta actividad poseen una gran experiencia y conocimiento, pero su edad avanzada les supone una limitación para desenvolverse sobre el terreno. Por parte de los implicados en la ganadería de costa no se aprecia un relevo generacional al que transmitir los conocimientos necesarios para que esta actividad perviva.

«(...) ahí nosotros, lo peor que tenemos es que no tenemos gente nueva que nos sustituya a nosotros, jóvenes es que no tenemos. (...) ahí están estos míos y ya en Betancuria ya no queda más nada. Y qué sé yo, yo no sé él, porque... las cosas... hay otros

trabajos más fáciles.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Gente sí hay pero ya la gente ya está algo vieja, también porque la gente nueva, los nuevos no, hay mucha gente nueva que no. Algunos están pero no como antes, no es ya..., esto no da tampoco como antes. La gente antes se dedicaba más a la ganadería que hoy.» (Tomás Acosta Cabrera, 1943, comisionado de Antigua Norte).

«(...) muchos compañeros... han dicho: 'Coño, no se debe de perder la tradición.' Le digo: 'Mira, la verdad no es que yo la quiera romper, la tradición, yo en esto de las apañadas no es que las quiera romper, pero es que una, empezando: no tenemos compañeros como para apañar ¿por qué? Porque la gente que tenemos hoy como compañeros aquí cada vez nos estamos poniendo viejos y dígame usted lo que va a hacer un hombre que yo creo de sesenta. De sesenta para abajo hay muy pocos, casi todos están de sesenta a setenta años, ¿qué yo lo voy a mandar por un morro de esos? Porque si usted tiene, como me pasa a mí, que tengo setenta años, pues no lo voy a mandar por el filo, lo tendría que mandarlo usted por aquí por lo llano (...)'» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Bueno aquí habemos unos cuantos pero de dir a apañar a subir la montaña y eso y gente joven no hay quien la saque, no quieren, la gente joven, alguno que otro pero que va, van una vez y no quieren ir, les damos, les damos una: 'Bueno, te marco una baifita.' Van un año y ya no van más.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

15.2. Pérdida de apañadas

Hoy en día, el hecho de que se esté alimentando el ganado de costa en sitios determinados ha permitido que algunos ganaderos marquen su ganado sin necesidad de apañar, poniendo en peligro así la tradición de la apañada.

«(...) antes no echábamos millo en la costa y si ordenábamos una apañada todo el mundo iba a correr para marcar el baifo, pero hoy, como echamos millo, cada uno va marcando la suya allí y después, el que no echa millo porque no vienen todas al millo, quiere apañar para coger las suyas y hay problemas porque si tú las tienes marcadas ¿a qué vas? (...) y ansina todos los domingos y los sábados teníamos apañadas pero antes no se le echaba de comer a las cabras y desde que nació un baifo diamos y lo marcábamos, pero hoy todo el mundo les echa de comer y la mitad los marcan allí, por eso no quieren dir a las apañadas, ese es el problema que tenemos ahora.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«Pues llevamos ya cinco años sin aflojar, sin aflojar de echar de comer, pues por lo menos seis, seis o siete años que no hacemos apañadas. Eso ahora lo que hemos hecho, eso sí, hemos metido el ganado dentro, hemos metido el ganado en la gambuesa. Hemos cogido con un saco, hemos metido el ganado dentro para ordeñar, para ordeñar el ganado, hay cabras que si están dando leche aquí no las podemos coger, para coger los mismos baifos y marcar, porque a mí lo mismo me da cogerlos y marcarlos aquí en la pila, que usted los marque en la pila, que marcarlos en la gambuesa, siempre que yo sepa que son suyos (...).» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

15.3. Robos

El hurto de animales en la costa es algo que siempre ha existido, pero con la llegada de los vehículos y una mayor accesibilidad a la costa se han incrementado los robos y la cantidad de animales sustraídos.

«Hoy faltan, hoy el que va a la costa no va solo, no van caminando como iban antes, bueno antes no habían coches tampoco, pero hoy no son más que carreteras y los coches van ahí, tropiezan con un macho y al coche, siguen al otro valle otro macho para el coche, otro baiño para el coche ¡pfff! El ganadero no coge sino lo que le dejan los que van adelante.» (Agustín de León Soler, 1932, ganadero de Casillas del Ángel).

«(...) toda la vida se ha comido ganado de costa pero ¿qué se comía? Se comían algún baiño, se le comían algún machito, alguna machorra, para comer, cosa que todo lo que sea ajeno, vamos a emplear la palabra robar es feo, ¡pídalo! Pero no lo robe, no se lo quite al dueño, pero bueno como eran cosas pocas no le hacían... pero hoy no, hoy no le quitan para comer a usted un baiño, (...) en el mes de marzo, que todavía no hemos terminado, pues no quisiera exagerarme pero menos de diecisiete o dieciocho baiños no han dejado de llevarse de aquí, solamente se han llevado baiños pequeños (...) baiños que tienen un par de kilos o tres, pero un baiño, baiño chico, baiño que todavía no tienen un mes de nacido, que casi no pesa el kilo y medio de carne para qué coño lo... lo hace nada más que... me llevo el grande, me llevo el chico y mezclo unos y otros. Los arrastraderos que hicieron aquí en la gambuesa esta el otro día (...). Yo he estado echando de comer ahí y yo dejar mi ganado comido y al otro día venir a echarle de comer y faltarme cinco o seis reses y eso no era para decir cojo una cabra o cojo dos para hacer un asadero, eso no lo hacían nada

más que para venderlas.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) hay un chico allí que está fijo cogiendo y marcando y comiendo. Tuve que denunciarlo y ahí lo tengo medio controlado pero ese se va todos los días con la perra por los filos, él y un tío que tiene ahí, y cogen los animales los matan y se los comen a escondidas ahí arriba en un barranco (...).» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Hombre, antes había más respeto. Ya hoy está la vida más suelta, ya hoy no hay respeto a nada, no hay respeto de ir al corral mío y a lo mejor al corral mío, hace cuatro días me quitaron un castrado, desapareció del corral (...) antes había más temor, había más miedo. También se robaba pero tenía miedo a que te cogieran, si te cogía la Guardia Civil te ponía bien puesto.» (Miguel Viera Torres, 1931, ganadero de Morro Jable).

15.4. Daños en vallados

Aunque haya habido un esfuerzo por parte de los ganaderos y las instituciones en vallar zonas de la costa para evitar que el ganado produzca posibles daños, esta inversión en algunas ocasiones se ve truncada por acciones de otros sectores ganaderos y los cazadores.

«¿Qué pasa? Para que el ganado no se pasara, el ganado este mismo nuestro, de nada que llegue aquí a la tela sigue para aquí para abajo, que no se pasara, que no se pasara para abajo. Que si el vecino cedió un cacho, que si el otro vecino que esta para abajo que tenía ganado no podía largar el ganado porque era manso, porque era manso y llegaba a la tela y las cabras se enganchaban,

encontró unas cabras enganchadas allí, que si una cabra se le hubiera ahorcado ahí, después a última hora quitó la mitad de la tela.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«(...) hoy están todas las costas valladas y no las metemos a camino porque hoy los cazadores mismo, los cazadores... el Cabildo los da tela, los da hierro, los da todo, el Cabildo, el ayuntamiento, para vallar y después los señores cuando abren la cacería van y la tumban toda. Pues si es para vallar, yo tengo las cabras aquí en el cerco este vallado y si los perros los meten aquí ¿dónde van las cabras? Antes había respeto, antes no se iba a cazar a la costa como ahora, más y no estaba vallado. La cabra, si le entraba un perro huía, pero ahora para dónde va si está toda encerrada ¿para dónde huye? Eso es igual que a ti si te encierran aquí dentro y te matan aquí, te matan porque tú no tienes para donde huir, ahora si te cogen para ahí fuera a lo mejor te escapas y corres.» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

15.5. Perros

En muchas ocasiones el ganado de costa se ve amenazado por perros sueltos que atacan indiscriminadamente a una gran cantidad de ganado provocando numerosas pérdidas.

«(...) los perros mismos las matan a cada momento ¿tú sabes los millones y millones de pesetas que se come esto sin dar nada? Cuando tienes una porción de ellas van y te las quitan o te las matan, a mí me mataron el año pasado por lo menos ciento setenta los perros (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) perros que se van, perros de... ahí tuvimos una perra blanca que era de Las Casitas, dicen que era de Las Casitas pero nunca supimos de quién era, y estuvimos muchos años, salía de Las Casitas y no mataba por ahí, iba a tener a Aguas Verdes pero ha sido la perra más lista que yo he visto. Esa perra no cogía por un barranco ni nada, si tenía que cruzar un barranco lo cogía así por el filo donde viera todo, eso es la perra más lista que yo he visto y eso mató animales, yo no sé los que mató.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) en Lajares, en la costa esa, había en esos malpeises, había muchas cabras caminando, cabras de corral y cabras sueltas también, ahí también se las empezaron a cargar que si los perros, que si lo otro, perros de alemanes que venían cargados de perros. La gente tuvo que acotar las cabras (...) esos tienen perros e ignoran, no es que ellos lo hagan adrede. Ellos ignoran que un perro coge y no mata a una, mata a cincuenta si se escapa y está por ahí, yo ahora no tanto, pero yo llegue a estar días y días detrás de perros sueltos y atajándolo de un lado, atajándolo de otro para poderlos coger y ahora hay un par de años que está la cosa..., hay siempre algún perro ahora, hay alguno pero en nuestra época las morlandas que hacían eran asombrosas, asombrosas y después no hay perros ni se sabe quién son los dueños, no tienen nada con qué pagar y no se sabe quién son.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

15.6. Cuervos

Los ganaderos también advierten del peligro que supone la gran cantidad de cuervos existentes, que atacan a las crías de

las cabras matando a la mayoría, imposibilitando el crecimiento de los rebaños.

«(...) el mal más grande que nosotros tenemos son los cuervos. Este año el ganado este que ha parido de enero para acá, el noventa por ciento de los baifos se los han comido.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«(...) los cuervos, el problema de los cuervos... Es que es en Las Palmas matándolas a tiros las cabras que se comen, las cabras que se comen y aquí el cuervo que no se come de nada, no lo matan ¿matan a las cabras y a los cuervos no? Esto... esto está muy difícil (...).» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

«(...) para proteger a los cuervos, que es lo más protegido que está, es una plaga que tenemos haciéndonos un daño enorme y está protegido que no hay quien haga la sopa de uva.» (Maximino Robaina Torres, 1937, ganadero y carnicero de Betancuria).

15.7. Marcas tradicionales frente chapas

Existe un reclamo por parte de los ganaderos de costa por el reconocimiento de las marcas tradicionales frente al enchapado del ganado, que pone en peligro una tradición que viene desde tiempos inmemoriales. Reivindicando también que la Unión Europea reconozca la distinción y las peculiaridades del ganado de costa frente al ganado de granja.

«(...) Eso son cosas que se han estado intentando a través de la Consejería, a ver si ellos reconocían, que reconozcan la chapa está muy bien pero que reconocieran las marcas verdaderas de

los ganaderos de Fuerteventura, la marca vieja, eso no se puede quitar (...) Si no tengo beneficio, si no me dan beneficio, cómo me vas a obligar a comprar las chapas para enchapar al ganado, pero bueno no estaría en contra de enchapar el ganado pero que si... que la Comunidad Europea reconociera las marcas viejas del ganadero, con documentos que las reconociera porque es una marca que no se puede quitar y la chapa es muy fácil de quitar de la oreja.» (Nicolás Herrera Cabrera, 1937, comisionado Antigua Sur).

«Yo con las chapas no estoy conforme, eso de chapar el ganado... yo con lo que no estoy de acuerdo es con la chapa. La chapa no es tradicional. La marca, la marca tradicional y verdadera es la de las orejas, la de la navaja. La chapa es una marca que nos obligaron en la época de contar el ganado, que venían a contártelas y marcarlas con la chapa decían: 'Esta chapa no te engaña.' Claro que no te engaña pero la chapa yo no estoy conforme con la chapa.» (Juan Pérez Viera, 1951, comisionado de Pájara).

«Ahora Europa viene a cada instante a revisar las granjas, a ver si tienes todas las cabras, te vienen con el libro, esto que es el libro de campo dichoso donde vienen todos los números de chapa y vienen y si te... ellos traen un libro igual que este y te miran cabra por cabra a ver si te falta alguna. Si me faltan, me sancionan (...) Eso es por lo que nosotros hemos estado peleando, yo le he hecho un escrito al Gobierno de Canarias para que respetara como decir, costumbres, que avisara con veinticinco, treinta días porque Europa no te avisa. Europa te avisa de hoy para mañana, veinticuatro horas antes no hay más.» (Vicente Hernández Santana, 1946, comisionado de Betancuria).

«Y la marca hoy, hoy con las chapas eso es lo más difícil, lo más malo que ha venido hoy son eso... las chapas. Para las cabras de

la costa no funciona eso ¿por qué? Porque matas muchas marcas y las orejas se les rajan todas también, (...) eso debería de ser igual que los perros un chip y ahí ya no se lo puede quitar nadie de nada. (...) si nos hacen ponerles las chapas todas, antes venía el veterinario te las vacunaba, te las ponía las chapas y todo y eso lo pagaba todo el Cabildo y hoy ¿hoy qué? Hoy tienes que pagar tú todo, todo. Entonces si las de la costa no dan problema, te ponen veinte mil problemas entonces ¿para qué te exigen ponerle las chapas? Es que la de la costa es igual que otra cabra, ahora cuando vengan a contarlas o lo que sea, el que las tiene, las cuenta y el que no las tiene porque sabe que no las tiene. Pues que si vienen a contárnoslas un día a ti, a mí o al otro que nos avisen veinticinco, veinte o veinticinco días antes de tiempo y nosotros apañamos y las juntamos, si tenemos cien, cien juntamos. Ahora lo que no se puede es: 'Mira, mañana voy a contártelas.' Estas sí, pero y las que están sueltas ¿cómo las contamos?» (Antonio Cabrera Morales, comisionado de Puerto del Rosario).

16. Bibliografía

ABREU GALINDO, J.: *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, ed. Imprenta, Lithografía Y Librería Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1848.

CIORANESCU, A.: *Leonardo Torriani. Descripción e Historia del Reino de las islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, ed. Goya, Tenerife, 1978.

GIL, J.; MORENO, C.; CORCUERA J.: "Las apañadas de cabras en Fuerteventura" en *El Pajar: Cuaderno de Etnografía Canaria*, ISSN 1136-4467, nº. 18, 2004, pp. 113-122.

NAVARRO ARTILES, F.: "Las marcas del ganado en Fuerteventura" en *III Jornadas de Estudio sobre Fuerteventura y Lanzarote*, tomo II, Cabildo de Fuerteventura, Puerto del Rosario, 1989, pp. 321-343.

PERERA BETANCORT, M.: "El territorio en Fuerteventura. Cabras y paredes", en *VI Congreso de Patrimonio Histórico*. Cabildo Insular de Lanzarote, 2008.

17. Anexo gráfico





Juan Pérez, comisionado de Pájara.



Miguel Viera Torres, apañada de Cofete.



Maximino Robaina, apañada del barranco de La Peña.



Antonio Cabrera, comisionado de Puerto del Rosario.



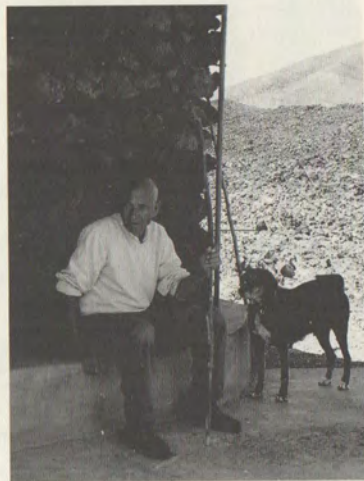
Vicente Hernández y Antonio Cabrera.



Tomás Acosta, comisionado de Antigua Norte.



Nicolás Herrera y Tomás Acosta.



Nicolás Herrera, comisionado de Antigua Sur.



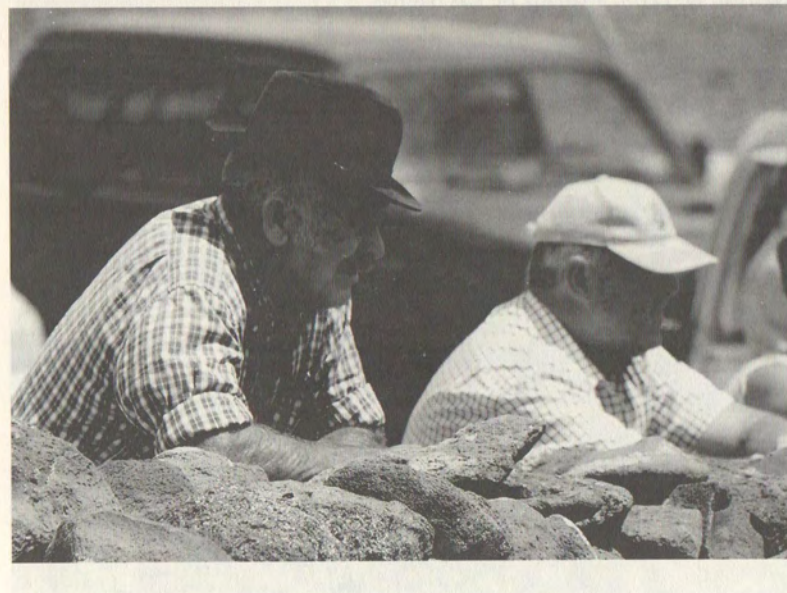
Agustín de León, apañada de Las Salinas.



Apañada de Cofete.



Martín Cano recogiendo la Medalla de Oro del Gobierno de Canarias.



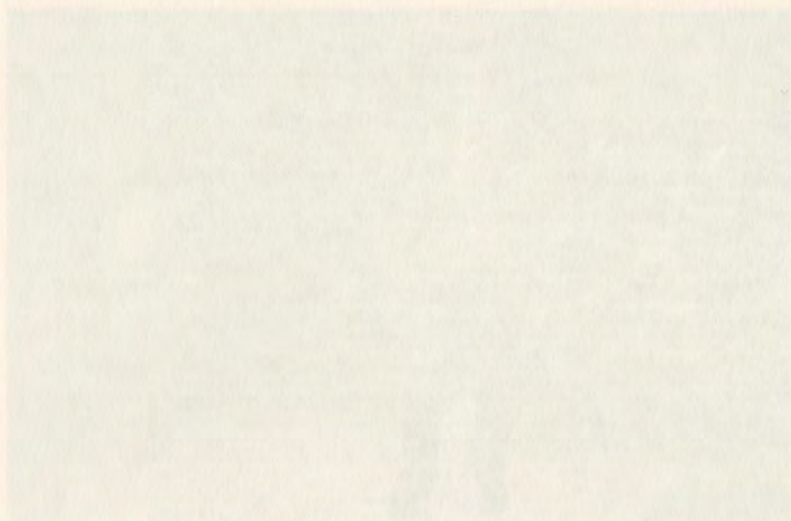
Vicente Hernández, comisionado de Betancuria.

III. Agradecimientos:

Quiero más que nada agradecerle por todas las personas que de una u otra forma han hecho posible el desarrollo de esta edición. Principalmente a los pastores y ganaderos de la zona de Puerto Real por su amabilidad para permitirnos sus instalaciones y además sobre el pasado y el territorio, así como las autoridades, los vecinos y los hermandades canarias que han llevado a cabo esta actividad puntual. Y sobre todo, por dedicarnos el tiempo necesario para que pudiéramos aprender, aunque fuera superficialmente, el lenguaje y el espíritu de esta gran actividad ganadera, que es la base de nuestra cultura.

Y sobre todo, es que me voy quedando con muchas historias y historias que se han vivido en el pasado en la zona, que me ayudarán por siempre a recordar, así como a entender y disfrutar de lo que me rodea, esperando que con esta edición me quede un recuerdo de esta actividad, que es la base de nuestra cultura, que es la base de nuestra vida, que es la base de nuestra existencia, que es la base de nuestra vida, que es la base de nuestra existencia, que es la base de nuestra vida, que es la base de nuestra existencia.

Gracias por todo lo que me ha pasado.



Mirón-Caba acogiendo la Matilla de Oca del Gobierno de Canarias.



Lasiz y Lirio, en el momento de la recolección.

18. Agradecimientos

Nuestro más profundo agradecimiento para todas las personas que de una u otra forma han hecho posible el desarrollo de este trabajo. Principalmente, a los pastores y ganaderos de la costa de Fuerteventura por transmitirnos pacientemente sus conocimientos y saberes sobre el ganado y el territorio, así como, las estrategias, las técnicas y las herramientas necesarias para llevar a cabo esta actividad ganadera. Y, sobre todo, por dedicarnos el tiempo suficiente para que pudiéramos aprender, aunque fuera mínimamente, el inmenso y complejo entramado socio-ambiental que constituye la cabra de costa.

Somos consciente de que los conocimientos, vivencias, técnicas y destrezas implicadas en el ganado en la costa, son inabarcables por cualquier estudio, por muy extenso y minucioso que este sea. No obstante, esperamos que esta aproximación etnográfica contribuya a documentar, a conocer, a proteger y a transmitir a las futuras generaciones una práctica que se encuentra en riesgo de desaparecer y con ella una parte importante del patrimonio cultural de la sociedad mayorera.

Gracias por todo lo que nos llevamos.



LA CABRA DE COSTA DE FUERTEVENTURA

UNA APROXIMACIÓN
DESDE LA ETNOGRAFÍA

ALLENDE M. GUTIÉRREZ
EDGAR A. FREIVALDS



Gobierno
de Canarias

Desde tiempos inmemoriales, la ganadería de costa ha marcado aspectos fundamentales del territorio y la cultura de los habitantes de Fuerteventura. En este análisis etnográfico, los investigadores Allende M. Gutiérrez y Edgar A. Freivalds entrevistan a comisionados y ganaderos veteranos para componer un exhaustivo retrato de un modo de vida cuyos saberes se suelen transmitir a través del entorno familiar y la experiencia vital.

Basándose en el testimonio de sus protagonistas, la obra profundiza en múltiples pautas de la organización espacial, grupal y técnica de esta forma de ganadería tradicional, así como en distintas claves de su socialización y de las problemáticas que amenazan su futuro inmediato. Un estudio de gran interés para quien quiera adentrarse en el ancestral mundo de las apañadas y la cabra de costa de Fuerteventura.



**Gobierno
de Canarias**



saltodelpastorcanario.org



CCPSSF